

Revista de la Liberación

EN ESTE NUMERO:

DOMINGO ARRANZ

Qué Solucionan las elecciones?

CARLOS FAVOL

Significado del Capital Accionario

LUIS FRANCO

Ayuda para el subdesarrollo

ALFREDO LLANOS

Historia del vasallaje en el Plata

RAUL ANIBAL PANNUNZIO

La alienación de las izquierdas

JOSE SPERONI

Balance sindical en los últimos años

VICTOR TESTA

**El imperialismo impide la
industrialización de los países
atrasados**

OPINAN LOS DIRIGENTES GREMIALES

Norberto José Vázquez

Un reportaje exclusivo de

**KORDON a CHEN-YI y
MAO-TSE-TUNG**

**13 preguntas a
Juan C. Portantiero**

**SARTRE:
a propósito de ARGELIA**

**desde Devoto habla
G. P. KELLY**

Revista de la Liberación

REVISTA TRIMESTRAL

Director: JOSE SPERONI

Secretario de Redacción: RICARDO PIGLIA

SUMARIO:

¿Qué solucionan las elecciones? por D. Arranz	3
Opinan los dirigentes gremiales: Norberto J. Vázquez	6
Kordon entrevista a Chen-Yi y Mao-Tse-tung	9
13 preguntas a J. C. Portantiero, por R. Piglia	12
Historia del Vasallaje en el Plata, por A. Llanos	14
Kelly refirma su fe revolucionaria	16
Prólogo de Sartre a Fanón	18
Notas sobre el significado del Capital Accionario (2a parte), por C. Favol	24
Algunas notas para un balance sindical de los últimos años, por J. Speroni	27
Ayuda para el subdesarrollo, por L. Franco	30
El imperialismo impide la industrialización de los países atrasados, por V. Testa	33
La Alienación política de las izquierdas, por A. Pannunzio	40
Los libros	46
Discurso de Fidel Castro a las mujeres de América	49

Registro Nacional de la Propiedad

Intelectual: N° 756.847

Segundo trimestre de 1963 — Año I - N° 2

Correspondencia a:

C.C. E. 66 — Suc. 34 (B) — Buenos Aires

REVISTA DE LA LIBERACION
no es propiedad de ninguna organización política. La dirección expresa su posición a través de sus editoriales y comentarios, los demás artículos reflejan las opiniones de sus firmantes.

CARTAS

Enero 17 de 1963

Villa Bosch

Sr. Director de la
"Revista de la Liberación"
D. José Speroni

De mi mayor consideración:

Ha llegado a mi el primer número de la revista que Ud. dirige, aclarándole que milito en las filas del peronismo hace 18 años, y en la Unión Ferroviaria, 19. Para un marxista y desde ese punto de vista, la revista está aceptable, pero como auténtico argentino, que mira a su país "de frente" y no de espaldas, como ustedes, debo hacer mis objeciones, y buscando dar soluciones, nunca creando problemas.

Ud. y sus colaboradores, escriben sobre Sartre y Garaudy, Cuba y su "revolución", Fidel y Kruschev, La Bastilla y Francia, olvidando los problemas de Santiago del Estero, Misiones, Chubut, La Rioja, y los 800.000 desocupados que los imperialistas, norteamericanos y soviéticos, aprovecharán para llevar agua a su molino, unos de una forma y otros de otra.

Los imperialismos ya nos mostraron lo que dan: Corea, Alemania, el Vietnam, son ejemplos: lós entre los imperialistas, no hay problema, mitad para mí y mitad para vos.

Luego, a los marxistas no los entiende el pueblo criollo, no el pueblo porteño, la Argentina no termina en la Avda. General Paz, señor: Américo Gioldi es marxista, Alfredo Palacios es marxista, Repetto es marxista, etc., etc., en Europa los "famosos" marxistas gobernan del brazo con los demócratas cristianos, caso ITALIA, por ejemplo.

Ustedes ubican en sus escritos a señores que le hablan al pueblo un lenguaje extraño a su vivir cotidiano, no creo en las minorías selectas, tal vez si tomaran como base a Juan José Hernández Arregui, Fermín Chávez, José María Rosa, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, Saldías, etc., el pueblo PUEBLO los entendería. ¿Por qué? Porque hay que escarbar en nuestra historia para tener una base de futura acción, sobre pilares firmes.

¿Se detuvo alguna vez a averiguar quién fue Jerónimo Costa, Santos Guayáma, Felipe Varela, Martiniano Chilavert, Aparicio Saravia, López Jordán, Güemes, Juan B. Cabral, y por

Quedan algunos ejemplares de nuestro primer número —prácticamente agotado—. Están en venta en el quiosco de PEDRO SIRERA, Corrientes 1557.

qué y contra quién el inmortal José Hernández escribió su obra: EL MARTIN FIERRO?

Estos y muchos conceptos más podría agregar como introito a esta carta, pero todos, derechistas e izquierdistas, SIN NINGUNA excepción, buscan el país con lentes foráneos. Los primeros, con el saludo y métodos nazis, los segundos con "revoluciones" cubanas y otras plantillas que envían de Moscú, ambos equivocados.

Somos un país donde sus habitantes quieren soluciones argentinas a los problemas argentinos, sin tutelajes ni de Washington, Londres, París, Pekín, Moscú ni La Habana.

Bebamos en las fuentes de nuestros mayores, aquéllos formidables caudillos que nos legaron su ejemplo de sacrificio, como Don ESTANISLAO LOPEZ, por nombrarle a uno de los más preclaros.

Pero Ud. habla de otros "señores", casi todos judíos ajenos a nuestro querer nacional.

Con respecto a "su" Revista, encuentro aceptables los siguientes artículos:

"Argentina en la crisis del capitalismo"; "Próceres y vasallaje en nuestra historia", sobre este tema, le recomiendo a Raúl S. Ortiz en: "Historia de los FF.CC. Argentinos" y "El imperialismo inglés en el Río de la Plata"; "De Monroe a Kennedy" y el reportaje al compañero ANDRES FRAMINI.

Espero, señor, que no le haya molestado mi lenguaje, pero carezco de otro más florido, los trabajadores nucleados en el peronismo llamamos a las cosas por su nombre sin andarnos por las ramas.

Sin más, por ahora, se despide muy atentamente.

LUIS MARTINEZ

Estimado Compañero Martínez:

A pesar de sus críticas, o mejor dicho, por ellas, le agradezco su carta, en primer lugar porque refleja la opinión sincera de un obrero peronista, y en segundo lugar, por el carácter de los problemas que plantea que, entendemos, conviene aclarar. Analizo dos de sus argumentos:

1. La revista es buena para un marxista que mira a su país de espaldas y no de frente cómo debe hacerlo un auténtico argentino.

En primer lugar le aclaro que ni Palacios, ni Repetto, ni Américo Gioldi son marxistas, incluso los dos últimos han renegado públicamente de él, como no lo son tampoco los socialistas que gobernan en Europa del brazo de los demócratas cristianos —posición ésta similar a la del máximo dirigente del peronismo en la Argentina, Matera, que fue a rendir pleitesía al cardenal Copello, dirigente máximo de la ofensiva contra el peronismo en 1955, y que Matera tampoco es marxista.

(Sigue en la pág. 51)

Frente a la crisis económica, política y social

¿QUE SOLUCIONAN LAS ELECCIONES?

◆ AZULES Y COLORADOS

SIN duda alguna, el enfrentamiento armado de la primera semana de abril debe ser considerado como el más importante episodio político ocurrido en nuestro país en los últimos meses. No solamente por la crudeza que adquiere por sí misma una circunstancia de tal naturaleza, no solamente por las vidas perdidas y los bienes destruidos y malgastados, sino porque es reveladora del alto grado de tensión alcanzado en el campo político entre diferentes sectores de la burguesía. Y, además, porque en lugar de manifestarse las discrepancias a través de los organismos normales cuales serían los partidos políticos, los puntos de desacuerdo han sido trasladados al campo militar.

No se llega a tal situación de la noche a la mañana ni tampoco por el mero capricho personal de tal o cual señor general, almirante o brigadier. Los militares gozan de abundantes ventajas como para disponerse a arrasarlas en cualquier aventura. El encarnizamiento puesto en práctica en los bombardeos de Magdalena y Punta Indio expresa un choque profundo de intereses que van más allá de lo personal y que las declaraciones de uno u otro bando no traducen. Aparentemente, las diferencias radicaban en la interpretación de si era necesario o no el llamado a elecciones y, según las declaraciones de los colorados en las que pregonaban que la revolución nacional estaba en marcha, en la estimación acerca de la prioridad de los problemas económicos sobre los políticos o viceversa. Los comunicados de los sublevados, expresaban el 2 de abril que el gobierno no daba garantías para las elecciones y, por otra parte, ponía en duda la validez de las mismas para dar solución a los problemas económicos. Bien que tampoco desarrollaban un plan y se quedaban simplemente en el enunciado.

Por nuestra parte, no creemos que tal sea tampoco el verdadero fondo de las discrepancias, aun cuando se manifiesten a través de las diferencias apuntadas, ya que, a su vez, los azules se apresuraron a denunciar que los sublevados pretendían la implantación de una dictadura militar e impedir que el pueblo elija a sus gobernantes. Además de acusarse mutuamente de "comunistas" o "trotkistas", calificativos que nadie puede creer ajustados a la realidad y que contribuyeron a poner un tono grotesco en medio de tanta tensión. A esta altura de los acontecimientos y del desarrollo económico y político que sigue el país, el panorama se presenta tan confuso que vale la pena reproducir un texto despachado a su diario por un corresponsal extrajero: "Lo peor de la actual situación argentina es que ni siquiera los mismos protagonistas entienden lo que pasa". Aunque tal aseveración pueda parecer exagerada refleja, en cierta medida, una realidad incontestable ya que, siendo exacto que cada protagonista tenga sus propios planes a aplicar, es indudable que los mismos están sujetos a severas limitaciones. No de otra manera será posible explicar el paso de más de ciento y tantos ministros y secretarios de Estado desde el 1º de Mayo de 1958 hasta la fecha, de los cuales medio centenar corresponde al último año.

La imposibilidad de lograr una coherencia razonable en la conducción gubernamental y de obtener para ésta el necesario apoyo, es una característica de la que ha participado en cierto grado el gobierno de Frondizi —especialmente en los últimos meses de su gestión— y en forma más decidida el de Guido.

No podemos aislar todo este fenómeno que estamos presenciando —y viviendo por devoción o por obligación— del marco general del país. En nuestro anterior trabajo en el primer número de esta misma publicación afirmamos que la crisis que padece el país no es de índole moral ni financiera y que la intención de ubicarla en tales términos nos puede conducir a un grave error. La existencia indudable de inmoralidad e iliquidez no es una causa sino una consecuencia. El ordenamiento del país, por el que clama la burguesía desde todos sus sectores, no se producirá tan fácilmente porque, a su vez, cada uno de esos sectores entiende tal ordenamiento en forma diferente o propone soluciones en las que no todos ellos están de acuerdo. Azules y colorados también pregonan la necesidad de tal ordenamiento y, con el mismo fin, se ha llegado al enfrentamiento armado de abril.

◆ LA RUINA EN POCAS CIFRAS

Todos estos procesos debemos colocarlos en el marco de la crisis económica que atraviesa nuestro país y que tiende a tornarse permanente. No se trata, en efecto, de una de las habituales crisis cíclicas del capitalismo sino que, al igual que todo el sistema, se ha convertido en crónica. Los períodos de ascenso y descenso de tal crisis son cada vez más breves y en ninguno de ellos se logra, por ejemplo, eliminar la desocupación. En este sentido, nuestro país ha sido una excepción durante el gobierno de Perón y hasta entrada la "libertadora". La excepción confirma la regla, y los resortes puestos en función entonces, ya no son aplicables. Ni siquiera el propio Perón podría hacerlo. El deterioro de las relaciones del intercambio fue consumiendo las reservas del país. Ya en 1954, el famoso Congreso de la Productividad y Bienestar Social fue una pretensión de apretar a los trabajadores sin romper la colaboración de clases. No se puede estar en la procesión y repicando, dice el refrán, y en esa ocasión también se aplicó. Las bases y cuadros medios sindicales expresaron su desacuerdo con permitir que se les modificara su "standard" de trabajo, que también era una conquista.

La realidad de las cosas es que el chantaje que permanentemente ejerce el imperialismo sobre los países coloniales y semicoloniales, está a la vista si nos molestamos en echar una simple ojeada a la balanza comercial de nuestro país. Se habla del deterioro de los términos del intercambio. Esto, que viene ocurriendo prácticamente desde poco después de finalizada la segunda guerra mundial, y especialmente a partir de la recuperación de la economía europea, tiene aspectos que una simple operación aritmética demuestra. Mientras que el valor promedio de la tonelada exportada en 1961 por la Argentina fue de 132 dólares, en 1962 bajó a 101 dólares. Entre tanto, el valor promedio de la tonelada importada que para el año 1961 fue de 149 dólares, para 1962 resultó a 186 dólares. (*)

(*) Fuente: "Comercio Exterior año 1962", publicado por la Dirección de Estadística y Censos de la Secretaría de Hacienda. Los precios han sido promediados por nosotros según las cifras del informe.

Como resultado de ello, el país debe exportar más para poder comprar la misma cantidad importada el año anterior. Las diferencias de esta balanza comercial la paga la masa consumidora, ya que el recargo que sufren las mercaderías en el mercado interno y el estancamiento de los salarios son las vías a través de las cuales la burguesía resarce sus pérdidas.

En otro orden de cosas, señalaremos que los salarios promedio han caído entre marzo de 1962 y el mes correspondiente del año actual en 10% en cuanto a su valor real.

◆ POSIBILIDADES DEL BONAPARTISMO

Este proceso de inestabilidad económica se ha contagiado a la esfera política. El gobierno de Frondizi, que no obstante los embates casi continuos que soportó y los zigzagueos tácticos en los que entró, mantuvo durante cierto tiempo un apreciable margen de estabilidad, terminó por no tener ya campo de maniobra y el 29 de marzo de 1962 pasó a ser depuesto. Su sucesor, Guido, no ha gozado desde entonces de más garantías en cuanto a estabilidad se refiere, que las que tuvo el anterior presidente. Los golpes militares se sucedieron y la intranquilidad fue el pan de cada día del actual gobierno.

La homogeneidad que otrora pudo haber tenido la burguesía ha sido perdida. Las discrepancias y los choques, profundos muchas veces, entre diferentes sectores de esta clase, así lo demuestran. El problema reside, entonces, en saber cuáles son las vías a través de las que esta burguesía logrará recuperar su homogeneidad, o cuando menos, quien la obligará a homogeneizarse, o cual sector de esta clase se impondrá sobre los otros y fijará una política determinada por un determinado tiempo. Es decir, quien o quienes impondrán el orden sobre el desorden en que actualmente se desenvuelve la burguesía y que origina las continuadas quejas que escuchamos y leemos todos los días.

Es evidente que la pretensión de los militares azules de obligar a los políticos a asumir un papel de responsabilidad en la conducción del país no ha logrado, hasta la fecha por lo menos, el eco necesario y la debida resolución. La imposibilidad de un acuerdo preelectoral, es hasta ahora, un hecho. Los manejos que desde la Casa Rosada unas veces, y otras desde las oficinas de algunos políticos o desde los cuarteles o alguna secretaría militar o bien en torno a una mesa servida, no han valido para avanzar mucho en este camino. La intemperancia y las discrepancias que dividen a los partidos políticos y que reinan aun en el seno de muchos de ellos, son la expresión acabada de la crisis económica trasladada al seno de la vida política. Pareciera que la burguesía camina a su propio suicidio. Esto, que es correcto en cierto sentido, no lo es visto desde otro enfoque.

En efecto, el retroceso de la clase trabajadora, las batallas aisladas y defensivas que libra, dan un amplio campo de maniobra a la burguesía, que le permite el lujo de dirimir largamente sus cuestiones, aun de discutirlas a mano armada y a costa de profundizar más aún sus problemas sin hallarse acuciada por el proletariado que debería estar exigiendo en la calle el mantenimiento de su nivel de vida y la plena ocupación. En cambio, todos los conflictos armados o semi-armados que se han desarrollado en los últimos meses, han ocurrido a espaldas de los trabajadores, o bien teniéndolos como espectadores impasibles e indiferentes a todo cuanto sucedía ante sus ojos.

La probable solución política de la burguesía, en este momento, sería la instauración de un gobierno de corte bonapartista que resolviera, "manu militari" el camino que el país debe seguir, sin admitir discusiones de ninguna naturaleza. La presencia de un gobierno así, podría terminar con el desorden que origina tantas quejas, aun a costa de obligar a tal o cual sector de la clase capitalista o a toda en su conjunto a someterse a algún tipo de renunciamiento de sus aspiraciones inmediatas. Pero un gobierno bonapartista no podría salir de otro sitio que no fueran las fuerzas armadas y éstas, por su parte, han perdido también la cohesión de otros tiempos, como puede

verse a través de los conflictos en los que han estado enfrentadas entre sí. La aparente unidad de los azules no es tal, como tampoco es la de los colorados. En ambos casos, la acción se desarrolla a través de un frente único circunstancial que se quiebra a poco del triunfo —azules— y que, sin lugar a dudas ocurriría también en el caso de los colorados.

◆ ¿QUE SOLUCION NOS PROPONEN?

Si nos detenemos a juzgar las manifestaciones formuladas por los partidos políticos o por sus candidatos en relación con la situación del país en vísperas de las elecciones y las posibles soluciones que ellos entienden que debe darse, veremos que todos se mueven en el terreno de las vaguedades y las generalizaciones y que, inclusive, tienen bastante similitud. "...de una vez por todas debemos elaborar y ejecutar, con imaginación y coraje, el esquema que atendiendo a nuestra realidad y nuestras necesidades, sirva a la elevación del hombre argentino..." (Aramburu); "Avanza con el Frente Nacional y Popular la esperanza de movilizar la riqueza que pródigamente ha sido otorgada a la tierra argentina y la voluntad de volcarla con equidad al servicio de las necesidades personales, familiares y sociales del pueblo" (Frente Nacional y Popular); "Queremos una economía que no defienda privilegios y propugnamos la equitativa distribución de la riqueza" (Illia).

Veamos otro aspecto: "Hay que promover el desarrollo nacional al amparo de la consolidación de sus instituciones. El mundo aguarda con ansiedad la pacificación argentina. Es necesario mirar resueltamente al porvenir" (Aramburu); "Mirar hacia el futuro implica un programa de alta significación moral, histórica y política. Es negarse a toda posibilidad regresiva, cualquiera que ella sea, porque sólo el futuro puede ser escenario de las realizaciones que el país necesita..." (Frente Nacional y Popular); "Demos al hombre cultura, paz, libertad. El país tiene un porvenir cierto" (Illia).

Así, sucesivamente podríamos continuar señalando paralelismos. Lo que no hallaremos en ninguna de las declaraciones es el camino efectivo y real propuesto como soluciones. A juzgar, entonces, por la similitud de las declaraciones pareciera que no existirían motivos para distintas postulaciones. Sin embargo, circunstancias e intereses más profundos que aquellos que se manifiestan en las declaraciones son los que dividen a los partidos políticos, a los sectores patronales y a las fuerzas armadas. Esas circunstancias e intereses están dadas por los enunciados de los discursos y declaraciones, es decir, el proceso de crisis económica y su secuela de crisis política, moral, etc. Es interesante constatar que este reconocimiento no lleva implícitas las soluciones. Un político conservador, Emilio J. Hardoy, expresa amargamente la conciencia que la burguesía tiene de la alarmante situación económica y política del país al mismo tiempo que trasunta la impotencia para modificar esa realidad, para dar soluciones: "Esto de desenterrar la verdad cotidiana y humilde resulta gracioso y triste a la vez, y por eso me dan ganas de firmar como Art Buchwald, pero no corresponde porque él no es argentino y yo soy Emilio J. Hardoy". ("El Detalle que Faltaba", *Primera Plana*, del 23 de abril de 1963).

En mayor o menor grado, todos los políticos parecen ser conscientes del proceso de crisis por el que atraviesa nuestro país. Las diferencias, a rasgos generales, podrían sintetizarse en la siguiente alternativa: elecciones o no; y también en cuanto a los plazos en los que el país puede ser convocado a ellas y qué requisitos previos son indispensables. De cualquier modo, la posición de todos ellos es la de tratar de llegar al gobierno para ver qué hacen después desde él, ya que con las generalidades expuestas hasta el presente por los más firmes postulantes nadie creerá que se pueda gobernar y, en tal caso, no se pretenderá que las afirmaciones vertidas hasta la fecha sirvan para tener una política consecuente.

Lo que en realidad sucede es que la burguesía está materialmente incapacitada para dar soluciones al país y por ello no puede ni siquiera formularlas. Ya no se

(Sigue en la pág. 44)

NO HAY SALIDA ELECTORAL

EN momentos de entrar en prensa el presente número de nuestra revista sale publicado el decreto que prohíbe a la Unión Popular presentar candidatos a cargos ejecutivos en el orden municipal, provincial y nacional. Dejemos a los teóricos de la burguesía explicar como se concilia eso con la reaccionaria y oligárquica Constitución del 53 y con su democracia. A nosotros sólo nos basta constatar que esa nueva disposición se agrega a la Ley de Seguridad del Estado —que prohíbe las huelgas en los servicios públicos—, al restablecimiento del delito de opinión al través del decreto 4161/55, al establecimiento de una pena para el que visite a Perón en Madrid —que constituye no sólo una monstruosidad jurídica, sino una grotesca muestra de impotencia—, a la proscripción de partidos políticos, sin contar las consabidas clausuras, secuestros y detenciones por obra del estado de sitio. Todo esto configura un estado de cosas incompatibles —naturalmente— con la tan cacareada “democracia representativa”, defendida en Punta del Este como panacea para solucionar los problemas de Latinoamérica.

La actual dictadura militar que nos opprime (con nasseristas, rojistas, o sin ellos) trata de cumplir más o menos efectivamente con los objetivos que le ha fijado el imperialismo yanqui, de establecer en el país un gobierno “democrático” que goce de cierta estabilidad para garantizar la seguridad de sus inversiones.

Las elecciones en estas condiciones son una farsa grotesca. Los sectores dirigentes y sus personeros que representan los intereses antinacionales han llegado al colmo de la impopularidad y se han ganado el repudio total de las masas populares. Han llevado al país a la bancarrota, de la que no tienen salida, y tratan de mantener sus ganancias y sus privilegios a costa de una mayor explotación de los trabajadores, que sólo podrá mantenerse con un régimen dictatorial.

El Estado es el arma de opresión de una clase por otra, dice F. Engels, y gobierno, el Comité ad-

ministrador de los intereses de la burguesía. En nuestra época —la de los monopolios— no puede existir en los países atrasados y sometidos como el nuestro, la democracia burguesa, sino algunos requiegos de ella, y una tendencia permanente al totalitarismo imperialista, toda vez que un régimen auténticamente democrático acabaría con los privilegios de clase, pues sería el gobierno de los más, es decir de los desposeídos, y ese régimen democrático no puede existir mientras el Estado esté en manos de los explotadores. Esto que constituye una generalidad muy sabida, conviene recordarla para disipar las ilusiones electorales y parlamentarias de algunos sectores empeñados en confundir a los obreros y a las masas explotadas. No hay salida electoral. Para los revolucionarios las elecciones, como las instituciones parlamentarias, deben ser sólo un instrumento para denunciar al régimen capitalista. Un episodio para acrecentar nuestras fuerzas y divulgar nuestras ideas. Pero nada más. La auténtica democracia sólo puede ser garantizada por los obreros en armas, dirigidos por el partido revolucionario, que no existe en la Argentina y que debemos construir.

La desocupación, los bajos salarios, y todos los problemas que tiene el país, producto de la profunda crisis económica a que estamos sometidos por la caducidad del régimen capitalista, sólo pueden ser solucionados por los trabajadores. Para ello, es necesario prepararse para formar el frente antiimperialista, con hegemonía obrera, que lleve a los trabajadores al poder, aplicando un programa revolucionario de ruptura de los pactos que nos atan al imperialismo (O.E.A., Tratado de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro, F.M.I., Atlántico Sur, contratos petroleros, etc.), y de expropiación de la burguesía y el imperialismo. Esa es la principal tarea. No podemos esperar nada de nuestros enemigos. Hay que denunciar la farsa y señalar el camino, que es una política obrera independiente de las otras clases, garantizadas por un partido obrero, por un programa obrero anticapitalista y antiimperialista.

NORBERTO JOSE VAZQUEZ

NORBERTO JOSE VAZQUEZ pertenece a la camada de dirigentes obreros jóvenes, promovida durante los sucesos que siguieron a la caída del gobierno peronista. Dirigente del Sindicato Frigorífico "La Negra", representado por la patronal y el gobierno durante el último conflicto del gremio de la carne, perteneció a la dirección de la Regional Avellaneda de la C.G.T. y a la Mesa Coordinadora de las 62 Organizaciones.

¿Cómo ve la perspectiva política del país, después del fracasado golpe rojista?

El panorama fundamental de la política del país no se ha modificado con el último enfrentamiento entre azules y colorados. Este hecho secundario, entre los enemigos del pueblo, no puede ni debe distraernos de los objetivos básicos de la lucha popular.

Creer, como lo hacen algunos, que esta lucha que ha derramado sangre inocente enfrentó dos posiciones radicalmente opuestas, y que el triunfo azul es la victoria de la democracia con amplias perspectivas históricas para el reencuentro de los argentinos, es no conocer la naturaleza intrínseca de los bandos en pugna o, en el peor de los casos, servir concientemente o inconscientemente a los intereses antipopulares.

La acción armada solamente ha demostrado, una vez más, el clima de desintegración que impera en el régimen de opresión que vive el país; su total incapacidad para resolver los problemas políticos-económicos y sociales; la corrupción de las fuerzas armadas, que, además de significar una carga intolerable en el presupuesto de la Nación, son un obstáculo permanente y obstinado a toda tentativa de encauzar al país en la senda del desarrollo y la democracia.

Es absurdo sostener que los azules han luchado por la democracia, la Constitución y el voto popular, como se pretende hacerle creer al pueblo. La discrepancia entre ambos sectores es formal y nada tiene que ver con los intereses del país y del pueblo. Más bien representan los intereses de grupos desarraigados de la vida nacional que pugnan por el poder político para sostener sus propios intereses económicos, ligados a Sociedades Anónimas y a grupos financieros internacionales que, en última instancia, coinciden en el anhelo común de vetar toda salida popular que modifique las estructuras del privilegio, el fraude y el peculado.

Los facciosos han presentado la lucha armada, como una consecuencia de la negativa de los colorados a permitir la participación del Justicialismo en las próximas elecciones. Pero la realidad nos demuestra que la división es sólo formal y que ambos grupos, por diferentes caminos, tienen un mismo objetivo: la proscripción del peronismo.

Los colorados desean terminar el golpe de estado del mes de marzo instaurando una dictadura que "moralice y restaure la democracia del país", proscribiendo y destruyendo toda manifestación peronista.

Los azules con una original interpretación del movimiento popular, pretenden dividir a los peronistas en retornistas con Perón o Justicialistas democráticos que repudian a Perón y sus ideas de gobierno popular.

Los primeros serán drásticamente proscriptos. Los segundos, por intermedio del "estatuto trampa" y el "frente popular" forjado y apoyado por el régimen a través de su Ministerio de Interior, tendrán la posibilidad de incorporarse a la vida institucional del país "en forma condicionada".

Es evidente que la división solo consiste en una dictadura descubierta (colorados) y otra encubierta (azules). Esta última trata de dividir al movimiento popular, creando una salida ficticia y jugando una posición anti-Perón, cuando en realidad lo que los enfrenta con el pueblo no es Perón, si no su mentalidad liberal; antiobrera; de legalistas formales; de libres empresistas; enemigos de los controles estatales; enemigos de las nacionalizaciones; enemigos de la libertad y la democracia popular, etc.

Son en definitiva, el brazo armado de la reacción liberal y la guardia pretoriana de un régimen condenado a muerte por la historia.

Prueba de lo que aquí decimos, nos lo está dando el juzgamiento de los insurrectos responsables de crímenes, destrucciones

materiales y morales que han afectado, según lo afirman los azules, nuestro prestigio internacional.

Se ha montado una farsa de juzgamiento que con toda delicadeza trata a quienes bárbaramente han jugado con la vida de millares de argentinos. Basta conocer que cuando Rojas se entrega detenido, cena en amigable actitud con el Jefe de Policía —coronel del Ejército— del sector azul.

Esta burla sangrienta de los enemigos del pueblo, se agiganta cuando pensamos que cientos de argentinos han sido torturados, encarcelados, fusilados y asesinados salvajemente por sostener un ideal político; y que muchos aun hoy están encarcelados con condenas de hasta veinticinco años por acciones políticas cuyo daño si existiera, es ínfimo comparado con el que a diario cometan los colorados o azules al país.

Por estas razones sostengo que aquí no ha pasado nada para el pueblo y que existe una sola perspectiva política para el país: la unión de las fuerzas populares y su ordenamiento para luchar por el poder político.

Desde 1955 el panorama político con diferentes matices ha sido el mismo, la oligarquía ha luchado denodadamente por encontrar las formas políticas que perpetúen su régimen, fracasando constantemente por la activa y disciplinada acción popular. Sería erróneo creer que sus sucesivos fracasos obliguen a estos a entregar el poder, que es su única posibilidad de supervivencia. Sólo una ofensiva organizada y planificada por los trabajadores, puede terminar con este estado de ignominia.

La oligarquía ya no puede dar más de lo que dió, en consecuencia no se debe hacer esperar la organización de una ofensiva general contra la decadencia, el estancamiento y la barbarie que representa este régimen ilegal.

¿Cree que existe una salida electoral, esté proscripto o no el peronismo?

Yo no creo en la salida electoral, porque la oligarquía jamás cederá el poder legalmente, es decir dentro de las normas Constitucionales que permite la renovación de autoridades a través de las elecciones.

Además el 18 de Marzo cumplió una etapa decisiva en la lucha popular. Hasta entonces las elecciones que realizó la oligarquía, con sus fraudes patrióticos, eran el recurso seudo-legal que todavía toleraban. Pero el 18 de Marzo quebradas las posibilidades del fraude por la movilización popular, los obligó a desconocer el veredicto del pueblo, destruyendo con ello el mito democrático y legalista con que pretendían revestir todas sus actitudes.

Para los que aún dudaban de las verdaderas intenciones de la reacción, pienso que ha sido suficiente la lección recibida. La oligarquía no admitirá derrotas electorales mientras controle los resortes del poder, por lo que considero que el único camino expedito para el movimiento popular, es la toma del poder por la acción revolucionaria de las masas.

Esta afirmación tiene validez esté proscripto o no el Peronismo. Pese que en ésto hay absoluta claridad, el Peronismo está proscripto como idea, como sentimiento y como partido que representa indiscutiblemente a las masas populares del país.

¿Considera que la posibilidad de un frente nacional y popular, con la UCRI, los Demócratas Cristianos, "Libertadores" como Bengoa o hijos del fraude como Solano Lima, tienen alguna perspectiva?

El frente popular, el auténtico, es la unión militante y programática que surge de los sectores populares, que unifican sus esfuerzos para derrotar al régimen imperante por la vía más conveniente. Teniendo como característica esencial que las clases o grupos que lo impulsan, sostengan la necesidad de un nuevo orden económico y social.

De acuerdo a estos principios se hace evidente que el Frente que se ha intentado conformar, está viciado en sus aspectos más fundamentales: en lo popular y en lo programático.

En lo primero porque su constitución no ha sido producto de la voluntad popular, prueba de ello es que ha surgido de la acción del régimen o de personeros del mismo, y que fué y es constantemente alentado por el ex Ministro de Interior Martínez y otros medios gubernamentales.

En lo segundo porque su programa o su ideario ha estado lleno de generalidades, más dispuestos a aceptar la situación económico-social vigente que a modificarla con un programa que interprete el pensamiento popular, que aspira a una total modificación de las estructuras políticas, económicas, sociales y jurídicas.

Es evidente entonces que no puede ser Frente Popular el con-tubernio de dirigentes que, lejos de expresar los intereses del pueblo, representa la tentativa encubierta de la reacción oligárquica de seguir gobernando con la pantalla de un Frente Popular que, en última instancia, es la expresión de sus intereses.

El peronismo tiene la responsabilidad histórica de constituir el auténtico Frente del pueblo. Su sola presencia representa un frente de clases con mayoría obrera. Pero es necesario iniciar una acción intensiva y ampliatoria de sus bases de sustentación para eliminar al enemigo de todos los sectores populares: la oligarquía y sus lazos financieros con el imperialismo.

En cuanto a la participación de sectores políticos que formula la pregunta, considero que el Frente no excluye a ningún sector político en la medida que ratifiquen públicamente el programa del pueblo. Los que así no lo hagan se autoexcluirán ellos mismos, pasando al contrafrente reaccionario.

Con este método no habrá lugar a equívocos, porque los que han estado luchando contra el pueblo tendrán obligatoriamente que repudiar su pasado aceptando el programa popular. En ese sentido considero que la Democracia Cristiana encabezada por el Dr. Sueldo, independientemente de sus fines o ideas políticas, ha señalado un camino positivo al esteriorizar sin cortapisas ni claudicaciones un programa concreto de ruptura con el F.M.I.; la anulación de los Contratos Petrolíferos; el repudio a la política económica frondizista y su desacuerdo público frente a las proscripciones, que la ubican con claridad dentro del auténtico frente del pueblo.

¿Cuál cree Ud. deberá ser el programa político que garantice la liberación nacional y social, asegurando un desarrollo rápido y armónico de la economía?

PARA tener una idea clara sobre el programa político que contenga las soluciones que Ud. formula en la pregunta, es imprescindible ubicarse en el plano histórico de los países que luchan por el crecimiento económico, despojándose de los mitos y teorías caducas creadas y sostenidas por el sistema capitalista, cuya decadencia es innegable y cuyo futuro ya está determinado: se derrumba no porque así lo quiere una doctrina, si no porque ya está minado y subvertido por la historia.

Esta es una de las leyes fundamentales que no puede ignorar ningún país política o económicamente oprimido. Su liberación nacional y social jamás podrá ser alcanzada dentro del sistema capitalista.

Su única posibilidad de liberación es la construcción de una democracia que cree un nuevo orden social, que garantice las condiciones de un desarrollo económico acelerado, que lo independice del imperialismo y asegure la implantación de una profunda justicia social en el pueblo.

¿Qué otra posibilidad tienen los pueblos de liberarse del sistema social, que está perpetuando su miseria, degradación y estancamiento? Es evidente que ninguna otra. Ya no se podrán repetir las condiciones históricas que permitieron el desarrollo de EE.UU., que muchos sostienen como la piedra filosofal que se opone a las nuevas transformaciones populares. La concentración de capitales a bajo interés y la libre competencia que caracterizaba las economías de Europa de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, han desaparecido con el posterior desarrollo del capitalismo, que a través de los monopolios y del imperialismo han absorbido todas las posibilidades de desarrollo y sostienen su tremendo poder político y económico alimentado por la pobreza de los países coloniales o económicamente dependientes.

El capitalismo, que fué un poderoso impulsor del desarrollo y del progreso humano frente al feudalismo, hoy se ha convertido en el más formidable enemigo del progreso de los países subdesarrollados.

Es explicable entonces que cada país liberado de la férula imperialista le produzca a éste, conmociones que hacen temblar toda su estructura económico-social.

Por eso la campaña para conservar este sistema, ha llegado a límites inimaginables y es considerada subversiva toda tentativa de liberación.

Pero, mientras que el capitalismo no puede superar sus contradicciones internas, desocupación, crisis cíclicas, concentración de la riqueza en pocas manos, desarrollo inarmónico; hambre y miseria en casi tres cuartas partes del mundo, etc.; los países que se liberan con el nuevo orden social demuestran en pocos años los extraordinarios progresos que se logran con una economía basada en la Democracia Social que nacionaliza y socializa la propiedad, los medios de producción; planifica el desarrollo; elimina el derroche de las clases pudientes; canaliza la mano de obra en las actividades productivas; elimina la desocupación; crea condiciones de desarrollo ilimitado, etc.

Considero que estas son las ideas fundamentales que tenemos que volcar para crear un auténtico programa popular para nuestro país. Sería utópico creer que dentro de los márgenes del actual sistema político-económico-social y jurídico, el país encuentre las soluciones para un acelerado crecimiento económico y una justa distribución de la riqueza.

Jamás podremos salir de país dependiente, socialmente injusto y subyugado a los intereses de los países desarrollados, cualquiera sea su signo ideológico, si no se realizan modificaciones estructurales.

Así lo han comprendido los países africanos, árabes, asiáticos y en América, Cuba, que han puesto en práctica un socialismo nacional que se conjuga en el anhelo común de liberarse de la esclavitud imperialista, creando una sociedad nueva.

Las tasas de crecimiento de muchos de estos países superan las mejores obtenidas por el capitalismo en sus mejores épocas, y supera largamente la marca óptima actual de los países desarrollados.

Ya nada ni nadie podrá detener este avance arrollador de los pueblos subdesarrollados del mundo. Aún sobre las intrigas diplomáticas, la presión económica y hasta la subversión política del capitalismo, los pueblos no ceden en su lucha liberadora que sin lugar a dudas está consustanciada con la razón y el desarrollo histórico.

El imperialismo no ceja en adquirir nuevas formas para encubrir sus verdaderos propósitos, es así como en América los EE.UU. intentan frenar el proceso revolucionario intentando convencer a los pueblos que el crecimiento económico es un proceso largo, cuya evolución exige paciencia y el mantenimiento de las actuales estructuras políticas.

No son ajenas a estas intenciones la llamada "economía del bienestar" y la "alianza para el progreso". Con grandes despliegues propagandísticos se intenta reforzar la inestabilidad de los gobiernos pro-imperialistas de América. Pero las necesidades de los pueblos son tan urgentes, y las soluciones tan contrapuestas a los intereses yanquis, que en muy poco tiempo estos planes se hunden con la misma rapidez que surgieron para cumplir una necesidad meramente política.

Asimismo se pretende abusar de los sentimientos religiosos de sectores amplios de los pueblos, confundiendo los mezquinos e inhumanos intereses del capitalismo con la grandeza espiritual del cristianismo.

Así se esgrime la "defensa del occidente cristiano" en oposición a las luchas populares, presentando al nuevo orden social como una contradicción del pensamiento y la fe religiosa, con lo cual pretenden revestir a la esclavitud con nuevos ropajes. Cuando en realidad no existe ninguna contradicción entre el cristianismo y las estructuras sociales populares, que aseguran la justicia social, suprimen el hambre y extienden la cultura.

Es necesario afirmar que estas ideas esbozadas aquí muy ligeramente, no involucran solamente el pensamiento del proletariado, si no que proyecta en sus realizaciones a todos aquellos que no están comprometidos con la esclavitud y la miseria de los pueblos.

Comprende, a la clase media usada como instrumento nivelador y para golpes por la oligarquía; a los pequeños comerciantes e industriales que no tienen salida dentro del actual sistema y que progresivamente son absorbidos por los monopolios; a los técnicos y profesionales que tienen que emigrar o servir los intereses de las grandes empresas monopolistas del imperialismo, sin posibilidades de desarrollar su talento científico; a los pequeños propietarios agrícolas que son constantemente esquilados por las firmas exportadoras y que no tienen la adecuada asistencia científica y financiera. Fundamentalmente pertenece, a los jóvenes que serán los destinatarios obligados de sus beneficios, y a quienes corres-

ponde como nueva generación tomar estas banderas y luchar hasta las últimas consecuencias.

Es en definitiva el ideario para los que quieran construir una nueva sociedad. A ellos se opondrán todos los que viven y gozan a expensas de la injusticia social y el fraude político. De ahí para abajo todos sin distinción serán beneficiados por la revolución y el nuevo orden social.

¿Qué medidas políticas y/o gremiales deben tomar la clase obrera en forma inmediata para salir de la difícil situación en que se encuentra?

Es evidente que la clase trabajadora está pasando por una difícil situación: la desocupación; falta de trabajo; despidos arbitrarios; falta de pago; cierre de establecimientos, y toda la gama de la represión policial-empresaria han caído sobre las desnudas costillas de los trabajadores y sus dirigentes.

Esta situación no es extraña a las actuales estructuras políticas, que someten a los trabajadores a un régimen inicuo de explotación, para compensar la deshonesta dirección económico-social que deteriora financieramente al país; como así también la rapacidad de los funcionarios y las exacciones económicas que cometen las empresas monopolistas extranjeras que a través de explotaciones agrícolas o industriales, préstamos o arriendos y subvenciones militares absorben los mejores sacrificios del pueblo, imposibilitando su capitalización y ahondando la miseria.

¿Quién paga todas estas iniquidades? El pueblo, los trabajadores, el último eslabón de un régimen social injusto que hace de los que trabajan honradamente, parias sociales destinados a la pobreza y la explotación.

Mientras, los bandidos, los aventureros y toda la gama de delincuentes "financieros", recogen sin ningún esfuerzo el sacrificio y el trabajo de los hombres y mujeres del país.

La repercusión de estos hechos en las organizaciones sindicales, han sido dolorosas y a veces brutales como en el gremio de la Carne, donde una patronal primitiva y medieval, agente de los intereses de los monopolios imperialistas, ha consumado con el apoyo y aliento del gobierno iniquidades e injusticias que han llevado el dolor y la desesperación a miles de hogares obreros.

Es bien cierto que ya algún día tendrán que pagar con creces todos estos atropellos, pero mientras tanto se ha abierto una amplia brecha en el frente sindical que es necesario cerrar.

Y como la Carne muchos otros gremios han padecido situaciones análogas, que nos obligan a meditar sobre las tácticas empleadas y las que emplearemos en el futuro para organizar un contraataque que nos devuelva los derechos y conquistas ilegítimamente cercenados.

Considero personalmente que una de las principales preocupaciones de la Central Obrera recuperada, debe ser la de consolidar la unidad y unificar un frente común entre todas las organizaciones del trabajo. No la unidad artificiosa, interesada o declaratoria, si no la unidad que nace y se fortifica a través de los ideales y necesidades comunes de las bases, alejando su movilización y participación en la conducción de las luchas sindicales.

Esta es una prioridad irrenunciable y urgente, ya que es evidente que últimamente la unidad y solidaridad de los trabajadores se ha visto mellada por diversos conflictos gremiales, en donde no se exteriorizó un frente sólidamente común.

Es necesario que cada organización sindical tome conciencia que las soluciones parciales en cada gremio, son efímeras e insignificantes frente a las grandes soluciones que pueden conquistarse con un movimiento obrero unido. No olvidando jamás que cada golpe que la reacción da sobre un Sindicato, es un golpe sobre todo el movimiento obrero.

En toda la historia del movimiento sindical ha sido notable observar que así como los triunfos parciales tarde o temprano se extienden a la totalidad de las organizaciones. También las derrotas parciales si no se toman medidas a tiempo, y muchas veces aún así, se extienden a todos los sectores obreros.

Jamás en la historia de la humanidad una clase social estuvo tan ligada en sus triunfos y en sus derrotas como la clase trabajadora. Esto nos debe enseñar que su unidad, el estrechamiento codo a codo de todos los trabajadores, es la primera prioridad para la defensa de sus intereses.

A la unidad debe seguirle una constante información a las bases, que las movilicen y las alienten en sus conquistas. Para ello debe combatirse la burocracia y todo brote de "oligarquía sindical" que muchas veces, aunque no por mucho tiempo, frena y obstaculiza el accionar obrero ocasionándole perjuicios innecesarios.

Es necesario también ejercer una permanente acción propagandística y sicológica para convencer a otros sectores sociales de los justos motivos que movilizan al movimiento obrero; ya que en muchas oportunidades por informaciones falsas o interesadas, estos sectores se resisten a reconocer a los Sindicatos como instituciones inamovibles del país, cuya seguridad y respeto debe ser defendido por todos aquellos que no están complicados con la justicia y la explotación del pueblo.

Unidad, fortalecimiento institucional, democracia interna y agitación permanente, son las bases de un movimiento sindical fuerte.

Pero la auténtica y final consolidación del movimiento obrero se obtiene con la militancia política. Ella es tan importante para su futuro que no ejercerla, significa poco menos que castrar su única posibilidad de emancipación social.

La oligarquía ha pretendido permanentemente desconocer los derechos políticos de las organizaciones sindicales, porque su militancia sepultó el fraude y empequeñeció a los viejos y caducos partidos "tradicionales".

Ahora bien, el movimiento obrero cumple dos tipos de acción: uno inmediato y otro mediato.

El inmediato es la permanente acción para mejorar la situación económica y social de los afiliados, lógicamente dentro de las estructuras del régimen capitalista. Esta ofensiva no tiene límites y es permanente, simplemente por que dentro de las actuales estructuras políticas los trabajadores jamás tendrán las soluciones definitivas a que aspiran.

Por lo tanto es fundamental para socavar y debilitar al régimen oligárquico, que esta acción tenga la mayor unidad y consistencia posible, porque en definitiva es la base esencial de la acción política revolucionaria.

La acción mediata, es el objetivo de la revolución social; debe estar dirigida fundamentalmente a adoctrinar a las masas obreras sobre la necesidad de un nuevo orden económico-social, al que como clase están indisolublemente ligados.

La comprensión de las debilidades del régimen capitalista y su carácter irreformable, es fundamental para que los trabajadores comprendan sus fracasos dentro de este régimen, aspirando a la vez a desterrarlo con las nuevas estructuras económico-sociales que los sustraerán del atraso, la ignorancia y la miseria.

Para la acción mediata es necesario que el movimiento obrero, sus dirigentes, tengan plena conciencia de que la acción revolucionaria sólo puede ser consecuente y disciplinada a través del aparato político que organiza, forma cuadros de dirigentes y socava las bases del régimen con una acción polifacética en diversos frentes.

Es impropio considerar que el movimiento obrero puede ejercer con sus organizaciones clásicas la ímproba tarea revolucionaria; sus características y fines que les son peculiares le impiden muchas veces tener una consecuencia en su accionar político, lo que lo hace vulnerable al ataque de la reacción.

Pero un movimiento obrero unido con conciencia de clase, con aspiraciones de poder y con un partido político revolucionario, conforma una fuerza indestructible que tarde o temprano ejercerá el poder político.

Dejando perfectamente claro que los trabajadores bajo ningún aspecto deben resignar su participación mayoritaria en la conducción política, esta es una medida justa, que garantiza los principios y los fines de los objetivos a lograr.

De esta manera el movimiento obrero podrá desarrollar todas sus múltiples energías en lo gremial y en lo político, jerarquizando dirigentes capaces y accionando coordinadamente siempre se le ofrecerán condiciones de reaseguro suficientes, como para actuar con la elasticidad que las organizaciones gremiales requieren.

Estas son las bases que considero fundamentales para las soluciones de los problemas inmediatos o mediatos, sin descartar lógicamente todas aquellas acciones que algunos momentos especiales hacen aconsejables, y cuya adopción depende de la habilidad de los dirigentes gremiales.

BERNARDO KORDON ENTREVISTA A CHEN-YI Y MAO-TSE-TUNG

EN Pekín, y en todo el inmenso territorio chino, no hay una sola plaza, ni una sola calle en sus innumerables ciudades, ni nada en la nueva China que lleve el nombre de algún dirigente político o de algún jefe de la revolución. Esta conducta corresponde a una ley promulgada por Mao Tse-tung en plena guerra de liberación y hace más patética la impresión que se impone al visitarnos: quienes actualmente gobernan China son exactamente —en personas y esencias— los mismos hombres que hicieron la revolución. El hecho se hace evidente al conocer a sus figuras más relevantes.

Chen Yi nos recibe con el sobrio uniforme de los funcionarios chinos. No gasta ni la sombra de una condecoración ni insignia militar, pero es uno de los diez mariscales que cuenta el Ejército Chino. Actualmente es vice Primer Ministro y ministro de relaciones exteriores. Este hombre sencillo, afable, de gesto bona-chón, es la historia viva de la revolución.

Era estudiante en París cuando se incorporó en la lucha por la liberación de su patria. Junto con Chou En-lai formó grupos de revolucionarios entre los chinos que estudiaban o residían en Europa. A igual que Mao Tsé-tung, Chen Yi, poeta y erudito en literatura clásica, se reveló como un gran conductor militar en esa guerra de liberación donde con medios precarios debieron poner fuera de combate a ocho millones de soldados del ejército del Kuomintang pertrechado y apuntalado por todo el poderío de Estados Unidos. El 27 de Mayo de 1949, las tropas comandadas por Chen Yi entraban en Shanghai por los barrios del oeste. El hecho marcaba un momento culminante del triunfo y las dificultades de la revolución. El imperialismo, sin tiempo de llorar la pérdida de Shanghai, se mostró esperanzado en las nuevas condiciones que tendrían que afrontar las tropas revolucionarias. ¿Podrían esas masas campesinas que formaban el ejército popular resolver los pavorosos problemas que se acumulaban en Shanghai? Allí dejaron la ciudad más populosa de China, desmantelado su equipo

industrial, pero incrementado al paroxismo el hambre y la corrupción que la habían hecho famosa en el mundo entero. 80.000 prostitutas, poderosas organizaciones de rufianes y traficantes de drogas, **gangsters** regimentados. Ya habían mostrado su poderío cuando ejecutaron la orden de Chang Kai-shek de apuñalar por la espalda a la revolución en 1927. También en 1949 los traficantes de opio podían resultar más eficaces que los consejeros militares yanquis de Chang Kai-shek. Mientras Estados Unidos se dedicaba a recoger los restos del ejército del Kuomintang para trasladarlo a la isla de Taiwan, ofreció con espíritu sospechoso la ayuda “desinteresada” al ejército que no pudo derrotar. La “**Voz de América**”: “Shanghai va a desaparecer bajo la dominación comunista” mientras el **New York Times** propiciaba el otorgamiento de un crédito al gobierno revolucionario. Quizás los dólares y los rufianes pudiesen “salvar” en última instancia a Shanghai de la revolución. El hecho realmente desconsolador y definitivo fue la firmeza y la eficacia del ejército comandado por Chen Yi para resolver los problemas de Shanghai. La ciudad más populosa de China fue barrida de toda clase de basuras.

Ahora estoy conversando con Chen Yi en Pekín y recuerdo las aguas del turbio Wuang-Poo, donde se alinean los pesados edificios victorianos y los agresivos rascacielos americanos de Shanghai: fueron las sedes de los bancos británicos y las misiones militares yanquis que antes gobernaban a China. Ni ingleses ni yanquis volvieron a pisar Shanghai, al punto que actualmente un hombre blanco en cualquiera de sus grandes avenidas llama la atención de los transeúntes.

HOY China es blanco de ataques y críticas. Chen Yi sale al encuentro de la pregunta apenas sugerida:

—En primer término debo referirme al rechazo absoluto que nos dedica el imperialismo. Esto no guarda relación, como algunos creen, con la potencia de China. Aun debemos luchar con el nivel de vida que heredamos,



no sólo muy bajo con respecto a Europa, sino también comparándolo con algunos países de América Latina. Usted ya habrá comprobado en su viaje que nuestro nivel de vida no se aparta aun mucho de los otros países del Asia. Si se nos combate de tantos frentes, no es debido a la peligrosidad de nuestra fuerza, sino por la insistencia de nuestra posición frente al imperialismo. Esta posición nuestra es la causante principal de rechazos, críticas y desentendimientos. Pero los revolucionarios chinos ya estamos acostumbrados a no apartarnos, a no desviarnos de nuestro camino por agravios o difamaciones. Lo que realmente importa de toda esta algarra son las relaciones que hemos mantenido con los países semicoloniales en los 13 años que llevamos de vida como estado libre. Hemos prestado ayuda a Cuba, con intercambio en pie de igualdad y préstamos a largo plazo sin interés, y lo mismo hemos hecho con Ghana, Guinea y otros países africanos, y con Yenán, Birmania, Indonesia, y otros países hermanos del Asia. Hemos ayudado especialmente a la RAU cuando el ataque imperialista al Canal de Suez y hemos prestado ayuda incondicional al pueblo de Argelia, sin importarnos si con ello ofendíamos al Gral. de Gaulle. Nosotros no podemos vacilar entre un pueblo que lucha por su independencia nacional y la amistad del Gral. de Gaulle. Los soldados argelinos lucharon con armas y uniformes chinos. Amistosamente puedo decir a usted que tenemos tres millones de soldados, y la entrega de varios miles de fusiles y uniformes, aun en medio de nuestra pobreza, no compromete nuestras fuerzas. En 1956 le ofrecimos a Hungría 20 millones de dólares, sin pedirle pago, y durante el ataque anglo-francés al canal de Suez, le ofrecimos 6 millones de libras esterlinas a la RAU sin claúsula de devolución. Del mismo modo cuando un pequeño y heroico país socialista como Albania se encontró muy aislada y acosada nos sentimos con el deber de correr a su ayuda.

—¿En qué condiciones prácticas efectúan esta ayuda a los países de Asia y África?

—Se contempla en general los préstamos con bajo interés. Plazo de 10, 15 o 20 años. Estos préstamos se ofrecen para levantar fábricas, en especial textiles, cemento, papel, madera tereciada, grupos electrógenos, fábricas de maquinarias livianas, de cigarrillos, etc. Los pagos comienzan a los dos o tres años.

—¿Van técnicos chinos a esos países?

—Por supuesto. Y esto produce también algunos inconvenientes con los otros técnicos de países capitalistas y socialistas. Pues los técnicos chinos llevan instrucciones precisas de vivir en el mismo nivel de los pueblos de esos países. Esto enfada a los otros técnicos, porque los chinos trabajan los domingos y se presentan en la fábrica en cualquier momento de día o de noche que necesiten su presencia. Hay mucha oposición a la política china en sus relaciones con el extranjero, porque China aplica una política de nuevo tipo, basada fundamentalmente en la justicia y en la no aceptación de la división de países fuertes y débiles, de países ricos y pobres. Este es uno de los crímenes que comete China.

Además, eso que se llama ayuda no la consideramos nunca como generosidad de nuestra parte. Estamos convencidos que el beneficio es mutuo cuando el intercambio se hace de pueblo a pueblo. Cuando ofrecemos ayuda a Cuba y Argelia, los heroicos pueblos cubano y argelino nos ayudaban a nosotros con sus heroicas luchas contra el imperialismo y el colonialismo. Los triunfos de Argelia y Cuba, y de todos los países que luchan por su independencia nacional, consolidan el triunfo de la independencia y de la revolución china. Es una ayuda reciproca y práctica. Visite los almacenes de Pekín: en todas partes hay azúcar de Cuba. Del mismo modo que no aceptamos el trato entre países fuertes y débiles, consideramos que también los beneficios y agradecimientos deben ser reciprocos. Por eso no aceptaremos de ningún país del mundo una ayuda con anexos de condiciones políticas. En tal sentido somos más amantes de nuestra libertad que de los bienes materiales. Si el precio de nuestra independencia es la pobreza, la preferimos al menoscabo de nuestra independencia. No aceptamos que se interfiera en nuestras opiniones. En relaciones con otros países aceptamos consultas mutuas y discusiones en pie de absoluta igualdad. Nos oponemos a todo tipo

de sumisión política en el campo internacional. Por eso las grandes potencias se sienten molestas, y por eso también somos comprendidos y queridos por los países pequeños.

En consecuencia no depositamos nuestras esperanzas en ninguna ayuda, sino en nuestras propias fuerzas. Los conocimientos técnicos no pueden ser monopolizados por ningún país. ¿Visitó usted el Palacio del Pueblo? Fue construido en pocos meses con proyectos, técnicos y materiales chinos. Muchas empresas y bancos norteamericanos esperaban algún día volver a entrar en tierra china, y seguirán esperando, porque solo lo hacen en determinadas condiciones. No logran la menor influencia, y esto parece avergonzar a Estados Unidos, que se han propuesto de un modo u otro influenciar en todo el mundo. Pero el problema del desentendimiento no está en China, sino en ellos. Nosotros estamos dispuestos a olvidar el bloqueo, la hostilización, y entrar en trato con Estados Unidos, con una sola y simple condición: que nos devuelvan Taiwan y que no impidan nuestra legítima entrada en las Naciones Unidas. En ocasión de encontrarme personalmente en la reunión de Julio en Ginebra, conversamos con la delegación yanqui, particularmente con Rusk, sobre la posibilidad de un entendimiento y entonces les hablé con los mismos términos que le estoy hablando a usted. Por supuesto no pudieron contestar nada, solo se limitaron a señalarme que todo eso se trataba de una herencia dejada por Eisenhower y que ellos estaban de acuerdo en solucionar el conflicto. Les contestamos que no nos hacía falta Estados Unidos, pues sin ellos podíamos vivir y luchar. Y aquí está la segunda causa de los ataques a China: que nos levantamos por nuestros propios medios. Nuestro trabajo, por otra parte, lo tomamos con un sentido de experimentación. Pues la transformación social que usted ha podido observar en su viaje por China es de carácter experimental. Propiciamos relaciones humanas nuevas y más justas. En el ejército mandamos a los generales que cada año vivan un mes con los soldados. Claro que esto sorprende a muchos extranjeros. Movilizamos a los intelectuales para que todos los años pasen una temporada con los campesinos. Organizamos brigadas de voluntarios para los trabajos públicos. Para la construcción del Palacio de la Asamblea Popular, por ejemplo, asistieron casi todos los altos funcionarios. En las comunas populares, docenas y centenares de miles de familias registran sus jornadas de trabajo, y dividen las cosechas según el porcentaje de dichas jornadas, según el principio de "a cada cual según su trabajo". Poco a poco queremos cambiar el sistema de propiedad. A los funcionarios del gobierno se les aplica un sistema de salarios bajos, no muy superiores al de los obreros. Un campesino gana término medio 40 yuanes, y el salario máximo de veteranos y encumbrados funcionarios es de 400 yuanes. Pero esta cifra es excepcional. Por regla general no sobrepasan de 200 yuanes. Pues no queremos formar una nueva capa social. El nivel de vida debe elevarse para todos. La nuestra es una nueva experiencia en el mundo. Claro que hemos estudiado el sistema soviético, pero fundamentalmente hemos tomado en cuenta la realidad concreta del pueblo chino. Por eso consideramos nuestro sistema como el más justo y apropiado para nuestra realidad. Por eso hay diferencias con otros sistemas y no puede ser de otro modo. Siendo lo nuestro una experiencia, necesitábamos una prueba, y esta prueba se produjo durante los tres años de calamidades naturales que sufrimos. La comuna popular confirmó su valor en los momentos de dificultad. En verdad, proyectar, realizar y consolidar una nueva realidad social no es nada fácil. Por ahora nos limitamos a opinar que las condiciones de nuestra política social y económica son aptas para la realidad china. Nunca elogiamos ni divulgamos nuestra política como mercadería de exportación, puesto que nuestra situación es sumamente particular, con mucha población y poca tierra laborada (2 m2 por cápita), y una situación atrasada como consecuencia de la herencia feudal y la destrucción provocada por continuas invasiones y guerras. Con tales antecedentes, China ha transformado en pocos años sus relaciones internas y externas. Los cambios y construcciones se realizan bajo las condiciones adecuadas y concretas de China. Nunca pretendimos imponer

nuestra política a otros pueblos. ¿Qué derecho tienen los otros países para reprocharnos este o aquel error? Esto no lo podemos aceptar. Nosotros tenemos la convicción de que debemos propiciar y experimentar nuestro propio sistema. Esto nos hace blanco del odio de muchos países. Sin embargo las cosas que estamos haciendo son muy simples y sencillas. ¿Por qué hay gente que se siente tan sorprendida? ¿Por qué tanta crítica negativa sobre nuestro trabajo? En el proceso del desarrollo de la historia del mundo, cada país crea su sistema de vida. Cuando África complete su liberación, los pueblos africanos encontrarán su sistema adecuado, y lo mismo sucederá en América Latina, donde no se impondrá un modo de vida yanqui, ni soviético, ni chino, sino un modo de vida particular que surgirá de la creación popular de los latinoamericanos. Del mismo modo es imposible concebir una versión soviética para uso del pueblo chino.

UN POETA CON UNIFORME DE SOLDADO

El coche echó a rodar por la avenida Tien An Men. Las luces en forma de racimos se perdían a lo lejos. Poco más allá de la entrada principal del Palacio Imperial, el coche giró frente a una puerta flanqueada de columnas. Dos soldados, con el uniforme corriente del Ejército Popular, saludaron a las visitas. Un saludo bien chino: algo de chispeante alegría en el gesto marcial. Dos soldados sonrientes resulta por cierto una discreta guardia para el presidente de más de 650 millones de chinos.

En toda China, y muy especialmente en Pekín, el continente nunca guarda relación directa con el contenido. Esos muros grises de Pekín suelen esconder fabulosos jardines y amplios pabellones, templos valiosos o la sucesión de poblados patios. Esta vez es el muro bermejo de la Ciudad Prohibida y nos reserva la sorpresa de un lago bordeado de parques. Al otro extremo del lago hay un típico pabellón pekinés, seguramente una dependencia del vecino Palacio de Invierno. El pabellón se ve pequeño, silueta tembleteando en la superficie bruñida del lago. Minúscula e irreal bajo las moles blancas y duras de los altos edificios de la Nueva Pekín.

El coche corre ahora en la alameda que no rodea el lago, y de pronto aparece el pabellón iluminado, que ahora descubro no es grande ni chico. Al entrar encuentro toda puerta abierta y lograda intimidad, porque en vez de paredes hay maravillosos encajes de madera tallada que bajan del artesonado y marcan las dependencias sin limitar el espacio.

Avanza hacia nosotros un hombre alto. Resalta su frente despejada, y la mirada vivaz, curiosa antes que analítica, sorprendentemente chispeante en el apacible rostro maduro.

Mao Tse-tung nos conduce hasta un salón vecino, y yo trato de inventariar ese ambiente extraño y claro a la vez, tan refinado como austero, algunas taquigrafías, intérpretes, fotógrafos, deslizándose en esta extraña dependencia de un Palacio Imperial convertido en comando revolucionario.

—Esto es de la dinastía Ching —dice Mao Tse-tung. No es muy práctico, pero debemos aprovecharlo. ¿Conoce la muralla de Pekín? Ya no presta ningún servicio de protección. Dificulta el tráfico y hay que demolerla para levantar nuevas construcciones. Pero también debemos conservar y reconstruir algunas de las puertas de la muralla por su gran valor artístico.

Mao Tse-tung habla de la muralla y de los barrios de Pekín para señalar la realidad china: un mundo que se transforma, que apunta al porvenir, y que no obstante debe tener siempre presente su pasado.

En su conversación lenta y fluida se evidencia el espíritu receptivo y el estilo de un hombre. En ningún momento escucho el monólogo discursivo del político, sino la charla intimista del poeta. Me recuerda a cualquier conversación con Pablo Neruda, la misma forma de pasear la mirada alrededor y referirse a hechos cotidianos para sugerir problemas fundamentales, con el mismo empleo lento y mágico de palabras simples y desnudas.

Mao Tse-tung viste su sobrio uniforme, sin la sombra del cintillo de cualquier condecoración. Del mismo modo Chu Tu-nan (Presidente de la Asociación de Amistad Chi-

no-Latinoamericana), el escritor Chou Er-fu, y el consejero Pu Chao-min que me acompañan.

Nos han servido té verde aromatizado con jazmín, el mismo té que nos han servido en toda visita cumplida a través de diez mil kilómetros por territorio chino. El Presidente Mao se interesa en conocer el recorrido de mi viaje y mis impresiones. Por eso se refiere a la muralla y al palacio: China no debe ni puede rechazar su herencia histórica y cultural. Las transformaciones deben operarse partiendo de realidades concretas no siempre halagüeñas.

—China todavía es un país relativamente atrasado, que pasa por muchas dificultades —dice Mao Tse-tung. Hemos superado muchos obstáculos y obtuvimos ciertos progresos. Necesitamos la ayuda de algunos países. Nunca debemos olvidar que la causa revolucionaria es una causa conjunta. Las revoluciones se apoyan unas con otras. Si ustedes se liberasen del imperialismo, eso constituiría una ayuda para nosotros. ¿Acaso Cuba no ha logrado un triunfo? El triunfo de Cuba ha brindado una enorme ayuda a la causa antiimperialista de todo el mundo. En su conjunto consideramos muy importante todas las luchas que se desarrollan en América Latina. ¿Ustedes no han apoyado a Cuba? El pueblo cubano es valiente y combativo. Sus dirigentes son muy eficaces. He estado con muchos amigos cubanos. Con ellos nos entendemos muy bien. Lo mismo sucede con otros latinoamericanos.

América Latina parece ser efectivamente una “debilidad” del presidente Mao. Me pide que a mi vuelta a Buenos Aires salude de su parte al filósofo Carlos Asturias. A mi vez le señalo mi sorpresa al ver desfilar millones de chinos en Wuhan, Cantón, Shangai, Pekín, en manifestaciones de solidaridad con la revolución cubana. Cuando pregunto o responde, me clava la vista, e inmediatamente su conversación parece cambiar al influjo de una palabra o idea de su interlocutor. Por ejemplo, considera necesario corregir mi apreciación cuando hablo de los hombres que dirigen la política china:

—Nosotros nos regimos por una dirección colectiva. Hay un comité central del partido, pero cada provincia y cada distrito tienen sus comités respectivos. Bien podemos decir que ahora el pueblo está organizado. El pueblo tiene sus sindicatos, la comuna popular, su partido. Y también su gobierno, y su ejército. Tomemos por ejemplo nuestro ejército. El Ejército Popular ha nacido del pueblo y sigue identificándose con el pueblo. Ha visitado a nuestro ejército? Es una lástima que no lo haya hecho. Hay unidad, hay amor entre ejército y pueblo. Antes era todo lo contrario. El ejército era temido, igual que la policía. Eso, que parecía ser su fuerza, constituía en realidad su debilidad.

Sonríe en dirección a Chu Tu-nan, que fuera dirigente de un partido democrático en la vieja China.

—Gente como nosotros temíamos mucho. Caer preso significaba la muerte.

—Temían, pero no demasiado.

—Es cierto. Nos hicimos en la lucha. Hace sólo 13 años atrás, Pekín era rigurosamente controlada por la vieja fuerza. Entonces no podíamos ni asomarnos en esta ciudad. El ejército del Kuomintang no trataba amistosamente a ningún antiimperialista, los aniquilaba implacablemente sin importarles si eran comunistas o no. Era un ejército para defender los intereses del imperialismo, de los “compradores” y de los terratenientes. Eran opresores del pueblo. Después de la liberación todo cambió. No importa que imperialismo, digamos el mayor, el imperialismo yanqui, sólo puede cometer fechorías en Taiwan, pero nada puede hacer en Pekín, ni en Shangai, ni en Nankín. Tal como en la época de la dictadura de Batista en Cuba, los capitalistas norteamericanos tenían mucha fuerza en China y ahora no tienen ninguna. Usted debe visitar Cuba. Allí hay experiencias directas para los latinoamericanos. Tengo entrevistas con muchos africanos que no conocen Argelia y les aconsejo que vayan a conocer Argelia. Allí se luchó ocho años y derrotaron a las tropas francesas. Ese país sólo cuenta con una población de 9 millones, pero los europeos eran casi un millón, y las tropas francesas de ocupación alcanzaron a 800.000 soldados. Las tropas argelinas sólo fueron unas docenas de millares al comienzo y debieron

(sigue pág. 17)

REPORTAJES

por Ricardo Piglia

CON el fin de la "ilusión" frondizista (última posibilidad decorosa de inserción de los intelectuales de izquierda en una variante burguesa) aparecen en el país un núcleo de intelectuales (aparición ésta cuya comprensión exige una visión estructural de la Argentina del post-peronismo) en su mayoría menores de 30 años, unidos, no por una perspectiva generacional sino por una similar aproximación a la realidad planteada desde el marxismo (o en diálogo con él). Desde Contorno, Centro, Gaceta Literaria, Che, El Escarabajo de Oro o Cuestiones de Filosofía, Viñas, Orgambide, Sebrelli, Castillo, Rozitchner, Verón, Portantiero, certifican un intento de ligarse a la realidad, de entenderla, de transformarla.

A partir de sus diferencias, de sus coincidencias queremos estructurar una relación (con ellos, entre ellos) que posibilite la definitiva ligazón de los intelectuales argentinos con el pueblo-nación a través de la comprensión global (dada desde todos los ángulos posibles) de las mediaciones que la dificultan (o permitan).

Iniciamos así una serie de reportajes que intentan ser no un "muestro" de opiniones, sino una forma de desentrañar conjuntamente los problemas que la realidad argentina presenta en el plano cultural.

13 preguntas a JUAN CARLOS PORTANTIERO

Juan Carlos Portantiero ha colaborado en Cuadernos de Cultura, Che, II Contemporáneo. Su primer libro (Realismo y Realidad en la Literatura Argentina) plantea con seriedad y método la relación entre algunos de los principales escritores argentinos y la realidad. Actualmente (a pedido de gobierno cubano) prepara un ensayo sobre La Argentina.

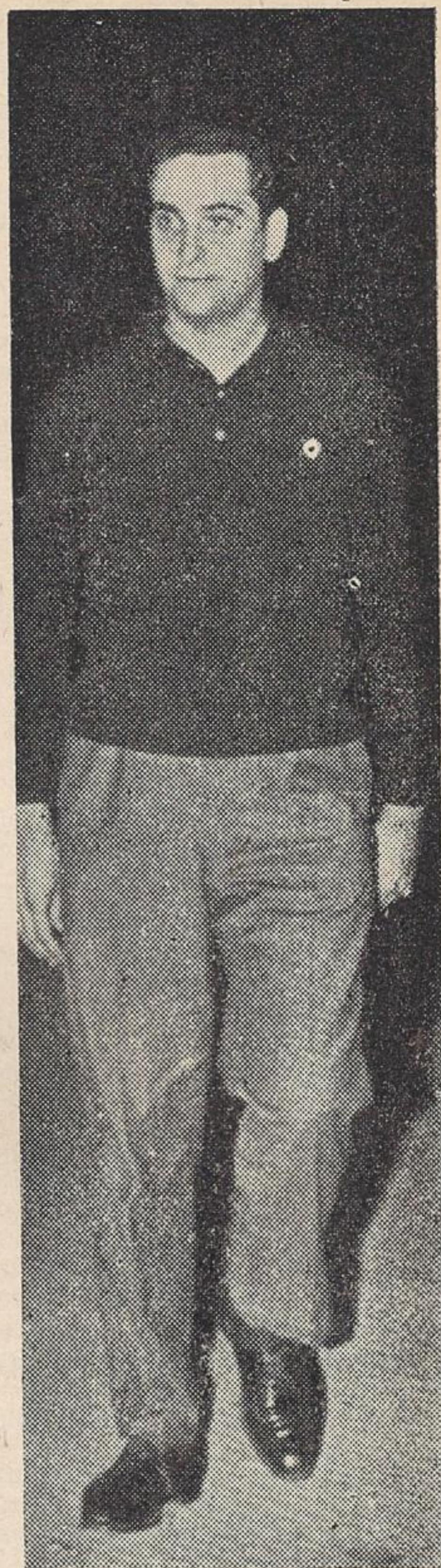
1. — ¿Cómo entendés la ligazón de los intelectuales con la clase revolucionaria en esta circunstancia histórica en que dicha clase no puede generar sus propios intelectuales y estos vienen, en su mayoría, de las capas medias?

Creo que la pregunta está mal formulada. ¿Cómo es eso de que la clase obrera "en esta circunstancia no puede generar sus propios intelectuales"? Tal vez el error provenga de confundir el origen social de los intelectuales (y en ese sentido tenés razón, al anotar que la mayoría proviene de las capas medias), con el contenido social de sus actitudes. Si la clase obrera no pudiera generar sus intelectuales en el seno de la sociedad burguesa, el cambio social sería imposible, lo cual es absurdo. Cada clase crea sus propios intelectuales, quienes le dan "homogeneidad y conciencia de su función", como dice Gramsci. Sin ese grupo de intelectuales orgánicos, la clase social subalterna —que es el agente del cambio histórico— no podría alcanzar ni el dominio sobre la "sociedad política" ni el control sobre la "sociedad civil": es decir, no podría cristalizar su hegemonía. Los "políticos", p.e., integran un grupo de intelectuales especializados (aun cuando no hayan estudiado Ciencias Políticas en la Universidad) y, evidentemente, la clase obrera necesita engendrar sus políticos en el seno de la sociedad burguesa. La labor de estos técnicos se mide específicamente en el seno de la "sociedad política", es decir, en el terreno de la estrategia de la lucha por el poder. Los

otros grupos e intelectuales orgánicos (aquellos a quienes más clásicamente se los llama intelectuales: artistas, científicos, profesores, etc.), ejercen en cambio su mayor influencia sobre la "sociedad civil", pero la diferencia entre ambos núcleos es de grado y no de calidad: al fin y al cabo, sociedad civil y sociedad política son dos aspectos de un mismo Estado, al servicio de una clase o de una alianza de clases.

2. — ¿Sin duda existe un límite de conciencia posible para la burguesía. Cómo puede un intelectual burgués escapar a ese límite?

El concepto de "conciencia posible", popularizado por Lukacz, significa uno de los aportes más importantes para entender, libre de mecanicismo, la relación entre intelectuales y clase social. Se trata del desarrollo de la conocida idea de Marx, expuesta en el 18 Brumario: "Tampoco debe creerse que los representantes democráticos (se refiere a los políticos pequeño burgueses) son todos tenderos o gentes que se entusiasman con ellos. Pueden estar a un mundo de distancia de ellos por su cultura y su situación individual. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeños burgueses en sistema de vida; que, por lo tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsan a aquéllos, prácticamente, el interés material y la situación



social". Ahora, ¿cómo puede reemplazar un intelectual esa visión inconscientemente egoísta? ¿Cómo puede dejar de ser "intelectual tradicional" (partiendo del hecho de que todo el proceso de endoculturación "espontáneo" lo lleva a la aceptación del consenso establecido), para llegar a ser "intelectual orgánico" de las clases subalternas que cuestionan el sistema de vida vigente? La explicación será individual para cada caso, pero deberá darse en el marco de un complejo social, ético e ideológico. Haciendo hincapié fundamental en este último aspecto, cabría decir que el proceso de mutación se expresa llegando a la comprensión, teórica y práctica, del movimiento histórico en su conjunto. Y esa comprensión —única posibilidad de eliminar el subjetivismo de clase y, por lo tanto, exclusiva manera de encontrar relaciones correctas con la realidad— sólo puede hallarse por medio de la integración en la clase cuya realización histórica coincide con la expansión humana en esta etapa de la evolución social. Esta clase es la clase trabajadora. Por supuesto que el esquema aquí esbozado tendría que ser desarrollado, partiendo de la experiencia histórica, y no meramente enunciado. De otro modo se corre el riesgo de una escatología proletaria, pero no puedo menos que correr ese riesgo: este cuestionario, como tal, es abrumador.

3. — ¿Cuáles son las mediaciones en la relación entre los intelectuales y el pueblo-nación?

4. — ¿Cuál es el papel del marxismo en la relación entre el intelectual y la realidad?

5. — ¿Cuál es el del partido revolucionario?

6. — ¿Si la realidad se conoce al transformarla en qué consiste la praxis de un intelectual?

Sigo corriendo riesgos y contesto, en una sola, a las preguntas 3), 4), 5) y 6): creo que es posible agruparlas, porque llaman la atención sobre un único problema, aunque se lo observe desde distintos ángulos. La relación entre los intelectuales y el pueblo-nación, se maneja en función de innumerables problemas y a través de sucesivas intermediaciones, marcadas por la división secular de la sociedad en clases antagónicas. Las clases dominantes son tales no sólo por su situación con respecto a los medios de producción, sino también porque su cosmovisión es la dominante en la sociedad. Esto quiere decir que el proceso de socialización de los individuos se realiza mediante la internacionalización de actitudes, creencias, sistemas de valores, que responden a la conciencia posible de la clase que ejerce la hegemonía social. El Estado capitalista, p. e., no consiste solamente en su aparato político, militar o burocrático: el Estado capitalista es también el conjunto de la sociedad civil capitalista, desde la economía hasta las ideologías, desde la familia burguesa hasta la escuela. La lucha contra ese Estado debe, pues, librarse también en el seno de la sociedad civil, que es donde actúan preferentemente los intelectuales. Aquí es donde surge claro el valor del marxismo, en tanto la dialéctica materialista aparece en la historia humana no como una ideología más (es decir, una nueva forma de la falsa conciencia), sino como la expresión misma del desenvolvimiento de la realidad. Pero esta función desmitificadora, desalienadora, puede ser cumplida en la medida en que el marxismo, como sistema de pensamiento, plantea los problemas del hombre (sus contradicciones con la naturaleza y la sociedad) en el seno de la praxis social. Instrumento de esa praxis es la clase obrera, y vanguardia de ella es el Partido Revolucionario, que expresa la fusión entre clase social e intelectuales orgánicos. Sin el Partido Revolucionario, el marxismo es inconcebible, por cuanto el partido es el que le otorga a la clase conciencia histórica.

Si fuera posible sintetizar, diría: la participación de los intelectuales en el cambio social no es una participación autosuficiente. Ella está en relación con el movimiento histórico en su conjunto y depende de la lucha de clases. Salvo en el caso de los políticos —que son intelectuales y organizadores al mismo tiempo— esa participación se desenvuelve en el terreno de la sociedad civil, terreno que los intelectuales orgánicos de las clases subalternas deben disputar a los intelectuales tradicionales, a fin de preparar una de las fases

de ese ciclo unitario que lleva a la hegemonía sobre la sociedad nacional: la fase de la dirección, del consenso, que deberá luego (al lograrse el poder político) ser completada con el dominio, pero que nunca podrá bastarse con él. Porque no hay hegemonía histórica sin consenso espontáneo y no hay consenso espontáneo sin que los intelectuales orgánicos, formados por la clase ascendente, dirijan la sociedad civil y proporcionen el contenido ético al Estado.

7. — ¿Qué diferencia hay entre política cultural y política?

Con lo anterior, queda clara mi opinión de que las diferencias entre política y política cultural son de cantidad y no de calidad.

8. — ¿Creés posible conciliar una posición ideológica marxista con el no-compromiso político?

Me parece —otra vez— que la pregunta no está correctamente planteada. ¿Qué quiere decir "no-compromiso político"? ¿Ausencia de comprensión acerca de la necesidad de modificar, a través de la política, la estructura social actual? En ese caso, resulta evidente que una actitud de tal carácter no tiene nada que ver en lugar de "no-compromiso político", quieras decir falta de militancia concreta en un partido revolucionario. La respuesta, entonces, es más complicada, pues no siempre las relaciones entre intelectuales y partido revolucionario han sido planteadas y resueltas correctamente. De todos modos, tomando períodos largos, única manera de sacar conclusiones con valor histórico, está claro que el marxismo exige en el intelectual que adhiera a su sistema de ideas, una militancia concreta en el Partido Revolucionario. En sus *Recherches dialectiques*, Lucien Goldman ensaya la siguiente defensa del "franco tirador": "En las épocas de gran entusiasmo colectivo, mientras existe una unidad orgánica y viva entre los organismos y las clases sociales que ellos representan, el artista puede expresar, en el cuadro de esos organismos, una visión que refleja la clase y la mentalidad colectiva; pero en las épocas de estancamiento o de retroceso, cuando el organismo deviene, en cierta medida, organización burocrática y autónoma, cuando sus relaciones con la clase social no se efectúan sino a través de todo un conjunto de mediaciones complejas, la creación literaria se transforma en difícil y, muy a menudo, es el franco tirador, el escritor independiente quien puede, mucho mejor que el escritor enrolado, encontrar los caminos del pensamiento colectivo". De alguna manera, el propio Goldman plantea esa segunda situación como aberrante y en ella (que no tiene por qué ser obligatoria) sufre tanto el intelectual como la clase social, en la medida en que si el partido se transforma en una "organización burocrática", no podrá cumplir con su misión política en profundidad, hasta tanto la situación no sea corregida.

9. — "Una cultura nacional de contenido socialista —ha dicho Mao Tse Tung— debe necesariamente reflejar una política y una economía socialista". Concretando, si una nueva cultura supone un nuevo "mundo moral", es decir, una nueva relación entre los hombres, ¿en qué medida es imprescindible cambiar las estructuras para desarrollar una cultura verdaderamente nacional?

Lo "nacional" es una categoría histórica que no puede concebirse si no va unida con lo "popular". Prefiero, entonces, hablar de lo "nacional-popular" (o de "pueblo-nación"), que de cultura nacional. En tal sentido, sobre la base que, en el siglo XX, lo popular sólo puede coincidir con el socialismo, me parece imprescindible cambiar las estructuras para desarrollar una cultura nacional. Esto, sin perjuicio de lo dicho antes acerca de que la nueva sociedad va siendo prefigurada, por la acción de las masas, en la vieja sociedad.

10. — ¿Pensás qué realmente existe una herencia cultural, "la herencia de Mayo"?

Pienso que hay una continuidad nacional-popular, una historia del pueblo-nación que se va precisando en función de la experiencia histórica, y actualizando en función de las condiciones sociales objetivas en que esa experiencia se va sucesivamente revelando. En tal sen-

(Sigue en la pág. 17)

Historia del Vasallaje en el Plata

Consecuencias de la tercera invasión inglesa

(La presente nota constituye la introducción y el fragmento de un capítulo de un libro de próxima aparición).

INTRODUCCION

Es creencia arraigada entre la mayoría de los argentinos que a nuestra historia, como dice Martín Fierro, "le falta lo mejor". Esto es, carece de la dimensión que habrá de convertirla un día en la herramienta adecuada para descubrirnos a nosotros mismos y mostrarnos en la realidad de que somos y queremos ser. Todo esto es un mundo intensamente desgarrado pero en marcha hacia otro tipo de relaciones humanas, que abarca en su expansión dialéctica regiones cada vez más amplias de lo real y las somete a sus leyes inflexibles. Ya no podemos considerar la historia a través del espejismo de los hombres representativos, que siempre son productos del medio social y político. Tenemos que aprender a percibir en los movimientos colectivos la fuerza oscura que mueve a la sociedad, y en los individuos que ocasionalmente ocupan el escenario de la representatividad pública, los simples instrumentos del devenir que, cumplida esa misión, caen "como cáscaras vacías".

Muchos son los esfuerzos que se han hecho para aclarar nuestro pasado y destruir ciertos relatos interesados, referentes a hechos ocurridos y a individuos que, desde los primeros tiempos de la independencia y más tarde, durante la época de la organización, les tocó, con suerte variada y aptitudes no siempre compatibles con las exigencias de la hora, dar forma efectiva al gobierno y orientar su funcionamiento. Sin embargo, una pesada costra de fraude y mentira sigue gravitando sobre la historia nacional, la que en ocasiones es simple crónica guerrera alrededor de batallas más o menos insignificantes; otra, panegírico ridículo sin relieve al servicio de menguados fines, o, también, olvido voluntario de acontecimientos hondamente populares y de los hombres que intentaron captar su sentido prospectivo.

Parece un hecho establecido que entre los incas, a la muerte del soberano, se reunía un grupo de sabios y funcionarios para juzgar la vida del extinto. Si había sido meritorio su obra era enaltecida y cantada por los poetas; en caso contrario, sólo se mencionaba su nombre, sin comentario alguno, razón por la cual pronto caía en el olvido. "Si adoptáramos en nuestros días un sistema semejante —dice Louis Baurin— la historia contemporánea quedaría sorprendentemente compendiada".

Los argentinos deberíamos aprender esta lección de autocrítica y de buen gusto de estos lejanos antecesores, y así eliminariamos la molestia cronológica de contar los héroes por centenas y el perjuicio económico de mantenerlos en el presupuesto por millares. Sería, asimismo, un medio para otorgar jerarquía a una disciplina que entre los pueblos cultos merece más respeto, ya que ella sirve, en las comunidades con aspiraciones levantadas, de guía para ahondar el ser nacional, afirmar su conciencia y orientarla en todas las encrucijadas de la vida social. En la historia —expresó profundamente Hegel— caminamos entre las ruinas de lo egregio. En la nuestra en cambio, deambulamos entre la sombra de lo grotesco y de una fingida grandeza, que ha convertido a la noble ciencia en relato novelado para satisfacción de la vanidad humana.

Pero, a veces, el telón del pasado se descorre tirado por algún espíritu curioso o indiscreto. La escena y los actores se animan entonces con nueva energía y llega hasta el espectador la certidumbre de que lo que observa, aún siendo ya conocido, adquiere, traspuerto en otra clave, formas inusitadas que echan por tierra ideas y preconceptos aceptados sin análisis.

Es lo que acontece con el libro de H. S. Ferns, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, editado por Oxford University Press, en 1960. El profesor Ferns es especialista en economía, y enseñaba en la Universidad de Birmingham. En este trabajo, que ocupa 500 páginas, relata las vinculaciones diplomáticas y comerciales —los dos conceptos aparecen muy unidos— entre ambos países, desde antes de lograrse nuestra independencia política. Nos ofrece, quizás sin habérselo propuesto, una visión de la historia argentina y de los hombres que actuaron en ese período de la vida nacional, de corte netamente revisionista, valiosa por el aporte que representa para conocer entrelíneas a los que no tenemos fácil acceso. Es, por otra parte, el testimonio de un caballero inglés —que ha obtenido sus informaciones en fuentes insospechables— el que se presenta al juicio general, y una atestación de tal procedencia ha sido siempre irrecusable para nuestras élites intelectuales.

El título del libro ha llamado justamente la atención en los escaparates de algunas librerías porteñas que venden obras inglesas, porque es prometedor en su seco y lacónico anuncio. Algunas personas lo han leído ya y tenemos la impresión que debe haber causado sorpresa, disgusto o satisfacción, según los casos, de acuerdo con la ubicación ideológica del lector. Anotamos, antes que nada, para salvar el celo nacionalista y geográfico de los argentinos dos errores que advertimos en el mapa de la página LV: a las Malvinas se las llama Falklands Islands y el territorio que corresponde a la provincia de Santa Cruz recibe el nombre de Patagonia.

Pero el libro, dejando a un lado erratas como las aludidas, que se explican por inferencias inconscientes tal vez, merece ser tratado con consideración; representa un esfuerzo intelectual de primera clase, realizado por un hombre serio y responsable, quien se ha documentado en fuentes de tanta importancia que si las tuviéramos en nuestro poder podríamos, en poco tiempo, dar vuelta toda la historia argentina. El Museo Británico, el Ministerio de Relaciones Exteriores, el Ministerio de Guerra, el Almirantazgo figuran entre los principales proveedores de la información con la que ha contado el autor para desarrollar este variado y vivo comentario sobre las relaciones que Inglaterra mantuvo con el Río de la Plata desde fines del siglo XVIII hasta la guerra de los boers, que es donde termina el libro, pero no los efectos de la materia sobre la que trata.

LA GRAN EPOCA DE INVERSIONES

El año 1862 es la fecha clave en que la marea de la historia política y económica de la Argentina se inclina definitivamente en favor del capital inglés. Falta poco para que seamos la granja de Gran Bretaña.

El capítulo que Ferns dedica a esta época de la vida nacional, titulado "Los comienzos de la inver-

sión del capital británico", es el más característico y resume el contenido de la obra. Los documentos que exhibe el autor permiten deducir la participación culpable del sector representativo nacional en la tarea de despojar al país. Apresurémonos a aclarar que Ferns no acusa; señala procedimientos, destaca actuaciones y puntualiza gestiones en las que los agentes extranjeros hallan siempre la fórmula adecuada para imponer sus decisiones. Es sintomática la alusión al período aludido, como si fuera la línea divisoria del proceso histórico argentino. A un lado, en el pasado, quedan los caudillos de poncho y chiripá, con sus arrestos de federalismo y autarquía económica. Dueños de la situación son ahora, al decir de Alberdi, los caudillos de frac y levita, apoyados, dentro del país, por los ejércitos de línea, y desde fuera por la banca londinense que dicta la política financiera, la cual empobrece a las clases populares pero enriquece a sus dirigentes.

Hemos hablado ya del empirismo refinado del autor cuando enfoca las relaciones anglo-argentinas, según se ven desde la documentación del Foreign Office. Ferns es un historiador sagaz, preciso en los términos, elocuente en el uso del lenguaje a media rienda, que detiene a voluntad cuando quiere sugerir conclusiones que no tiene necesidad de expresar. Su libro posee así páginas de irreprochable objetividad que los argentinos encontrarán llenas de intenciones. Las fechas, los acontecimientos, los hombres y las reacciones que elige para ilustrar la cadena de sucesos que condujeron a situaciones que después pasaron a ser el fundamento de la vida argentina, de una falsa existencia, pero no menos real hasta el presente, han de caer sobre el ánimo del lector como el eco de una marcha fúnebre. Este efecto no ha sido buscado, indudablemente. Ferns sólo relata el triunfo de una concepción económica y política —una *Weltanschauung*, en suma— para la cual los principios éticos no pueden estar reñidos con el éxito. Pero esta victoria fue nuestra derrota, y hurgar los pormenores de este proceso es revivir nuestro pasado, cuyas consecuencias no han desaparecido, y exponerlo a la crítica de las nuevas generaciones. La conclusión más deprimente que se obtiene de esta lectura es la responsabilidad de los hombres que aceptaron el papel de intermediarios de la entrega y le reservaron al país el destino de factoría de Occidente.

La presidencia de Mitre precipitó, en opinión de Ferns, el auge de las inversiones inglesas, pues se consiguió en esa coyuntura lo que Urquiza fue incapaz de alcanzar: la tranquilidad relativa del país dentro del nuevo orden que daba a la banca extranjera la confianza suficiente para introducir capitales sin riesgo. "La transformación de las relaciones anglo-argentinas en este punto se ilustra muy bien por la atención que se daba en Londres a la guerra del Paraguay". A pesar de que esta lucha provocó la muerte de cerca del setenta y cinco por ciento de la población masculina del país agredido y exigió de la Argentina la absorción de gran parte de sus rentas, el gobierno británico no parecía preocuparse por ello mayormente. "Durante cinco años —sostiene el autor— los ministros ingleses en Buenos Aires alimentaron la creencia de que la guerra terminaría muy pronto. Se limitaban a comentar amargamente las atrocidades del dictador paraguayo y la incompetencia de los comandantes argentino y brasileño. Las razones para esta indiferente impasibilidad, en presencia de una prolongada y feroz contienda, no son difíciles de descubrir. La guerra se libraba muy lejos del escenario del comercio y la inversión. Al revés de todas las guerras previas, civiles e internacionales, en las que el gobierno de Buenos Aires se había visto envuelto, la del Paraguay no llevó a la cesación del comercio o a la destrucción de la vida o de la propiedad en los centros argentinos de producción. Por el contrario, el comercio y la inversión se expandían y la Argentina se transformaba en algo más acorde con las ideas europeas de civilización. Los inmigrantes llegaban de Europa y se distribuían a través del aspamas, mientras en las grandes selvas paraguayas

una máquina militar eliminaba y destruía a los turbulentos gauchos".

Este texto no deja lugar a dudas sobre la finalidad de la contienda. No es que la guerra les fuese indiferente a los ingleses. Precisamente porque les interesaba debía continuar hasta tanto no quedase vivo ningún nativo díscolo y la amenaza de un Paraguay industrializado, fuera de la influencia europea, desapareciese para siempre. Otro historiador inglés, Pelham Horton Box, en su obra *Los orígenes de la Triple Alianza*, ha dicho casi lo mismo que Ferns, aunque con mayor vehemencia: "Los aliados fueron a libertar al Paraguay de su tirano, y a abrir de par en par las puertas a la "civilización moderna", en forma de concesiones, financiación, inversiones extranjeras y otras emanaciones de la Bolsa de Berlín, Londres, Nueva York y Buenos Aires. Las bendiciones del *laissez faire* reemplazaron a los males del "paternalismo" y, como de costumbre, el campesino se convirtió en peón explotado y sin tierra". La sangrienta picada abierta en la selva señalaba otra etapa conquistadora. El liberalismo reñía de nuevo con la ética, si bien afianzaba su dominio en el Plata.

Los diplomáticos ingleses apenas disimulaban su satisfacción. Mathew, representante en Buenos Aires, informaba a su superior, en 1867: "que el progreso material de Buenos Aires y el resto de la República ha aumentado mucho en los últimos años, particularmente desde la llegada del general Mitre al poder".

Durante el gobierno de Urquiza las concesiones ferroviarias —gran negocio de la época— se otorgaban sobre la base de la entrega de tierras, según el convenio celebrado con el promotor Buschenthal. La administración de Mitre aprobó nueva leyes, garantizó a los constructores del ramal de Rosario a Córdoba un dividendo del siete por ciento sobre un capital de 5.400 libras esterlinas por milla, aparte de proveer la tierra necesaria para todo uso y la exención de impuestos creados o por crearse. "La respuesta a la política de Mitre de alentar las inversiones extranjeras fue casi instantánea. En el término de tres años los hombres de negocios ingleses e ingenieros habían establecido bancos y compañías ferroviarias y de tranvías que operaban en la Argentina, seguidas muy pronto por servicios públicos, tales como gas, aguas corrientes, sistema de drenaje..."

Mientras la oligarquía entregaba al extranjero toda la compleja organización financiera, económica y técnica de la sociedad en formación, sus integrantes dedicaban el ocio a la política de trenzas, a la especulación en tierra y a fomentar la construcción de líneas férreas que favorecieran sus predios, cada vez más extensos, en los que el ganado fino estaba llamado a completar la ecuación que, por su parte, buscaban desde los tiempos de las vaquerías y los saladeros.

¡Ya están en venta!
Obras de Federico Cammarota:

EL DIOS DEL MIEDO (teatro)
LA MEMORIA DEL TIEMPO
y
LUNFARDO Y VOCES
FAMILIARES

(Con notas sobre su origen)

DESDE VILLA DEVOTO KELLY RATIFICA SU FE REVOLUCIONARIA

La experiencia de la claudicación de la "burguesía constructiva" como la denomina Kelly, y el papel de la clase obrera enfrentando espontáneamente a toda la reacción burguesa convierte el nacionalismo. Una de sus variantes, el sector de la Alianza Libertadora Nacionalista, que el 16 de junio de 1955, custodiando las armas impidió que se armara espontáneamente la clase obrera, en setiembre del mismo año fue uno de los pocos núcleos que enfrentó al ejército "libertador" y ya en la huelga del 17 de octubre de 1955, contra la entrega cobarde de la dirección sindical y la traición de la "pseudo izquierda" que "carnereó" disciplinadamente, se alinearon junto a la clase obrera procurando impulsar su movilización para enfrentar la marea reaccionaria.

Las actitudes de Guillermo Patricio Kelly constituyen uno de los principales puntos de referencia para seguir la evolución de este sector del nacionalismo, pues si bien la Alianza Libertadora Nacionalista hoy no existe como expresión organizada, es evidente que su pensamiento y actitudes tienen una repercusión apreciable en el peronismo. El telegrama de G. P. Kelly a Perón pidiéndole que volviera al país para dirigir desde acá el movimiento, su enfrentamiento con varias actitudes claudicantes de las direcciones, los reportajes publicados en "Democracia", revelan la evolución de su pensamiento, su apreciable superación en el plano ideológico, su intento de comprender la realidad nacional y su resuelta vocación por participar activamente en la militancia política, no obstante las consecuencias que le acarrea por su condición de procesado. (Confinamiento en el sur. Incomunicación. Celda correctiva).

El reportaje a Guillermo Patricio Kelly que publica la "Revista de la LIBERACION", es una evidencia del proceso apuntado. Nuestras discrepancias con su pensamiento no nos hacen perder de vista su positividad y entendemos que la crítica a sus posiciones hecha desde la izquierda, para ser constructiva, debe incluir también el análisis de la izquierda argentina. No es posible aceptar la crítica a Kelly, desde la trinchera de la Unión Democrática, desde la "revolución libertadora", el apoyo al frondicismo, el laicismo pequeño burgués o la claudicación frente al peronismo.

Sólo a partir del replanteo crítico de la izquierda argentina es posible la comprensión de corrientes nacionalistas como la que Guillermo Patricio Kelly representa. Planteadas las premisas generales de nuestra posición, quedan las páginas de la "Revista de la LIBERACION" abiertas para la polémica esclarecedora.

1. Se dice que Ud. quiere desnazificarse

Kelly: No fuí jamás nazi. Los liberales del mal llamado comunismo todavía no se han podido curar del trauma producto de un horror nazi. Aquellos que sean nacionalistas forzadamente deben ser "nazis". Las organizaciones de judíos guerrilleros terroristas también tuvieron que aguantar el sanbenito de la acusación. Si volvemos a fojas cero sabremos que mi nacionalismo acompañaba a la burguesía constructiva que era el peronismo; mientras tanto, la burocracia se alineaba al lado del aparato liberal-capitalista formando la Unión Democrática.

2. ¿Cómo analiza al peronismo?

Kelly: Ante la caducidad de los partidos del régimen, —ese patriciado burgués corporativista y reaccionario— el PUEBLO TRABAJADOR se aglutina, hasta ahora anárquicamente, formando el movimiento de masas. El PERONISMO es su columna vertebral, su porción humana postergada alimenta la entraña popular pese a todo y todos.

El peronismo tiene en su conducción a los representantes burgueses fotocopiados de turno, a los testaferros de aquellos que utilizan al peronismo como una Sociedad Anónima, cuyos paquetes accionarios están repartidos en manos reaccionarias gorilas. Está danzando la bonita suma de mil millones de pesos dentro del engranaje liberal extremista que sostiene los dividendos

y verduguea al PUEBLO TRABAJADOR. Se prestan a ello cien viejos y nuevos lacayos a sueldo que va trazando la traición en contra de los obreros. Una rosca que sostiene el statu-quo del equilibrio suicida que arranca desde el vamos del peronismo.

3. ¿Las detenciones últimas no indican una "caminata" a las soluciones?

Kelly: ¡No me haga reír! Cuando Latinoamérica triunfe sobre los esclavistas, —éstos latifundistas que rezan a Dios y escupen sobre el hambre y analfabetismo de millones de seres humanos— habrá soluciones. Detener a los Mizrajis y Jajan con la consiguiente publicidad goberniana es un acto discriminatorio y que los "azules" fascistas saben muy bien. Cuando desmonten el aparato de los nihilistas terroristas de la oligarquía y desarmen la organización económica y se unan al pueblo en un acto de justicia, vendrá la solución.

4. ¿Es posible ampliar estas definiciones?

Kelly: No hay soluciones NACIONALES mientras no aplastemos a los antinacionales. ESTE PROCESO ES UN PROBLEMA DE CLASES Y NO DE RAZAS como se lo presenta para embotar a la opinión pública.

Desgraciadamente, los aventureros, energúmenos, y vividores del antitotalitarismo, son enemigos del pueblo trabajador. Algunas comunidades extranjeras, totalmente equivocadas en el análisis, se prestan a crear las condiciones psicológicas para esta etapa fascista que se

une a un proceso que cabalga epilépticamente en el mismo continente.

5. Su opinión ante el fusilamiento del comunista Grimaú

Kelly: Sigo siendo solidario con todas las bases antifascistas del mundo entero. El "piadoso", "católico" y **ASESINO** Franco no difiere de los que no perdonaron al general Valle. Es el catálogo de los Pérez Giménez, Dios y Trujillo, Miró Cardona, Beria y tantos irracionales más.

6. Puede darnos una definición sobre el militar argentino-latinoamericano

Kelly: Generalizando, los militares son soldados degenerados en el sentido civil. Hasta ahora han actuado como fuerzas pretorianas bajo la concepción nihilista-terrorista de un liberalismo a contramano del proceso histórico. **INEXORABLEMENTE**, a medida que avancen **IMPLACABLEMENTE** las contradicciones dictadas por un orden económico, se hará luz sobre sus esquemáticas y sectarias mentes uniformadas. **NACIONALMENTE** deberán definirse ante la antinomia: *pueblo trabajador versus parásitos*. Si dan los cien pasos adelante (los "azules" son burgueses con un total desconocimiento del proceso histórico) podrán soldarse al pueblo creando las condiciones estables de **LIBERACION NACIONAL Y POPULAR**. Si vomitan, en la comprensión, los prejuicios

(Viene de la pág. 13)

tido, me parece que mayo, como punto de partida del proceso aún inconcluso de liberación nacional, es un hito importantísimo.

11. — ¿Entendés lícito plantear una "alianza ideológica" contra un supuesto enemigo principal?

Si entendemos una ideología como una concepción total del mundo, no hay alianzas posibles, no hay "coexistencia" posible. Hay, sí, posibilidades de alianzas políticas entre clases o grupos de clases, que pueden incluir la lucha en común por reivindicaciones ideológicas, frente a un "enemigo principal".

12. — La marginalidad de la cultura nacional proviene (dice Agosti) "de la deserción de la burguesía como clase potencialmente revolucionaria (como grupo dirigente de la acción) o, por lo menos, de las conciliaciones o combinaciones de esa clase con la oligarquía terrateniente". A partir de esto se plantea la necesidad de una revolución democrática, antiimperialista que "podrá conseguir la integración del pueblo-nación que el país necesita". ¿No pensás qué esa fue, de alguna manera, la experiencia peronista y que, no habiendo en el país burguesía independiente del imperialismo, esa integración sólo será posible a partir de la ligazón con la clase obrera en una perspectiva revolucionaria y socialista?

La afirmación que citás me parece, en lo esencial, correcta. Creo que tu confusión (si es que ella existe) deviene del hecho de aislar abstractamente el **momento "democrático burgués"**, del **momento socialista**. Bajo la dirección del proletariado (que es como Agosti plantea

religiosos, políticos y raciales, nuestra argentina será la base de una **INTERPRETACION CORRECTA** del fenómeno social-político-económico latinoamericano.

No tengo la menor duda de buena voluntad patria en muchos de ellos, aunque me consta el analfabetismo ideológico que conforma el accionar.

7. ¿Cuándo saldrá su libro?

Kelly: "Ni un minuto antes, ni un minuto después". Que se lo vayan aguantando los traidores...

8. Una figura universal que admire

Kelly: Juan XXIII en su lucha en contra de las corrientes reaccionarias. Sus dos últimas encíclicas son una tremenda contribución para la paz **UNIVERSAL**. Un enfrentamiento a los Atilas del capitalismo monopolista. Por supuesto que los "mancebos" que viven amparados en el catolicismo no quieren a este anciano sabio, realista y justo.

9. Alguien afirmó que era Ud. pacifista. ¿Lo es?

Kelly: Soy —sigo siendo— un revolucionario al lado de mi pueblo perseguido.

10. ¿Qué es el nacionalismo?

Kelly: ¡Pueblo en marcha hacia su liberación total! He desarmado la A.L.N. y las siglas nacionalistas son trapos sucios de la burguesía reaccionaria con sus taras como blasones.

Villa Devoto, 25 de abril de 1963

en esas líneas a la "revolución democrática" ella no se contradice con una "perspectiva revolucionaria y socialista", según tus palabras. El peronismo no pudo agotar esa etapa primera, pues la hegemonía del movimiento estaba en manos de la burguesía y no del proletariado. El problema de las tareas burguesas y las tareas socialistas debe ser colocado en relación con el tema de la hegemonía. ¿Qué clase conduce el proceso? Te aclaro que pienso que en la Argentina no hay movimiento de liberación nacional antiimperialista (cuya tarea finalmente podría estar, de manera teórica, dentro de la conciencia posible de la burguesía), sin una perspectiva socialista. Por falta de esa perspectiva, el peronismo no pudo llegar a ser una revolución popular en profundidad.

13. — ¿Creés que antes del 58 (fin de la ilusión Frondizi, nacimiento de la neo-izquierda) existía lo que vos llamás "inserción del marxismo en la problemática intelectual"?

La "inserción del marxismo en la problemática intelectual" no depende de un acto de gracia. Forma parte de un complicado proceso de ensayo-error, que se va afinando gracias a la experiencia histórica nacional e internacional de la clase obrera. Ese proceso existía, por supuesto, desde antes de 1958, aunque la quiebra de la ilusión frondizista pueda haberlo acelerado. Existía —si querés un mojón histórico— desde que German Ave Lallemand analizaba, en 1890, a partir de una perspectiva marxista revolucionaria, la revolución del Parque, en las páginas de "El Obrero".

Buenos Aires, abril de 1963.

zación. Pues al mismo tiempo que China edifica sus fábricas, aflora en sus excavaciones una historia de milenios. De modo que los arqueólogos deben trabajar junto con los constructores.

—Todos los días aparecen cosas nuevas —dice Mao Tse-tung—. Esto quiere decir que también el arte y la historia no deben estudiarse solamente en los libros. La práctica y la investigación están ampliando de modo extraordinario la antigüedad y la importancia de la cultura china.

Este poeta clásico que ahora bebe el té con gesto paible simboliza como nadie esa síntesis de pasado y futuro que es la revolución china. Ha partido de una realidad concreta nacida hace 3.000 años en la vieja Loyáng sepultada bajo tierra, esa tierra conmovida durante siglos por levantamientos campesinos que costaron más vidas que todas las guerras de Europa.

Un poeta con el uniforme de soldado donde nunca se prendió una condecoración, bebe el té perfumado con jazmín. Es el presidente de una cuarta parte de la humanidad: bloqueada, aislada, difamada, sigue empeñada en construir el socialismo sobre el país más populoso del mundo.

PROLOGO AL LIBRO DE FRANTZ FANON “LOS CONDENADOS DE LA TIERRA”

INTRODUCCION DE JOSE SAZBON

“CUANDO un (explotado de las colonias) escucha un discurso sobre la cultura occidental, saca su machete o por lo menos se asegura que lo tiene al alcance de la mano”. La constatación la hace Fanon, en su libro “Los condenados de la tierra”, próximo a aparecer en castellano (F. C. E.) con prólogo de J. P. Sartre, que “Liberación” da a conocer en este número. Este trabajo fue redactado en setiembre de 1961, cuando la energía revolucionaria del pueblo argelino engendraba su réplica reaccionaria más virulenta en los “ultras” fascistas, en el go’pismo de los generales, en la desesperación de la derecha. Cuando los comandos de la OAS ametrallaban a musulmanes en las colas de los ómnibus. Cuando “el sol de la tortura estaba en el zenit”, como dice Sartre. Cuando barrios enteros eran incendiados, bombardeados, pulverizados.

Pero también, cuando la unidad popular en torno al ejército de liberación era más firme y más insoslayable que nunca, para los que pretendían engañarse con la imagen de “bandoleros” y “bandidos” que ponían en peligro la sabia contribución de la cultura francesa. A esta cultura, ya lo vemos, se respondía con el machete; con la organización, con el coraje. Un pueblo en armas se daba su propia humanidad, que no era sino violencia revolucionaria contra la violencia colonial. Restauración del suelo nacional, destrucción del ejército ocupante.

Se representaba, entonces, el último acto de un proceso histórico que había disfrazado la explotación de las colonias con los brillantes barnices de los valores liberales. Estos valores valen, como se sabe, en tanto los liberales son fuertes. Y la eliminación de la base económica y política de éstos hace que aquéllos se conviertan en hoja-libertad-igualdad-fraternidad y racismo coloniales. Es rasca, en “basura histórica”. Este es el hilo conductor del prólogo apasionado que Sartre coloca a la cabeza del libro de Frantz Fanon. Sartre quiere desmistificar. Muchos siglos de cultura en la metrópolis y explotación en la colonia, hombre universal y hombre subdesarrollado, demasiado. Sartre explica a los burgueses de su país el fundamento **violento** de la cultura europea, cuyos supuestos valores (de vigencia episódica ya transcurrida) no pueden alcanzar a absorber el sufrimiento vivido de una clase de hombres a los que se les niega su humanidad. Y cuando la violencia colonial es un estado natural en que el argelino nace, vive, sufre, sólo una violencia equiparable (la propia revolución) restituye al explotado colonial en su tierra, en su pueblo, en sí mismo. Liberales, no se asusten del furor popular —les dice—; no inventaron ellos la violencia, la llevamos nosotros y ahora nos la devuelven, para ser hombres contra sus explotadores. Porque quieren entrar definitivamente en la Historia.

Ahora bien, esta irrupción de los pueblos coloniales a la definitiva Historia —característica principalísima de la posguerra— debe efectuarse, según las tesis de Fanon, como una aceleración creciente de los objetivos, marginando las gestiones dilatorias de las burguesías locales, bajo un signo claro y preciso: el socialismo. Fanon desenmascara las corrientes burguesas de los partidos nacionistas que aún en plena etapa revolucionaria, vacían a esta acción de contenidos concretos sustituyéndola con ambiguos programas de independencia nacional e improvisación en el terreno económico. Las masas, dice, deben perseverar en el mantenimiento de la democracia interna de los movimientos revolucionarios, sustrayéndose a la tutela del “líder” y sobre todo, no dando oportunidades a las “élites” burguesas conciliadoras de afirmarse en el poder. En los países coloniales, las burguesías no pueden ofrecer un desarrollo creador de la nación, como

sus similares europeas tuvieron oportunidad de hacerlo en el pasado. El socialismo revolucionario es el destino de los movimientos de liberación.

En el contexto de las guerras coloniales, realizadas en países donde la magnitud de la miseria golpea con mayor ferocidad a las masas campesinas, que coexisten con reducidos sectores del proletario y clases urbanas. Determina Fanon que el motor de la revolución, el elemento dinámico más radicalizado es el campesinado. Su teoría de la violencia arranca de la comprobación de que estos grandes grupos pauperizados, nada acostumbrados a las mediaciones y al tipo de contacto con la burguesía propia del sindicalismo urbano, arrastran a éstos y a toda la nación a una lucha sin tregua hasta la expulsión total del colonialismo. Es, también, una comprobación de facto de la revolución argelina.

Y cuando Sartre defiende la violencia argelina lo hace en el marco de la violencia reaccionaria desatada por la derecha en pleno territorio francés. La unión del pueblo argelino provoca la desunión del pueblo francés, dice. La estropeada guerra colonial ha producido una transfusión de rabia, de impotencia acumulada que se vuelca en la metrópolis misma. Y entonces viene la hora del balance: la responsabilidad conjunta por la pasividad frente a la aniquilación de un número intolerable de víctimas. La confusión política derivada de las maniobras del Gran Hechicero De Gaulle, la hipocresía de la intelectualidad liberal, la ineficacia y las dilaciones de la política de izquierda.

El hecho irrevocable, está ahí. Con el limitado apoyo que contaba, con su poderosa energía, el pueblo argelino se ha liberado del opresor colonial. La evolución del movimiento está abierta a una superación continua de sus fines. A una trascendencia incesante. El africano Frantz Fanon lo dice bien claro: “La movilización de las masas, cuando se realiza con ocasión de la guerra de liberación, introduce en cada conciencia la noción de causa común, de historia nacional, de historia colectiva... Durante el período colonial, se invita al pueblo a luchar contra la opresión. Después de la liberación nacional, se lo invita a luchar contra la miseria, el analfabetismo, contra el subdesarrollo. Se afirma: la lucha continúa. El pueblo verifica que la vida es un combate interminable”.

JOSE SAZBON

No hace mucho tiempo, la Tierra contaba dos mil millones de habitantes, digamos quinientos millones de hombres y mil quinientos millones de indígenas. Los primeros disponían del Verbo, los otros lo tomaban prestado. Entre éstos y aquéllos, reyezuelos vendidos, feudales, una falsa burguesía bien puesta, servían de intermediarios. En las colonias la verdad se mostraba desnuda; las “metrópolis” la preferían vestida; hacía falta que el indígena las amara. Como madres, de alguna manera. La “élite” europea acometió la fabricación de una “élite” de indígenas; se seleccionaban adolescentes, se les marcaba en la frente, al rojo vivo, los principios de la cultura occidental; se rellenaban sus bocas con mordazas sonoras, grandes términos pastosos adherían a los dientes; después de una breve temporada en la metrópoli, se los devolvía a sus casas, trucados. Estas mentiras vivientes ya no decían nada a sus hermanos: ellas resonaban; desde París, Londres, Amsterdam, lanzábamos nosotros las palabras “¡Partenón! ¡Fraternidad!” y en algún lugar de África, de Asia, los labios se abrían: “¡...tenón! ¡...nidad!”. Era la edad de oro.

Eso terminó: las bocas se abrieron solas; las voces negras y amarillas hablaban aún de nuestro humanismo,

pero era para reprocharnos nuestra inhumanidad. Nosotros escuchamos sin desagrado esas cortesas muestras de amargura. Primero fue una orgullosa admiración: ¿cómo? ¿Hablan ellos enteramente solos? ¡Fíjense lo que hemos hecho de ellos! No dudábamos nosotros que aceptasen nuestros ideales, puesto que nos acusaban de no serles fieles; esta vez Europa creyó en su misión: ella había helenizado a los asiáticos, creando esta especie nueva: los negros grecolatinos. Y agregamos, por completo entre nosotros, prácticos: y además, dejemos que griten, eso los tranquiliza; perro que ladra no muerde.

Vino otra generación, que desplazó la cuestión. Sus escritores, sus poetas, con una paciencia increíble trataron de explicarnos que nuestros valores mal pegaban con la verdad de su vida, que ellos no podían ni rechazarlos enteramente, ni asimilarlos. Gruesamente, eso quería decir: ustedes hacen monstruos de nosotros, vuestro humanismo nos pretende universales y vuestras prácticas racistas nos particularizan. Nosotros los escuchamos, muy contrariados: a los administradores coloniales no se les paga para leer a Hegel, tanto más cuanto que no lo leen mucho, pero tampoco tienen necesidad de ese filósofo para saber que las conciencias desdichadas se enriedan en sus propias contradicciones. Eficacia nula. Perpetuemos, pues, su desgracia, de allí no saldrá sino aire. Si hubiera en sus gemidos, nos decían los expertos, la sombra de una reivindicación, ella sería la integración. Ni qué hablar de acordarla, por supuesto: se arruinaría el sistema, que descansa, como ustedes saben, en la sobre-exploitación. Pero bastaría mantener delante de sus ojos, esa zanahoria: ellos galoparían. En cuanto a rebelarse, estábamos bastante tranquilos: ¿qué indígena conciente iría a masacrarse a los hermosos hijos de Europa con el único fin de llegar a ser europeo como ellos? En una palabra, nosotros fomentábamos esas melancolías y no encontrábamos mal, cierta vez, discernir el premio Goncourt a un negro: era antes del 39.

1961. Escuchen: "No perdamos el tiempo en estériles letanías o en mimetismos nauseabundos. Dejemos a esta Europa que no cesa de hablar del hombre al mismo tiempo que lo masacra en cualquier parte que lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles, en todas las esquinas del mundo. He aquí los siglos... que en nombre de una pretendida «aventura espiritual», ella asfixia a la quasi-totalidad de la humanidad". Este tono es nuevo. ¿Quién se anima a asumirlo? Un africano, hombre del Tercer Mundo, antiguo colonizado. Agrega él: "Europa adquirió tal velocidad loca, desordenada... que va hacia abismos de los cuales más vale apartarse". Dicho de otra manera: ella se va al diablo. Una verdad no muy agradable de decir pero de la cual, en nuestro interior, —¿no es así, mis queridos co-continentales?— estamos todos convencidos.

Es preciso una reserva, sin embargo. Cuando un francés, por ejemplo, dice a otros franceses: "¡Nos vamos todos al diablo!" —lo que en mi conocimiento se produce casi todos los días desde 1930— es un discurso pasional, ardiente de rabia y amor, el orador se arroja al agua con todos sus compatriotas. Y además, él agrega generalmente: "a menos que..." Se ve de qué se trata: no hay que cometer un error; si sus recomendaciones no son seguidas al pie de la letra, entonces y sólo entonces el país se desintegrará. En una palabra, es una amenaza seguida de un consejo, y estas opiniones chocan tanto menos como que brotan de la intersubjetividad nacional. Por el contrario, cuando Fanon dice de Europa que corre a su pérdida, lejos de dar un grito de alarma, propone un diagnóstico. Este médico no pretende ni condenarla sin remedio —se han visto milagros— ni darle los medios para curarse: él constata que ella agoniza. Desde afuera, basándose en los síntomas que ha podido recoger. En cuanto a curarla, no: él tiene otras preocupaciones en la cabeza; que ella reviente o sobreviva, tanto le da. Por esta razón, su libro es escandaloso. Y si ustedes murmuraran, divertidos y molestos: "¿Qué es lo que nos propone?", la verdadera naturaleza del escándalo se les escapa: pues Fanon no les "propone" absolutamente nada; su obra —tan ardiente para otros— para ustedes

permanece helada; en ella se habla a menudo de ustedes, a ustedes nunca. Se terminaron los Goncourt negros y los Nobel amarillos: ya no volverá más la época de los colonizados laureados. Un ex-indígena "de lengua francesa" adapta esta lengua a nuevas exigencias, la usa dirigiéndose sólo a los colonizados: "Indígenas de todos los países subdesarrollados, ¡unidos!". Qué decadencia: para los padres, nosotros éramos los únicos interlocutores; los hijos ya no nos tienen siquiera por interlocutores válidos: nosotros somos los objetos del discurso. Por supuesto, Fanon menciona al pasar nuestros crímenes famosos, Sétif, Hanoi, Madagascar, pero no se da el trabajo de condenarlos: los utiliza. Si desmonta las tácticas del colonialismo, el juego complejo de las relaciones que unen y oponen los colonos a los "metropolitanos" es para sus hermanos; su fin es enseñarles a burlarnos.

Resumiendo, el Tercer Mundo se descubre y se habla por esta vez. Se sabe que no es homogéneo, y que allí se encuentran aún pueblos avasallados, otros que adquirieron una falsa independencia, otros que luchan por conquistar su soberanía, otros, en fin, que han ganado la plena libertad pero que viven bajo la amenaza constante de una agresión imperialista. Estas diferencias son nacidas de la historia colonial, esto quiere decir de la opresión. Aquí la metrópoli se contentó con mantener a algunos feudales: allí, dividiendo para reinar, ha fabricado una bien puesta burguesía de colonizados; en otros lugares ha hecho un juego doble: la colonia es a la vez de explotación y de poblamiento. Así Europa ha multiplicado las divisiones, las oposiciones, ha forjado clases y a veces racimos, intentado por todos los expedientes provocar y acrecentar la estratificación de las sociedades colonizadas. Fanon no disimula nada: para luchar contra nosotros, la antigua colonia debe luchar contra sí misma. O más bien los dos hacen sólo uno. En el fuego del combate, todas las barreras interiores deben fundirse, la impotente burguesía de "affairistas" y compradores, el proletariado urbano, siempre privilegiado, el *lumpenproletariat* de los suburbios, todos deben alinearse sobre las posiciones de las masas rurales, verdadera reserva del ejército nacional y revolucionario; en esas comarcas cuyo colonialismo ha deliberadamente frenado el desarrollo, el campesinado cuando se rebela aparece muy pronto como la clase radical: él conoce la opresión desnuda, él la sufre mucho más que los trabajadores de las ciudades y, para impedir que se muera de hambre es preciso nada menos que un estallido de todas las estructuras. Que la Revolución triunfe, y ella será socialista; que se detenga su impulso, que la burguesía colonizada tome el poder y el nuevo Estado, a despecho de una soberanía formal, permanece en las manos de los imperialistas. Es lo que ilustra muy bien el ejemplo de Katanga. Así la unidad del Tercer Mundo no está hecha: es una empresa en curso que pasa por la unión, en cada país, antes como después de la independencia, de todos los colonizados bajo el comando de la clase campesina. He aquí lo que Fanon explica a sus hermanos de África, de Asia, de América Latina: nosotros realizaremos todos juntos y en todas partes el socialismo revolucionario o seremos derrotados uno a uno por nuestros antiguos tiranos. El no disimula nada; ni las debilidades, ni las discordias, ni las mystificaciones. Aquí el movimiento adquiere un mal comienzo; allá, luego de fulminantes éxitos, ha perdido el ritmo; en otras partes se ha detenido: si se quiere que lo retome, es preciso que los campesinos arrojen su burguesía al mar. El lector es puesto severamente en guardia contra las alineaciones más peligrosas: el líder, el culto de la persona, la cultura occidental y, tanto más, el retorno del lejano pasado de la cultura africana: la verdadera cultura es la Revolución; esto quiere decir que ella se forja en caliente. Fanon habla en voz alta; nosotros los europeos, podemos escucharlo: la prueba es que ustedes tienen este libro entre sus manos; ¿no teme él que las potencias coloniales aprovechen su sinceridad?

No. El no teme nada. Nuestros procedimientos están perimidos, pueden a veces retardar la emancipación; no la detendrán. Y no imaginemos que podremos reajustar nuestros métodos: el neocolonialismo, ese sueño perezoso

de las metrópolis, es puro viento; las "Terceras Fuerzas" no existen o bien son las "burguesías-bidones" que el colonialismo ha puesto ya en el poder. Nuestro maquavelismo tiene pocos asideros en este mundo bien despierto que ha despistado a nuestras mentiras, unas tras otras. El colono sólo tiene un recurso: la fuerza, cuando le queda; el indígena sólo una elección: la servidumbre o la soberanía. ¿Qué puede hacerle a Fanon que ustedes lean o no esta obra? Es a sus hermanos a quienes denuncia nuestras viejas astacias, seguro de que no tenemos otras de repuesto. Es a ellos a quienes dice: Europa ha metido las patas en nuestros continentes, hay que cortárselas hasta que las retire; el momento nos favorece: nada ocurre en Bizerta, en Elisabethville, en los desiertos argelinos, que la Tierra entera no esté informada; los bloques toman partidos contrarios, se respetan; aprovechemos esta parálisis, entremos en la historia y que nuestra irrupción la vuelva universal por primera vez; luchemos: a falta de otras armas, bastará la paciencia del cuchillo.

Europeos, abran este libro, entren en él. Despues de algunos asos en la noche verán a extranjeros reunidos en torno a un fuego, aproximense, escuchen: ellos discuten la suerte que les reservan a vuestras factorías, a los mercenarios que las defienden. Los verán a ustedes tal vez, pero continuarán hablando entre ellos, sin bajar la voz siquiera. Esta indiferencia golpea al corazón: los padres, criaturas de la sombra, vuestras criaturas, eran almas muertas, ustedes les dispensaban la luz, ellos no se dirigían sino a ustedes, y ustedes no se tomaban el trabajo de responder a esos zombis. Los hijos los ignoran: un fuego los ilumina y los caldea, que no es el vuestro. A distancia respetuosa, ustedes se sentirán furtivos, nocturnos, ateridos; a cada uno su turno; en esas tinieblas de donde va a surgir otra aurora, los zombis son ustedes.

En ese caso, dirán ustedes, tiremos esta obra por la ventana. ¿Para qué leerla, puesto que no está escrita para nosotros? Por dos motivos, de los cuales el primero es que Fanon les explica a sus hermanos y desmonta para ellos el mecanismo de nuestras alienaciones: aprovechen ustedes para descubrirse a sí mismos en su verdad de objetos. Nuestras víctimas nos conocen por sus heridas y por sus hierros: es lo que vuelve a su testimonio irrefutable. Basta que nos muestren lo que hemos hecho de ellas para que nosotros conozcamos lo que hemos hecho de nosotros. ¿Es esto útil? Sí, puesto que Europa está en gran peligro de reventar. Pero, dirán ustedes todavía, nosotros vivimos en la metrópolis y reprobamos los excesos. Es cierto: ustedes no son colonos, pero no valen ustedes más. Son vuestros pioneros, ustedes los han enviado, en ultramar, ellos los han enriquecido; ustedes les habían prevenido: si hacían correr mucha sangre, ustedes los desautorizarían de labios afuera; de la misma manera un Estado —cuálquiera sea— mantiene en el exterior una turba de agitadores, provocadores y espías a los que desautoriza cuando se los prende. Ustedes, tan liberales, tan humanos, que levantan el amor de la cultura hasta el preciosismo, ustedes fingen olvidar que poseen colonias y que allí se masacra en vuestro nombre. Fanon revela a sus camaradas —a algunos de ellos, sobre todo, que siguen siendo algo demasiado occidentalizados— la solidaridad de los "metropolitanos" y de sus agentes coloniales. Tengan el coraje de leerlo: por esta primera razón, que les dará vergüenza y que la vergüenza, como d'jo Marx, es un sentimiento revolucionario. Ya ven: yo tampoco puedo desprenderme de la ilusión subjetiva. Yo también, les digo: "Todo está perdido, a menos que...". Europeo, robo el libro de un enemigo y hago de él un medio para curar a Europa. Aprovéchenlo.

YESTA es la segunda razón: si dejan de lado la charla fascista de Sorel, encontrarán que Fanon es el primero desde Engels en recolocar en la luz a la partera de la historia. Y no vayan a creer que una sangre muy ardiente o que desgracias de la infancia le hayan dado por la violencia no sé qué gusto singular: él se hace intérprete de la situación, nada más. Pero

esto basta para que constituya, etapa por etapa, la dialéctica que la hipocresía liberal les oculta y que nos ha producido a nosotros tanto como a él.

En el siglo pasado, la burguesía tuvo a los obreros por envidiosos, desarreglados por groseros apetitos, pero tuvo cuidado de incluir a esos grandes brutos en nuestra especie: a menos de ser hombres y libres cómo podrían ellos vender libremente su fuerza de trabajo. En Francia, en Inglaterra, el humanismo se pretende universal.

Con el trabajo forzado, es todo lo contrario: nada de contrato; y además de esto, es preciso intimidar; luego, la opresión se muestra. Nuestros soldados, en ultramar, rechazando el universalismo metropolitano, aplican al género humano el *numerus clausus*: puesto que nadie puede sin crimen despojar a su semejante, avasallarlo o matarlo, ellos asientan como principio que el colonizado no es el semejante del hombre. Nuestras fuerzas punitivas han recibido la misión de cambiar esta abstracta certidumbre en realidad: se ha dado orden de rebajar a los habitantes del territorio anexado al nivel de los monos superiores para justificar que el colonizado los trate como bestias de carga. La violencia colonial no se da solamente por fin el mantener respetuosos a estos hombres avasallados, ella busca deshumanizarlos. Nada será ahorrado para liquidar sus tradiciones, para substituir nuestras lenguas a las suyas, para destruir su cultura, sin darles la nuestra; se los embrutecerá de fatiga. Desnutridos, enfermos, si aún resisten, el miedo terminará la tarea: los fusiles apuntan al campesino; vienen civiles que se instalan sobre su tierra y lo constriñen por el látigo a cultivarla para ellos. Si resiste, los soldados tiran es un hombre muerto; si cede, se degrada, ya no es un hombre; la vergüenza y el temor van a fisurar su carácter, a desintegrar su persona. El asunto es llevado a tambor batiente por los expertos: no es de hoy día que datan los "servicios psicológicos". Ni el lavado de cerebro. Y sin embargo, a pesar de tantos esfuerzos, el fin no es alcanzado en ninguna parte: en el Congo, donde se cortaban las manos a los negros, no más que en Angola donde recientemente se perforaba los labios de los descontentos para cerrarlos con candados. Y yo no pretendo que sea imposible cambiar a un hombre en bestia: yo digo que no se alcanza eso sin debilitarlo considerablemente; los golpes no bastan nunca, es preciso insistir sobre la desnutrición. Es un fastidio con la servidumbre, cuando se domestica a un miembro de nuestra especie, se disminuye su rendimiento, y, por poco que se le dé un hombre de corral termina por costar más de lo que produce. Por esta razón los colonos están obligados a detener el adiestramiento a mitad de camino: el resultado ni hombre ni bestia, es el indígena. Golpeado, subalimentado, enfermo, amedrentado, pero hasta un cierto punto solamente, él tiene —negro, amarillo o blanco— siempre los mismos rasgos de carácter: es un perezoso, taimado y ladrón, que vive de nada y sólo conoce la fuerza.

Pobre colono: he aquí su contradicción puesto al desnudo. El debería, como según se dice, hacer el genio, matar a los que pilla. Ahora bien, esto no es posible: ¿no es preciso, también, que los explote? Falto de impulsar la masacre hasta el genocidio, y la servidumbre hasta el embrutecimiento, él pierde los pedales, la operación se invierte, una implacable lógica lo conducirá hasta la descolonización.

No en seguida. Primero, el europeo reina: él ya ha perdido pero no se da cuenta de ello; él no sabe aún que los indígenas son falsos indígenas: él, si le escuchamos, les hace mal para destruir o para rechazar el mal que ellos tienen en sí mismos; al cabo de tres generaciones sus perniciosos instintos no renacerán más. ¿Qué instintos? ¿Los que impulsan a los esclavos a masacrar al amo? ¿Cómo no reconoce su propia crueldad vuelta contra él? El salvajismo de estos campesinos oprimidos, ¿cómo no lo reencuentra él en su salvajismo de colono que ellos han absorbido por todos los poros y del cual no se curan? La razón es simple: este personaje imperiosamente enloquecido por su todopoderío y por el miedo de perderlo, ya no recuerda bien que él ha sido un hombre:

toma por un látigo o por un fusil; ha llegado a creer que la domesticación de las "razas inferiores" se obtiene por el condicionamiento de sus reflejos. El descuida la memoria humana, los recuerdos imborrables; y además, sobre todo, hay esto que tal vez no supo nunca: nosotros no llegamos a ser lo que somos más que por la negación íntima y radical de lo que se ha hecho de nosotros. ¿Tres generaciones? Desde la segunda, apenas abiertos los ojos, los hijos han visto que se golpeaba a sus padres. En términos de psiquiatría, hélos aquí "traumatizados". Para toda la vida. Pero estas agresiones sin cesar renovadas, lejos de llevarlos a someterse, los arrojan en una contradicción insoportable de la cual el europeo, tarde o temprano, recuperará los gastos. Después de esto, que se los adiestre a su turno, que se les enseñe la vergüenza, el dolor y el hambre: no se suscitará en sus cuerpos más que una rabia volcánica cuya potencia es igual a la de la presión que se ejerce sobre ellos. ¿Ellos no conocen, dicen ustedes, más que la fuerza? Por supuesto; primero será sólo la del colono, y, pronto, sólo la suya, esto quiere decir: la misma rebrotando sobre nosotros como nuestro reflejo viene del fondo de un espejo a nuestro encuentro. No se equivoquen; por este loco malhumor, por esta bilis y esta hiel, por su deseo permanente de matarnos, por la constrictión permanente de músculos poderosos que temen desanudarse, ellos son hombres: **por el colono**, que los quiere hombres apenados, y contra él. Ciego aún, abstracto, el odio es su único tesoro: el Amo lo provoca porque busca embrutecerlos, fracasa en quebrarlo porque sus intereses lo detienen a mitad de camino; así los falsos indígenas son humanos aún, por la potencia y la impotencia del opresor que se transforman, en ellos, en un rechazo empecinado de la condición animal. Por lo demás, se comprende; ellos son perezosos, por supuesto: se trata de sabotaje. Taimados, ladrones: caramba, sus menudos robos marcan el comienzo de una resistencia todavía no organizada. Esto no alcanza: hay quienes se afirman arrojándose con las manos vacías contra los fusiles; son sus héroes; y otros se hacen hombres asesinando europeos. Se los derriba: bandidos y mártires, su suplicio exalta a las masas aterradas.

Aterradas, sí: en este nuevo momento, la agresión colonial se interioriza en Terror en los colonizados. Por esto no entiendo solamente el temor que sienten frente a nuestros inagotables medios de represión, sino también el que les inspira su propio furor. Están arrinconados entre nuestras armas que les apuntan y esas espantosas pulsiones, esos deseos de asesinato que suben desde el fondo de los corazones y que no siempre reconocen: pues no es primero su violencia, es la nuestra, de vuelta, la que crece y los desgarra; y el primer movimientos de estos oprimidos es ocultar profundamente esa cólera inconfesable que su moral y la nuestra reproban y que no es sin embargo, más que el último reducto de su humanidad. Lean a Fanón: sabrán que, en la época de su impotencia, la locura asesina es el inconsciente colectivo de los colonizados.

Esto furia contenida, al no estallar, gira en redondo y arrasa a los mismos oprimidos. Para liberarse de esta, llegan a masacrarse entre ellos: las tribus luchan unas contra otras, a falta de poder enfrentar al enemigo verdadero —y ustedes pueden contar con la política colonial para mantener sus rivalidades; el hermano, al levantar el cuchillo contra su hermano, cree destruir, de una vez por todas, la detestada imagen de su común envilecimiento. Pero estas víctimas expiatorias no apaciguan su sed de sangre; ellos no se impedirán marchar contra las ametralladoras más que haciéndose nuestros cómplices; esta deshumanización que rechazan, ellos quieren de por sí acelerar el progreso. Bajo los ojos divertidos del colono, ellos se prevendrán contra sí mismos por medio de barreras sobrenaturales, ya reanimando viejos mitos terribles, ya ligándose por ritos meticulosos: así el obseso escapa a su exigencia profunda infligiéndose manías que lo requieren a cada momento. Bailan: eso los ocupa; eso desanuda sus músculos dolorosamente contraídos, y además la danza imita en secreto, a menudo sin que lo sepan, el NO que no pueden decir, las muertes que no se animan a cometer. En ciertas regiones, usan este último recurso: la posesión.

De lo que antes era el hecho religioso en su simplicidad, una cierta comunicación del fiel con lo sagrado, ellos hacen un arma contra la desesperación y la humillación: los "zars", los "loas", los santos de la santería descienden en ellos, gobernan su violencia y la derroran en trances hasta el agotamiento. Al mismo tiempo estos altos personajes los protegen: esto quiere decir que los colonizados se defienden de la alienación colonial encareciendo la alienación religiosa. Con este único resultado, al fin de cuentas, que acumulan las dos alienaciones y que cada una se refuerza con la otra. Así, en ciertas psicosis, cansados de ser insultados todos los días, a los alucinados se les ocurre un buen día escuchar una voz de ángel que los complimenta; los quodlibetos no terminan ahí: en adelante alternarán con las felicitaciones. Es una defensa y es el fin de su aventura: la persona está disociada, el enfermo se encamina hacia la demencia. Agreguen, para algunos infortunados rigurosamente seleccionados, esa otra posesión de la que hablé más arriba: la cultura occidental. En su lugar, dirán ustedes, me gustarían más mis "zars" que la Acrópolis. Bien: han comprendido. No del todo sin embargo, ya que ustedes no están en su lugar. No todavía. Si no, ustedes sabrían que ellos no pueden elegir: acumulan. Dos mundos, esto hace dos posesiones: se baila toda la noche, al amanecer se apresuran en las iglesias para escuchar la misa; de día en día la hendidura se acrecienta. Nuestro enemigo traiciona a sus hermanos y se hace nuestro cómplice; sus hermanos harán otro tanto. El indígena es una neurosis introducida y mantenida por el colono en los colonizados con su **consentimiento**.

Reclamar y renegar, al mismo tiempo, la condición humana: la contradicción es explosiva. Y lo bien que ella explota, ustedes lo saben como yo. Y nosotros vivimos en épocas de deflagración: que el ascenso de nacimientos acreciente la escasez, que los recién venidos tengan un poco más de miedo de vivir que de morir, el torrente de la violencia arranca todas las barreras. En Argelia, en Angola, a los europeos se los masacra a la vista. Es el momento del boomerang, el tercer tiempo de la violencia: ella vuelve sobre nosotros, nos golpea y, no menos que otras veces, no comprendemos que es el nuestro. Los "liberales" permanecen atontados: reconocen que no éramos muy educados con los indígenas, que hubiera sido más justo y más prudente acordarles algunos derechos en la medida de lo posible; ellos no pedían más que admitirlos por hornadas y sin padrino en ese club tan cerrado, nuestra especie: y he aquí que ese desencadenamiento bárbaro y loco los elude tan poco como a los malos colonos. La Izquierda Metropolitana está molesta: ella conoce la verdadera suerte de los indígenas, la opresión sin misericordia de que han sido objeto, ella no condena su rebelión, sabiendo que lo hemos hecho todo para provocarla. Pero aún así, piensa ella, hay límites: estos guerrilleros deberían desear ser caballerescos; ese sería el mejor medio de probar que son hombres. A veces los amonesta: "Ustedes van muy fuerte, nosotros no los sostendremos más". Eso, a ellos, tanto les da: por lo que vale el apoyo que ella les presta, podría muy bien metérselo en el culo. Desde que su guerra comenzó, ellos han percibido esta verdad rigurosa: nosotros nos valemos todos mientras estamos, hemos aprovechado todos de ellos, ellos no tienen nada por probar, ellos no harán tratamientos de favor a nadie. Un solo deber, un solo objetivo: echar al colonialismo por todos los medios. Y los más avisados de nosotros, estarán, en rigor, prontos a admitirlo pero no pueden impedirse el ver en esta prueba de fuerza el medio muy inhumano que los subhombres han tomado para hacerse conceder una carta de humanidad: que se la acuerde lo más pronto posible y que traten entonces, por empresas pacíficas, de merecerla. Nuestras bellas almas son racistas.

Ellas sacarán provecho leyendo a Fanón; esta violencia irreprimible, él lo muestra perfectamente, no es una absurda tempestad ni la resurrección de instintos salvajes ni aún un efecto del resentimiento: es el hombre mismo recomponiéndose. Esta verdad, nosotros la hemos sabido, creo, y la hemos olvidado: las marcas de la violencia, ninguna dulzura las borrará: es la violencia la que puede solamente destruirlas. Y el colonizado

se cura de la neurosis colonial echando al colono por las armas. Cuando su rabia estalla, él recupera su transparencia perdida, él se conoce en la misma medida en que se hace; de lejos nosotros tenemos su guerra como el triunfo de la barbarie; pero ella procede por sí misma a la emancipación progresiva del combatiente, ella liquida en él y fuera de él, progresivamente, las tinieblas coloniales. Desde que comienza, ella es, sin piedad. Es preciso o permanecer aterrado o devenir terrible; esto quiere decir: abandonarse a las disociaciones de una vida truncada o conquistar la unidad natal. Cuando los campesinos tocan los fusiles, los viejos mitos pallidecen, las prohibiciones son, una a una, derribadas: el arma de un combatiente, es su humanidad. Pues, en el primer tiempo de la rebelión, hay que matar: abatir a un europeo es voltear dos pájaros de una pedrada, suprimir al mismo tiempo a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre; el sobreviviente, por la primera vez, siente un suelo nacional bajo la planta de sus pies. En este momento, la Nación no se aleja de él: se la encuentra donde él va, donde él está —nunca más lejos—, ella se confunde con su libertad. Pero, después de la primera sorpresa, el ejército colonial reacciona: es preciso unirse o hacerse masacrar. Las discordias tribales se atenúan, tienden a desaparecer: primero porque ponen en peligro a la Revolución, y más profundamente porque ellas no tenían otro oficio que derivar la violencia hacia falsos enemigos. Cuando persisten, como en el Congo, es que son mantenidas por los agentes del colonialismo. La Nación se pone en marcha: para cada hermano ella está en todas partes donde los otros hermanos combaten. Su amor fraternal es el revés del odio que ellos les dirigen: hermanos en que cada uno de ellos ha matado, puede de un momento a otro, haber matado. Fanón muestra a sus lectores los límites de la "espontaneidad", la necesidad y los peligros de la "organización". Pero, cualquiera fuera la inmensidad de la tarea, a cada desenvolvimientoza. Vuelan los últimos complejos: que se venga un poco de la empresa la conciencia revolucionaria se profundiza hablarnos del "complejo de dependencia" en el soldado de la E.L.N. Liberado de sus anteojeras, el campesino toma conocimiento de sus necesidades: ellas lo mataban pero él intentaba ignorarlas; él las descubre como exigencias infinitas. En esta violencia popular —para cumplir cinco años, ocho años como han hecho los argelinos, las necesidades militares, sociales y políticas no se pueden distinguir. La guerra —aunque no sea más que planteando la cuestión del mando y de las responsabilidades— instituye nuevas estructuras que serán las primeras instituciones de la paz. He aquí pues al hombre instaurado hasta en nuevas tradiciones, hijas futuras de un horrible presente, helo aquí legitimado por un derecho que va a nacer, que nace cada día en la lucha: con el último colono muerto, reembarcado o asimilado, la especie minoritaria desaparece, dejando el lugar a la fraternidad socialista. Y no es aún bastante: este combatiente quema las etapas; piensen ustedes que él no arriesga su piel para encontrarse en el nivel del viejo hombre "metropolitano". Vean su paciencia: tal vez sueñe algunas veces con un nuevo Dien-Bien-Phu; pero crean que verdaderamente no cuenta con eso: es un pordiosero luchando, en su miseria, contra ricos poderosamente armados. Esperando las victorias decisivas y, a menudo, sin esperar nada, él trabaja a sus adversarios con asco. Esto no irá sin espantosas pérdidas; el ejército colonial llega a ser feroz: cuadrúculas, rastrillados, reagrupamientos, expediciones punitivas; se masacra a las mujeres y los niños. El lo sabe: este hombre nuevo comienza su vida de hombre por el final; él se tiene por un muerto en potencia. Lo matarán; no sólo acepta este riesgo, sino que tiene esa certidumbre; este muerto en potencia ha perdido a su mujer, a sus hijos; ha visto tantas agonías que quiere vencer más bien que sobrevivir; otros aprovecharán la victoria, no él: él está demasiado cansado. Pero esta fatiga del corazón está en el origen de un increíble coraje. Nosotros encontramos nuestra humanidad más acá de la muerte y de la desesperación, él la encuentra más allá de los suplicios y de la muerte. Nosotros hemos sido los sembradores de viento; la tempestad, es él. Hijo de la violencia, él saca de ella, a cada momento, su humanidad:

nosotros éramos hombres a expensas suyas, él se hace hombre a las nuestras. Otro hombre: de mejor calidad.

A QUI Fanón se detiene. El ha mostrado el camino: portavoz de los combatientes, ha reclamado la unión, la unidad del continente africano contra todas las discordias y todos los particularismos. Ha alcanzado la meta. Si quisiera describir integralmente el hecho histórico de la descolonización, le sería preciso hablar de nosotros: lo que no es ciertamente su propósito. Pero, cuando hemos cerrado el libro, él se sigue en nosotros, a pesar de su autor: pues experimentamos la fuerza de los pueblos en revolución y nosotros respondemos a ella con la fuerza. Hay pues un nuevo momento de la violencia y es a nosotros, esta vez, adonde hay que volver pues ella está en vías de cambiarnos en la medida en que el falso indígena se cambia a través de ella. A cada uno corresponde conducir sus reflexiones como quiera. Con tal que, sin embargo, se reflexione: en la Europa de hoy, a todo aturdido por los golpes que se le lleve, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, la menor diversión del pensamiento, es una complicidad criminal con el colonialismo. Este libro no tenía ninguna necesidad de un prefacio. Tanto menos como que no se dirigía a nosotros. Yo hice uno, sin embargo, para llevar la dialéctica hasta el fin: a nosotros también, gentes de Europa, se nos descoloniza: esto quiere decir que por una operación sangrienta se extirpa el colono que hay en cada uno de nosotros. Contemplémosnos, si tenemos el valor de hacerlo, y veamos lo que ocurre con nosotros.

Hay que afrontar, primero, este espectáculo inesperado: el strip-tease de nuestro humanismo. Aquí está, completamente desnudo, nada bello: no era más que una ideología mentirosa, la exquisita justificación del pillaje; sus ternuras y su preciosismo garantizaban nuestras agresiones. Elos tienen buena cara, los no-violentos: ¡ni víctimas ni verdugos! ¡Vamos! Si ustedes no son víctimas, cuando el gobierno que ustedes han plebiscitado, cuando el ejército donde vuestros hermanos jóvenes han servido, sin vacilación ni remordimientos, emprenden un "genocidio", ustedes son indudablemente verdugos. Y si ustedes eligen ser víctimas, arriesgar un día o dos de presión, ustedes eligen simplemente salir de apuros. Pero no saldrán; hay que llegar hasta el fin. Comprendan por fin esto: si la violencia hubiera comenzado esta tarde, si ni la explotación ni la opresión hubieran nunca existido sobre la tierra, tal vez la no-violencia ostentosa pudiera apaciguar la querella. Pero si el régimen entero y hasta vuestros no-violentos pensamientos están condicionados por una opresión milenaria, vuestra pasividad no sirve más que para colocarlos del lado de los opresores.

Ustedes saben bien que nosotros somos explotadores. Ustedes saben bien que hemos tomado el oro y los metales y luego el petróleo de los "nuevos continentes" y que los hemos traído a las viejas metrópolis. No sin excelentes resultados: palacios, catedrales, capitales industriales; y además cuando la crisis amenazaba, allí estaban los mercados coloniales para amortizarla o desviarla. Europa, cebada de riquezas, acordó de jure la humanidad a todos sus habitantes: un hombre, entre nosotros, quiere decir un cómplice, puesto que todos hemos aprovechado la explotación colonial. Este continente, pálido y gordo se termina por dar en lo que Fanón llama justamente "narcisismo". Cocteau se irritaba con París, "esta ciudad que habla todo el tiempo de sí misma". ¿Y qué otra cosa hace Europa? ¿Y este monstruo supersueco, Norteamérica? Qué charlatanería: libertad, igualdad, fraternidad, amor, honor, patria, ¡qué se yo! Esto no nos impedía sostener al mismo tiempo discursos racistas, sucio negro, sucio judío, sucio ratón. Buenos espíritus, tiernos y liberales —en suma: neocolonialistas— se pretendían chocados por esta inconsecuencia; errar o mala fe: nada más consecuente, en nosotros, que un humanismo racista puesto que el europeo no pudo hacerse hombre sino fabricando esclavos y monstruos. Mientras hubo indígenas, esta impostura no fue desenmascarada; se encontraba en el género humano una abstracta postulación de universalidad que servía para cubrir prácticas más realistas: había, del otro lado de los mares, una raza de subhombres que, gracias a nos-

otros, en mil años tal vez alcanzaría nuestro estado. En una palabra, se confundía el género con la élite. Hoy día el indígena revela su verdad; de golpe, nuestro club tan hermético, revela su debilidad: no era ni más ni menos que una minoría. Hay algo peor: puesto que los otros se hacen hombres contra nosotros, aparece que nosotros somos los enemigos del género humano; la élite revela su verdadera naturaleza: una banda. Nuestros queridos valores pierden sus alas; de mirarlas de cerca, no se encontrará una que no esté manchada de sangre. Si les hace falta un ejemplo, recuerden esas grandes palabras: qué generosa, Francia. ¿Generosos, nosotros? ¿Y Sétif? ¿Y estos ocho años de guerra feroz que han costado la vida a más de un millón de argelinos?

Pero comprendan bien que no se nos reprocha haber traicionados no sé qué misión: por la sencilla razón que no teníamos ninguna. Es la generosidad misma la que están en cuestión; ese hermoso término sonoro no tiene más que un sentido: status concedido. Para los hombres de enfrente, nuevos y liberados, nadie tiene el poder ni el privilegio de dar nada a nadie. Cada uno tiene todos los derechos. Sobre todos; y nuestra especie, cuando un día sea hecha, no se definirá como la suma de los habitantes del globo, sino como la unidad infinita de sus reciprocidades. Me detengo; ustedes terminarán el trabajo sin esfuerzo; basta mirar de frente, por primera y por última vez, nuestras aristocráticas virtudes: ellas revientan; cómo sobrevivirían a la aristocracia de subhombres que las engendró. Hace algunos años, un comentador burgués —y colonialista— para defender a Occidente no encontró más que esto: "Nosotros no somos ángeles. Pero nosotros, por lo menos, tenemos remordimientos". ¡Qué confesión! Antes nuestro continente tenía otros flotadores: el Partenón, Chartres, los Derechos del Hombre, la svástica. Se sabe actualmente lo que ellos valen: y ya no se pretende salvarnos del naufragio más que con el sentimiento muy cristiano de nuestra culpabilidad. Es el fin, como ustedes ven: Europa hace agua por todas partes. ¿Qué ha pasado, entonces? Esto, muy simplemente: que nosotros éramos los sujetos de la historia, y que actualmente somos sus objetos. La relación de fuerzas se ha invertido, la descolonización está en curso; todo lo que nuestros mercenarios pueden intentar es retardar su desenlace.

Aún hace falta que las viejas "metrópolis" se metan, que comprometan todas sus fuerzas en una batalla de antemano perdida. Esta vieja brutalidad colonial que ha hecho la dudosa gloria de los Bugeaud, nosotros la volvemos a encontrar, al fin de la aventura, decuplicada, insuficiente. Se envía el contingente a Argelia, allí se mantiene durante siete años sin resultado. La violencia ha cambiado de sentido; victoriosos nosotros la ejercíamos sin que pareciera alterarnos: ella descomponía a los otros y nosotros, los hombres, nuestro humanismo, permanecía intacto; unidos por la ganancia, los metropolitanos bautizaban fraternidad, amor, a la comunidad de sus crímenes; hoy día la misma, bloqueada en todas partes, retorna sobre nosotros a través de nuestros soldados, se interioriza y nos posee. La involución comienza: el colonizado se recomponen y nosotros, ultras y liberales, colonos y "metropolitanos", nosotros nos descomponemos. Ya la rabia y el miedo están desnudos: ellos se muestran al descubierto en las "ratoneras" de Argel. ¿Y ahora, dónde están los salvajes? ¿Dónde está la barbarie? Nada falta, ni aún el tam-tam: las bocinas riman "Argelia Francesa" mientras los europeos hacen quemar vivos a los musulmanes. No hace mucho —Fanón lo recuerda— los psiquiatras en un Congreso se afligían por la criminalidad indígena: esas gentes se matan entre ellos, decían esto no es normal; el cortex del argelino debe ser subdesarrollado. En África central, otros han determinado que "el africano utiliza muy poco sus lóbulos frontales". Estos sabios encontrarían interés hoy día en proseguir su encuesta en Europa y particularmente entre los franceses. Pues nosotros también, desde hace algunos años, debemos estar alcanzados de pereza frontal: los patriotas asesinan un poco a sus compatriotas; en caso de ausencia, hacen saltar al portero y a su casa. No es más que el comienzo: la guerra civil está prevista para el otoño o para la primavera próxima. Nuestros lóbulos

parecen estar, sin embargo, en buen estado: ¿no sería más bien que, al no poder aplastar al indígena, la violencia vuelve sobre sí, se acumula en el fondo de nosotros y busca una salida. La unión del pueblo argelino produce la desunión del pueblo francés: en todo el territorio de la ex metrópoli, las tribus danzan y se preparan para el combate. El terror ha abandonado el África para instalarse aquí: ya que hay furiosos muy buenamente que quieren hacernos pagar con nuestra sangre la vergüenza de haber sido derrotados por el indígena, y además están los otros, todos los otros, tan culpables —después de Bizerta, después de los linchamientos de septiembre, ¿quién, pues, ha bajado a la calle para decir: basta?— pero más sentados: los liberales, los duros duros de la Izquierda blanda. En ellos también la fiebre sube. Y la hurañería. ¡Pero qué miedo! Ellos se cubren su rabia con mitos, con ritos complicados para retardar el arreglo de la cuenta final y la hora de la verdad, han puesto a nuestra cabeza un Gran Hechicero cuyo oficio es mantenernos a toda costa en la oscuridad. Nada se hace; proclamada por unos, rechazada por otros, la violencia gira en redondo: un día explota en Mtez, al día siguiente en Bordeaux; pasó por aquí, pasará por allá, es el juego del ratón. A nuestro turno, paso a paso, nosotros hacemos el camino que lleva al indígena. Pero para llegar a ser enteramente indígenas, sería preciso que nuestro suelo fuera ocupado por los antiguos colonizados y que reventáramos de hambre. Esto no será: no, es el colonialismo destronado el que nos posee, es él quien nos encabalgará pronto, chocho y soberbio; helo aquí, nuestro "zar", nuestro "Ica". Y ustedes se persuadirán leyendo el último capítulo de Fanon, que vale más ser un indígena en el peor momento de la miseria que uno antes colonizado. No es bueno que un funcionario de policía esté obligado a torturar diez horas por día: a ese ritmo, sus nervios van a crujir a menos que se prohíba a los verdugos, en su propio interés, hacer horas suplementarias. Cuando se quiere proteger con el rigor de las leyes la moral de la Nación y del Ejército, no es bueno que ésta desmoralice sistemáticamente a aquella. Ni que un país de tradición republicana confíe sus jóvenes, por centenas de miles, a oficiales putschistas. No es bueno, mis compatriotas, ustedes que conocen todos los crímenes cometidos en nuestro nombre, no es verdaderamente bueno que no digan una palabra sobre ellos, ni aún a vuestra alma, por temor a juzgarse. Al comienzo ustedes ignoraban, quiero creerlo, después han dudado, al presente ustedes saben, pero se callan siempre. Ocho años de silencio, esto degradada. Y vanamente: hoy día el enceguecedor sol de la tortura está en el zenit, ilumina todo el país; bajo esta luz, ya no hay una risa que suene justa, un rostro que no se disfraze para ocultar la cólera o el miedo, un acto que no traicione nuestras repugnancias y nuestras complicidades. Hoy día basta que dos franceses se encuentren para que haya un cadáver entre ellos. Y cuando digo uno... Francia, antes, era un nombre de país; tengamos cuidado que no sea, en 1961, el nombre de una neurosis.

"Curaremos? Sí. La violencia, como la lanza de Aquiles, puede cicatrizar las heridas que ha hecho. Actualmente estamos encadenados, humillados, enfermos de miedo: en lo más bajo. Felizmente esto todavía no alcanza a la aristocracia colonialista: ella no puede cumplir su misión retardataria en Argelia como no haya acabado antes de colonizar a los franceses. Retrocedemos cada día frente a la pelea pero estén seguros que no la evitaremos: tienen necesidad de ella los asesinos; van a robarnos las plumas y a golpear en el montón. Así terminará el tiempo de los brujos y de los fetiche: tendrán que luchar o pudrirse en los campos. Es el último momento de la dialéctica: ustedes condenan esta guerra pero no se animan todavía a declararse solidarios de los combatientes argelinos; no teman, cuenten con los colonos y con los mercenarios: ellos les harán marcar el paso. Tal vez, entonces, la espalda contra la pared, soltarán por fin esta violencia nueva que antiguos crímenes suscitan en ustedes. Pero, esto, como se dice, es otra historia. La del hombre. Se aproxima el tiempo, estoy seguro, en que nos uniremos a quienes la hacen.

JEAN PAUL SARTRE
Septiembre 1961

ALGUNAS IDEAS SOBRE EL SIGNIFICADO DEL CAPITAL ACCIONARIO (2a. parte)

ANTES de proseguir con la segunda parte del trabajo nos ocuparemos de algunas observaciones efectuadas por los campañeros Ignacio Díez y Marcelo Román a ciertas afirmaciones contenidas en la primera parte. Allí se decía que la acción "tiene su propio valor de uso" (1) lo cual es incorrecto porque si "el valor de uso de una mercancía es su capacidad de satisfacer una necesidad humana" (2), mal puede atribuirse tal cualidad a un título. Pero el nudo del problema radica en no haberse desarrollado el tema de la unidad dialéctica valor de uso—valor en la génesis misma de capital accionario.

Las mercancías se lanzan al proceso de cambio desdoblándose en mercancía y dinero, "antítesis mecánica en que las mercancías revelan su antítesis inmanente de valor de uso y valor. En esta antítesis las mercancías se enfrentan como valores de uso, con el dinero, valor de cambio. Lo cual no obstante para que ambos términos antitéticos sean mercancías" (3).

De la misma forma, aunque en otro nivel, se da la contradicción en el capital accionario. Los bienes físicos, en tantos medios de producción, son valores de uso, pero su expresión como valores de cambio está dada por las acciones. El hecho de que la acción establezca "sus propios circuitos de circulación, ajena por completo a la circulación del medio de producción que, en última instancia, es su justificación" (4) no implica la ruptura de la unidad dialéctica originaria. Por el contrario, como en el caso del desarrollo de la mercancía, en que aquella contradicción inmanente se exteriorizaba en dos objetos externos distintos (mercancía y dinero), en el caso del capital accionario también se crea la forma en la que puede desenvolverse la contradicción señalada, exteriorizándose los dos polos opuestos en elementos objetivamente distintos (medios de producción y títulos). También, como en el caso del dinero, las acciones crean sus propias leyes de circulación que, en última instancia, se hallan condicionados por la estructura de la base productiva.

En lo publicado en el número anterior de la revista se deslizó —entre otros de menor importancia— un error de transcripción que es fundamental para la definición del valor efectivo. El párrafo correcto —que debe sustituir al allí impreso— es el que sigue (5):

"El valor efectivo es el precio del capital como tal, o sea el precio por su posible rendimiento. Es un precio dinámico..."

EL CAPITAL FINANCIERO Y EL CAPITAL ACCIONARIO

EN primer lugar es imprescindible efectuar algunas observaciones sobre la expresión "capital financiero". Hilferding lo define como "...el capital que se halla a disposición de los bancos y que utilizan los industriales" (6). Lenin criticó esa definición adjudicándole a aquella expresión un significado mucho más amplio, pues al caracterizarlo como "concentración de la producción; monopolios que se derivan de la misma; fusión o ensambladura de los bancos con la industria" (7), lo que hace, en realidad, es expresar el dominio del ca-

pital monopolista. El capital financiero es, en todo caso, el elemento dominante dentro del capital monopolista, la forma de capital más relevante de ese período histórico, pero el capital monopolista no equivale exactamente al capital financiero. Precisamente "es propio del capitalismo en general... el separar el capital monetario y el industrial"; durante el período del imperialismo "esta separación adquiere unas proporciones inmensas" (8). Cuando nosotros hablamos de capital financiero no lo hacemos en el sentido generalizador de la definición de Lenin, sino en el sentido más restringido de **forma monetaria del capital** susceptible de ponerse a disposición del proceso productivo. Esta concepción se aproxima mucho a la idea que da Hilferding en su definición, pero se diferencia de ella en que el capital como forma monetaria no es exclusivamente asimilable a la estructura bancaria. Así, el capital accionario es una modalidad muy peculiar del capital financiero que surge del desarrollo del financiamiento interno en el capital industrial, que escapa —por lo menos en forma directa— al control de la estructura bancaria dominada por el capital financiero entendido a la manera más ortodoxa, según la versión de Hilferding.

Podríamos decir, entonces, que el imperialismo es aquella etapa del desarrollo de la economía capitalista que se distingue fundamentalmente porque el **capital monopolista** es la forma dominante del capital; ese dominio implica que el **capital financiero** sea, a su vez, la expresión más relevante del capital monopolista. Según veremos enseguida, el **capital accionario** consiste en otra forma, muy peculiar, del capital financiero; una forma por medio de la cual la función crediticia, a los efectos de permitir la reproducción ampliada del capital, puede estructurarse partiendo del mismo capital industrial, por encima de la estructura bancaria. Es la forma por medio de la cual el capital industrial puede cumplir funciones de capital monetario.

El desarrollo del capital accionario va indisolublemente unido a un amplio desenvolvimiento del crédito. En nuestro país, el desarrollo combinado tan particular que tuvo y tiene el capitalismo dieron margen a un desmesurado desenvolvimiento del sistema crediticio que, en un punto determinado, iba a permitir la existencia de un capital accionario de características muy particulares. La explicación de ello sólo puede lograrse mediante el estudio de la forma que adopta la canalización del excedente económico y la consecuente configuración del esquema de reproducción ampliada.

Es sabido que el capital financiero surge como apéndice del capital industrial y del comercial, para poner a disposición de éstos el capital líquido necesario para el cumplimiento del ciclo de reproducción. El capitalismo implica la existencia de la reproducción ampliada. La reproducción simple, aparte de constituir una abstracción utilizada por Marx para permitir el posterior paso a modelos más complicados, era, como toda generalización usada por él, una forma simple ubicada históricamente en el transcurso del desarrollo económico y correspondía a formas de producción precapitalistas. Pero la reproducción ampliada supone una continua creación de excedente. Ahora bien, ese excedente, para poder realizarse necesita de la previa existencia de los medios de realización,

(1) — Revista de la Liberación, N° 1, pág. 26.

(2) — Id., pág. 26.

(3) — Marx, "El Capital" T. I., Ed. F.C.E., México, 1959. El subrayado es del original.

(4) — Revista de la Liberación, N° 1, pág. 27.

(5) — Id. pág. 27.

(6) — Hilferding, "El Capital Financiero", citado por Lenin en "El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo". Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, p. 50.

(7) — Lenin, op. cit., p. 50.

(8) — Lenin, op. cit., p. 65.

es decir, del dinero. Esto significa que cada ciclo de reproducción requiere "adelantos" monetarios para poder realizarse. El adelanto monetario se consigue a través del mercado del dinero en el que los particulares ofertan ahorros y los empresarios demandan dinero para inversiones. El capital financiero oficia de intermediario entre unos y otros apropiándose un beneficio. Otra forma de adelantar medios de pago para permitir la realización del ciclo de reproducción, cuando los medios del mercado monetario son insuficientes, está dada por la simple emisión.

Pero el desarrollo del capitalismo deteriora las condiciones de libre competencia, determinando la aparición del monopolio y la concentración del capital como respuesta a la tendencia secular al descenso de la tasa de beneficio; en estas condiciones se hace necesaria la ampliación del esquema de reproducción. Un margen cada vez mayor en la ampliación de la reproducción permite la obtención de ganancias futuras, aunque, dialécticamente, también obren en el sentido de contraerlas. En esas condiciones quien suministra los medios de realización (el dinero) se convierte en árbitro de la situación. El capital financiero pasa a dominar al capital industrial y comercial, no sólo por las exigencias en la ampliación del esquema reproductivo sino porque estas exigencias obligan a la incorporación y copamiento de nuevos mercados. Esto configura, a grandes rasgos, la época del imperialismo.

Pero las exigencias continuas de ampliación del ciclo reproductivo sólo periódica e intermitentemente contenidas por las depresiones —formas típicamente capitalistas de corregir los males de la expansión— obligan a buscar un sucedáneo del dinero dentro del ámbito mismo de la empresa. Y entonces el capital comercial, el industrial y aun —por supuesto— el financiero toman la forma de capital accionario. El capital accionario es entonces la forma específica que adopta el capital para suplir en cierta medida el concurso del capital financiero —entendido como provisión de capital líquido— como algo externo al capital originario. En síntesis, el capital accionario permite la autogeneración de crédito.

Lo dicho no implica de ninguna manera que el desarrollo del capital accionario atenúe el peso del capital financiero. Al contrario, lo acentúa. Hemos observado en el artículo anterior que el desarrollo del capital accionario hace que desaparezca "...la dirección de la producción de manos de una gran parte de la clase capitalista y el proceso económico pasa a ser controlado por una verdadera oligarquía financiera que asienta su dominio en la posesión del "paquete" accionario. La propiedad de las acciones y la dirección de la producción se divorcian para reaparecer unidos en un nivel mucho más alto. El propietario de las acciones se convierte en un simple prestamista atomizado por el mercado, mientras que el capitalista que ejerce la dirección de la producción suele ser también un prestamista, pero capaz de controlar un capital líquido tal que, a través de él, puede dominar la producción" (9).

Mediante el desarrollo del capital accionario la oligarquía financiera se halla más "cerca" del proceso productivo; es más directo el control sobre la base productiva. Pero lo importante es que dentro del sistema circulatorio de la economía capitalista, una parte del crédito puede ser obtenido dentro de los mismos límites del sector de la producción que lo reclama para cumplir su ciclo de reproducción. Precisamente, la emisión de acciones significa que la empresa se entiende directamente con el ahorrista, permitiendo prescindir de la función intermediaria del banquero; aunque este último se encargue de la suscripción, la asignación de los fondos a la empresa de que se trate ya no depende de su voluntad.

EL DESARROLLO DEL CAPITAL ACCIONARIO EN LA ARGENTINA

SIENDO la Argentina un país dependiente de las naciones capitalistas que ofician de centros económicos del sistema, tiene que padecer las consecuencias del intercambio no equilibrado, que se manifiesta en

la continua desvalorización monetaria. La necesidad de mantener una determinada relación entre el valor de la masa monetaria y el de los bienes en circulación, hace que la desvalorización se traduzca fatalmente en inflación. En esas condiciones se necesita una mayor masa monetaria en forma de crédito para permitir la realización del ciclo reproductivo. Si no existe la masa de ahorros necesaria habrá que recurrir al concurso del capital extranjero o al emisionismo, que son las dos opciones a las que se ve enfrentada la economía argentina para poder subsistir dentro de los marcos del capitalismo.

La particular conformación del ciclo de reproducción ampliada en la Argentina —esbozado por primera vez por Esteban—, hace que aquél no se establezca "...en forma independiente dentro del mercado local", sino que se configure "...distorsionadamente dentro de un marco de dependencia de la Sección II, con relación a los países más desarrollados que disponen de industria de bienes de producción" (10). Si consideramos además el importante crecimiento industrial característico del desarrollo combinado argentino, podremos darnos una idea de la magnitud de los adelantos monetarios que requiere nuestra economía industrial, puesto que su excedente económico tiene que convertirse en medios de pago internacionales que posibilitan la provisión de los elementos que deben importarse para permitir el cumplimiento del ciclo.

Una situación como la esbozada en renglones anteriores tenía que acelerar forzosamente el desarrollo de aquel tipo de capital que pudiera subvenir en parte a sus propias necesidades de crédito, es decir, el capital accionario. Es por ello que el desarrollo del capital accionario en la Argentina cobra una intensidad muy especial, y el proceso se hace más evidente cuanto más se comprimen aquellos otros elementos de la política económica que permitirían la provisión de adelantos monetarios destinados al cumplimiento del ciclo reproductivo. Inaugurada la política "estabilizadora" posterior a 1955, las empresas han tenido que recurrir cada vez con mayor virulencia a su propio emisionismo.

EL CAPITAL ACCIONARIO Y LOS CICLOS ECONOMICOS

LOS ciclos económicos asumen en nuestro país desde 1948 una forma bastante similar a la de los países industrialmente más avanzados del mundo capitalista. Pero después de 1958, al recrudecer la política "estabilizadora" que optó por la iliquidez como forma de contrarrestar el emisionismo y por la reducción de la amplitud de la reproducción para evitar el requerimiento de dinero adicional, las empresas recurrieron a la emisión de acciones. Ya antes lo habían hecho, pero esta forma de crédito se veía acompañada por el emisionismo; en cambio, a partir de ese momento, el capital accionario trató de contrarrestar la política depresiva del gobierno, o por lo menos trató de que ésta no interfiriera fundamentalmente el ciclo de reproducción. Hasta ese momento el desarrollo del capital accionario no había entrado en contradicción con el conjunto de la política económica, pero ya en 1959 se plantea el enfrentamiento. El auge de 1958 contrajo la tasa promedio de beneficio, pero las sociedades anónimas mantuvieron o alzaron el nivel de los dividendos mediante su pago en acciones, o sea que desvirtuaron la tendencia a la que los impulsaba el proceso cíclico. La depresión de 1959 fue en gran parte acentuada desde los controles económicos oficiales para contrarrestar la dureza del sector privado que resistía la faz depresiva del ciclo desde la estructura accionaria. De esta manera el corte en el ciclo reproductivo no fue tan violento y la depresión no registró niveles de intensidad tan altos como los que hubiera registrado en caso de contarse con una estructura más endeble del capital accionario. Ahora bien, la faz depresiva del ciclo hace repuntar la tasa de beneficio. Al no cumplirse esa etapa con la intensidad requerida la tasa de beneficio tampoco se recupera y, así, la situación que se quiere contrarrestar aparece, a la larga, favorecida. El resultado de ello es la aparición, ya con

(10) — J. C. Esteban, "Imperialismo y Desarrollo Económico". Ed. Palestra, Bs. As., 1961, p. 31.

(9) — Revista de la Liberación, nº 1, p. 28.

rasgos definidos, de la **cronicidad de la depresión de la tasa de beneficio**, que orienta también en ese sentido al conjunto de la economía, desde el momento que la tasa de beneficio, en la economía capitalista, es el barómetro regulador de las inversiones.

¿Cuál es, en definitiva, el rol del capital accionario en la conformación de los ciclos económicos en nuestro país? El capital accionario resiste los períodos depresivos mediante el sostenimiento de una tasa de beneficio contable o ficticia que impide una paralización más drástica de la reproducción. Sin embargo, al obrar de esa manera impide jugar su papel al mecanismo con que el capitalismo cuenta para restituirse al auge, y precipita así el momento a partir del cual se intensifican y se agudizan las contracciones hasta el punto de inaugurar el período de la depresión crónica, propia del capitalismo en su etapa de agonía. En un determinado momento de ese proceso también pierde su eficacia el capital accionario, porque la continua y artificiosa inflación de la actividad productiva entra en contradicción con las limitaciones del sistema económico, jurídico y técnico que contiene aquel régimen. Queda abierta entonces la perspectiva de una depresión continuada y definitiva en el mercado de valores.

Hemos planteado más arriba la existencia de una **contradicción entre la política económica depresiva y el desenvolvimiento del capital accionario**. Digamos ahora que esa contradicción no implica necesariamente la existencia de intereses divergentes, sino que es una consecuencia lógica del desenvolvimiento del capital accionario y del desarrollo de la crisis del capitalismo. La depresión crónica impone la limitación del ciclo reproductivo, la política depresiva hace que esa limitación se concentre fundamentalmente en los sectores capitalistas menos desarrollados y en los sectores precapitalistas de la economía, mientras que la forma accionaria del capital permite la subsistencia y hasta el fortalecimiento de los sectores capitalistas más avanzados. Queda por ver que sucederá ahora que la crisis golpea a las puertas del capital accionario. Cabe asegurar que dentro de la estructura accionaria también sucederá que los grupos más fuertes subsistirán y se consolidarán (aunque precariamente) mientras desaparezcan vastos sectores de menor poder económico.

Este es el resultado de lo que afirmábamos en el artículo anterior cuando dijimos que tales perturbaciones "tienen que haber acelerado la concentración y la centralización del capital mediante la expropiación de capitalis-

tas realizada en beneficio de la oligarquía financiera" (11), y el proceso más general, descripto anteriormente, de subsistencia de la forma accionaria del capital a costa de la desaparición de otras menos avanzadas implican "un importante traslado de poder de compra hacia la burguesía desde los sectores no poseedores de capital en acciones" o, en fin, la postergación de "la faz depresiva del ciclo valiéndose de un proceso inflacionario que traslada a las clases no capitalistas el peso de la crisis" (12).

En cuanto a las soluciones que tiene en sus manos la burguesía, pueden sintetizarse como sigue:

Una solución sería **apresurar el cumplimiento del período depresivo**, insito en el proceso del desarrollo capitalista argentino para así poder lograr una leve recuperación más adelante. Para ello sería necesario una **política depresiva** que encare por todos los medios el corte de numerosas actividades productivas (mayor restricción crediticia y devaluación monetaria).

La otra solución, la que enarbola la "burguesía progresista", consiste —por el contrario— en **paliar en forma inmediata la depresión**, para instrumentar los medios económicos que permitan una recuperación forzada (control de cambios, emisionismo, etc.). Esta postergación de la depresión no haría más que acentuarla cuando las contradicciones se tornen insalvables. Conviene destacar que a esta altura del desarrollo del capitalismo —tanto desde el punto de vista mundial como desde el nacional— este tipo de política desarrollista, lejos de inaugurar un período de "independencia económica" y "democracia política" con las que sueña la izquierda liberal, implicaría, a la larga, la creación de condiciones casi tan explosivas como las que podría generar la política depresiva.

Pero la conclusión fundamental es que, adoptando una u otra solución, alargando o acortando su tiempo de vida, la burguesía es absolutamente incapaz de ofrecer una salida a la crisis económica.

Nosotros nos hemos valido del análisis del capital accionario para mostrar hasta qué punto el desarrollo de la crisis capitalista en la Argentina se acerca indefectiblemente a su cenit. De cualquier manera, cualquiera de los dos términos por los que opte la burguesía conducen indefectiblemente al punto que marcará la hora cero de la revolución socialista.

Buenos Aires, 15 de abril de 1963.

(11) — Revista de la Liberación, nº 1, p. 28.

(12) — Revista de la Liberación, nº 1, p. 28.

SUSCRIBASE A LA "REVISTA DE LA LIBERACION"

Suscripción anual: \$ 250.— (cuatro números) — Suscripción de ayuda: \$ 200.—

Envíe cheque o giro sobre Buenos Aires a C. C. E 66 — Suc. 34 (B) — Buenos Aires, a nombre de JOSE D. SPERONI.

NOTAS PARA UN BALANCE SINDICAL DE LOS ULTIMOS AÑOS

EN la época del imperialismo, la tendencia del capitalismo a concentrar el poder económico en pocas manos, trae aparejada también la concentración del poder político, y su lógica consecuencia la sustitución del estado "democrático", parlamentario, donde los distintos sectores de la burguesía discuten y se disputan el poder más o menos de buenas maneras, por un estado totalitario, o semi-totalitario, donde las libertades públicas están restringidas al máximo, y donde el poder legislativo cumple una función de segundo orden, similar al que cumplían en las monarquías absolutas.

Este estado totalitario o semi-totalitario, tiende a controlar toda la vida del país, sea por el terror o por la corrupción, y la vida sindical no escapa a ese control, habiendo una tendencia permanente de los sindicalistas a una ligazón con el estado, debido a que el sector dirigente de los sindicatos constituye una capa de trabajadores privilegiados que se han liberado de la necesidad de trabajar, y que, lógicamente, antepone sus intereses a los de su clase, ligando su suerte a la del régimen.

Este fenómeno es común en todos los países donde los sindicatos no son revolucionarios, sean éstos socialistas (Inglaterra), comunistas (Francia e Italia), "democráticos" (Estados Unidos). En Estados Unidos, por ejemplo, los sindicalistas controlan la ORIT, y actúan en Latinoamérica y en el mundo como personeros del imperialismo. Las grandes corrientes políticas de la clase obrera en la medida que no adoptan una política revolucionaria terminan, en su faz gremial y política, en la colaboración de clases, en la poltronería, en el burocratismo, en la conciliación con el enemigo de la víspera, que liquidan finalmente el impulso revolucionario y provocan la derrota y el consiguiente retroceso de la clase obrera.

En el momento actual, la clase obrera está atravesando por una profunda crisis de dirección política y gremial. No consigue salir del marasmo en que se encuentra, y debe aceptar la política que le impone la burguesía: desocupación, bajo poder adquisitivo de los salarios, persecución a los activistas más combativos, derogación de conquistas sociales, "Incentivación", etc. ¿Cómo ha llegado a esa situación en 10 años, luego de haber tenido uno de los niveles de vida más altos del mundo, una legislación social avanzada y una organización gremial poderosa? Varios son los factores que intervienen y que, en cierta medida, escapan al carácter de este trabajo, pero trataremos de analizar algunos en función del tema que nos ocupa para tener una perspectiva del trabajo que los revolucionarios debemos efectuar en el seno de las organizaciones gremiales.

LA CONDUCCION GREMIAL PERONISTA

EN los países atrasados como el nuestro no existe una burguesía nacional con suficiente poder como para realizar una política independiente. Mejor dicho, terminada la época del capitalismo ascendente en que la burguesía era la clase que realizaba la unidad nacional y la liberación del país, las burguesías nacionales de los países atrasados coloniales y semicoloniales, se encuentran ligadas a los capitales imperialistas como socia menor y dependiente, aumentando día a día el grado de su sometimiento, propio y del país. En esas condiciones todo gobierno que quiera resistir al imperialismo deberá necesariamente, recostarse en el proletariado. Tal es el caso del peronismo; apoyado en algunos sectores de la industria dependiente del mercado interno, el aparato del estado y el ejército, para poder enfrentar a las fuerzas coaligadas de la oligarquía, el imperialismo yanqui y sus políticos debió buscar el respaldo de la clase obrera.

El peronismo resistió a la oligarquía y al imperialismo sin alterar la estructura económica del país. Fue un movimiento reformista que alteró las proporciones de la distribución de la renta nacional y tomó una serie de me-

didas económicas para asegurar por parte del estado el control del comercio exterior y de las inversiones, pero sin afectar la propiedad privada capitalista. Los patrones siguieron siendo patrones, y los obreros, obreros. Oficialmente se manifestaba que lo que el gobierno quería era que: "los pobres fueran menos pobres y los ricos fueran menos ricos", vale decir que, seguían existiendo pobres y ricos y se consideraba que era justo que así fuera pues no se perseguía la desaparición de las diferencias de clases. La oligarquía siguió teniendo su poder económico para poder, en 1955, terminar con el régimen.

Este estado de armonía obrero-patronal a través del estado paternalista se mantuvo hasta 1952. El cambio de la situación económica del país, producto del deterioro de los términos del intercambio y de la falta de desarrollo de las industrias básicas y de una política energética coherentemente ligada al desarrollo industrial (recuérdese que la CADE siguió en manos de la SOFINA, y se entregaron fábricas nacionales como el IAME al control imperialista, otro tanto ocurrió con SOMISA), además de la desaparición de la situación excepcional para los productores argentinos durante la posguerra, hicieron que los sectores burgueses e imperialistas comenzaran a presionar al estado y a los sindicatos para lograr una "mayor productividad del trabajo" y mayores restricciones a la vida sindical. Fue cuando la C.G.E. se hizo abiertamente antiperonista, y ya no quedó ningún sector de la burguesía que apoyara al peronismo.

La dirección gremial del peronismo se formó al calor del estado. A través de él, y no de la lucha se solucionaban los problemas. El Ministerio de Trabajo arreglaba las cosas y "apretaba" a los patrones que no querían ceder. La política gremial se hacía desde arriba y la C.G.T. venía a representar a los trabajadores en el seno del gobierno. El enorme aporte del peronismo a la lucha nacional, fue indudablemente, el haber sindicalizado a todos los obreros del país, incluidos los funcionarios del estado, los empleados, los trabajadores agrarios, etc., es decir, fue una forma de incorporarlos a la vida nacional y a crearles una conciencia de que ellos eran parte del proceso y de que podían influir en sus decisiones. Ese proceso tuvo su contrapartida, en que se creó una burocracia gremial con grandes privilegios y poder, que no estaba acostumbrada a la lucha, sino a resolver los problemas burocráticamente, es decir, en la mesa de negociaciones, tratándose de patrones, o con el apoyo con sus opositores o disidentes.

Por ese motivo, —burocratismo, falta de claridad política— la dirección gremial fue incapaz de evitar la caída del peronismo. Recordemos el intento patronal-estatal de aumentar la explotación de los obreros durante el Congreso de la Productividad que fracasó por la decidida actitud de un importante sector de dirigentes gremiales. Sin embargo, esta actitud no pasó de allí, de hacer fracasar el Congreso, pero sin explicarles a los trabajadores que para aumentar la productividad del trabajo hacia falta expropiar a la CADE, a los frigoríficos, etc., y llevar a los trabajadores a la conducción política del país.

Esa falta de perspectivas hizo que en septiembre de 1955, la CGT llamara a los trabajadores a la calma. Mientras los fascistas avanzaban y nuestros bravos militares se plegaban uno a uno a la revuelta, la CGT se cruzaba de brazos, y a la gente que concurría por millares a los sindicatos en busca de un arma o de una consigna, se le decía que había que esperar. Muchas veces la pasividad no se distingue de la complicidad, y aun de la traición.

Inmediatamente de instalado Lonardi en el gobierno, los dirigentes cegetistas comenzaron a negociar con los vencedores, se aceptaron los veedores de Cerruti Costa, mientras el periódico "El Líder" se encargaba todos los días de recordarles a los libertadores que si no querían que el movimiento obrero argentino se hiciera comunista debían dejarlos a ellos en los Sindicatos y mantener la legislación social (hecho sintomático: cada vez que nues-

tos dirigentes tratan de congraciarse con los verdugos dicen lo mismo, en épocas de retroceso —recuérdese la carta de las 62 a Toranzo Montero— en cambio cuando el movimiento obrero está en alza, a nadie se le ocurre ofrecerse como antídoto o sirviente), hasta que vino el 17 de octubre de 1955, cuando la dirección Framini-Natalini dio su orden terminante: "trabajar". Una vez más los dirigentes no interpretaron a las masas que desacataron la orden, y quince días después ya votada la huelga general fue levantada por promesas de Bengoa; y luego vino la huelga general de noviembre levantada a los dos días. Con la intervención de la CGT y las inhabilitaciones, se termina una etapa del movimiento obrero argentino.

Las inhabilitaciones provocan el surgimiento de una nueva camada de dirigentes. La intervención de los sindicatos hubo de detenerse en las Comisiones Internas y en los delegados de sección. Si bien se intervinieron CC.II. y se designó por decreto a los obreros más viejos como delegados de sección, allí fue donde la clase ofreció su más encarnizada resistencia, y se logró mantener a muchas comisiones. Esos delegados y miembros de CC.II. son los que reorganizaron los sindicatos en 1956, y, sin telarañas burocráticas, se dieron a la tarea de estructurar el movimiento gremial, luego vino la tarea de la Intersindical, que formó el núcleo de las futuras 62 que dieron jornadas gloriosas al movimiento obrero argentino.

Así se sucedieron la huelga de la Intersindical (12 de julio de 1957), el Congreso de la CGT, las dos huelgas generales de las 62, de 1957, el acto del Luna Park, que provocó 10 intervenciones gremiales, para llegar finalmente, al triunfo de la "integración" frigeriana con las elecciones de 1958, y el comienzo de esa época de oprobio y suciedad en la vida de la Nación, que se llamó frondizismo.

LAS inhabilitaciones gremiales, a más de provocar el advenimiento de una nueva camada dirigente y combativa, permitió la resurrección de muertos gremiales, como Marcovecchio, Stordeur, Rivas, Marotta, Núñez, Pérez Leirós, que penetraron en los sindicatos en la única forma que podían hacerlo, protegidos por las bayonetas. La obsecuencia, el servilismo, nunca se encontraron tan a gusto. La nueva dirección gremial se encontró en seguida enfrentada por la canalla "sindicalista libre". Los dirigentes "antitotalitarios" montaron con Patrón Laplacette la farsa del Congreso de la CGT, que pensaban ganar, y quedarse con la CGT. Los trabajadores se lo impidieron. Perdieron la mayoría en el Congreso y lo tuvieron que romper, luego se dedicaron a sabotear cuanta huelga hubiera, plegándose algunas veces para no quedar desubicado, porque, recordemoslo, en ese entonces en prestigio de los 62 era inmenso, los trabajadores le daban su apoyo incondicional. La nueva dirección peronista había sabido ganarse el apoyo de los obreros, y luchaba, sin desmayos, ni excitaciones, contra el gobierno, la patronal, los sindicalistas libres.

¿Cómo es que esa dirección, que no ha variado sustancialmente, en los hombres, haya llegado al extremo de ser carne y uña con los sindicalistas libres? Cuál es el fenómeno social y político que haya llevado las cosas así. Trataremos de buscar una explicación.

Al principio de esta nota, hemos esbozado un esquema, en el cual decimos que hay una tendencia permanente de los sindicalistas a ligarse con el estado, y a buscar la solución de los problemas por vía de la negociación y no por el camino del enfrentamiento. Ahora bien, entendemos que esas normas son generales, y manifiestan una tendencia. Creemos, que cada vez que la clase obrera entra un período de ascenso, necesita, para poder cumplir con sus aspiraciones dirigentes que interpreten los anhelos de las masas, sean su fiel reflejo. Generalmente esos dirigentes no se encuentran tomando whisky con el Ministro de trabajo, ni comprando escopetas de caza en Suiza, sino en la fábrica, conociendo los problemas, viviéndolos, sufriéndolos. Eso fue lo que ocurrió con la vieja dirección gremial desplazada por el peronismo. Dentro del peronismo, la sustitución de Griolli-Hermida, por Framini, en textiles en 1952, y de Salvo por Baluch, y éste por Vandor, en metalúrgicos. El cambio, de las 62 por los viejos dirigentes —que no desaparecieron de la escena por estar inhabilitados, sino por caducos—.

La nueva camada, en este caso los 62, reflejaron las aspiraciones obreras y por eso llegaron a ser la dirección del movimiento obrero, a pesar de los sindicalistas libres, de los gorilas, de la marina, y en aquel entonces, bajo ningún concepto hubieran aceptado la imposición de un entendimiento con los "libres", a los cuales ni siquiera se los reconocía como dirigentes, y se aceptaban en el seno de las 62 a las agrupaciones gremiales opositoras, con voz y voto! El burocratismo no existía, y los plenarios —con barras integradas por delegados de sección y CC.II.— eran verdaderos parlamentos revolucionarios de la clase obrera.

Cómo esa magnífica camada fue a asimilarse con los sindicalistas libres es el resultado de un proceso que comienza con el retroceso del movimiento obrero que se opera con altibajos, a partir de 1957.

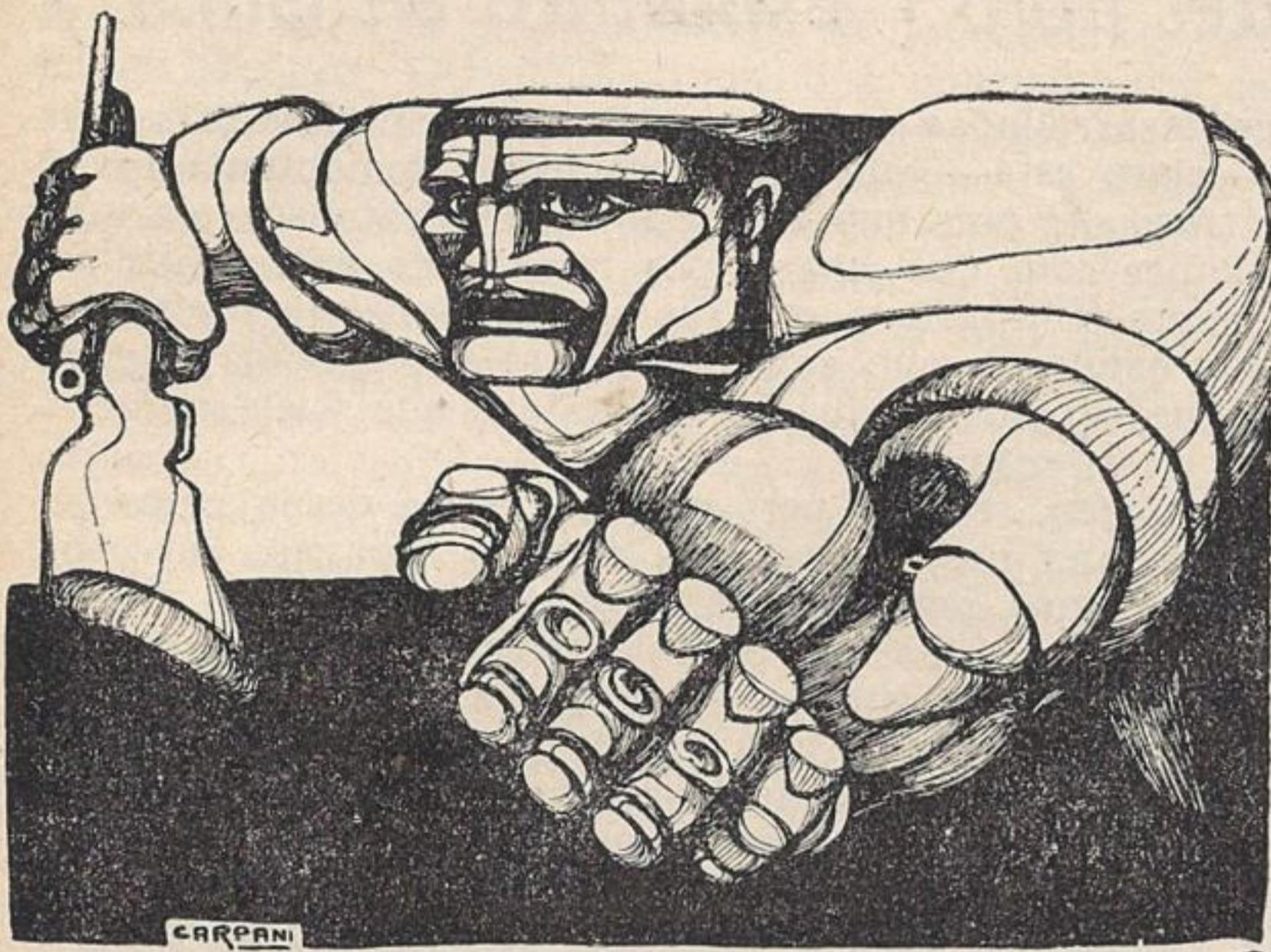
Todo proceso ascendencial de la clase obrera comienza por barrer a la vieja dirección y poner una nueva, con menos experiencia pero más combativa. La dirección de las 62 fue esa nueva dirección, que reflejaba las aspiraciones de los trabajadores, que políticamente se planteaba el problema de la toma del poder, y que hoy, quiere entendimiento con los "factores de poder", y una relación armónica con los patrones a través de la encíclica "Mater et Magistra", que es muy distinto. La mayoría de los dirigentes de las 62, no hubieran aceptado ni siquiera la idea de unirse a los 32, y se sentían plenamente identificados con un movimiento que luchaba por su regreso al poder, sin claudicaciones. En esa lucha, el peronismo fue derrotado, y hoy sus dirigentes políticos o gremiales, en su mayoría, ya no luchan por el regreso, al poder, sino por la "participación" en el mismo, que se expresa en el orden gremial en la co-dirección con los gorilas, y en el plano político en la integración en los cuerpos colegiados con un 30 % de las bancas, es decir, con las migajas del festín de la oligarquía.

Con el voto a Frondizi, y el triunfo de la "integración", comienza el proceso de corrupción en gran escala. A través de la Ley de asociaciones profesionales y el apoyo estatal se consigue la reaparición de algunos desplazados como Gomiz, etc., y en el seno del movimiento gremial peronista, triunfa el ala Carulias, y una tregua con el gobierno, que es quebrada por la huelga general del frigorífico Nacional en enero 1959, y donde triunfa la "línea dura", y donde se demuestra que todavía en las 62 quedan energías y voluntad de lucha. La clase obrera sigue resistiendo, y se suceden las huelgas generales de gremios, bancarios, metalúrgicos, textiles, etc. Pero en ese año empiezan también las tratativas con el gobierno, con los "factores de poder", y las 62 entran en la pendiente de la "buena conducta" que las va llevando, insensiblemente, a no diferenciarse de los sindicalistas libres, a sentarse junto a Pérez Leirós sin ruborizarse. Son ya, la vieja dirección a quienes les corresponde las generales de la ley.

La corruptela comienza, cuando los desaciertos de los dirigentes llevan a los trabajadores a la apatía, lo que genera falta de control, y mayor facilidad a "solucionar" los problemas, en el terreno donde la burguesía es "local", la mesa de negociaciones. Las 62 no eran igual a los "libres", tenían algo distinto, reflejaban a lo más combativo del movimiento obrero, los trabajadores industriales, pero ahora ya no se diferencian de sus oponentes de ayer. La dirección "unificada" de la CGT sigue los dictados de los "libres", nada de movilización, nada de huelgas generales, nada luchas conjuntas, ni de ocupaciones de fábricas, sino comunicados, entrevistas con Caggiano y con el Ministro de Trabajo, viajes a Ginebra, etc.

ALGUNAS CONCLUSIONES

El proceso gremial está indisolublemente ligado al proceso político. La dirección gremial de las 62 fue, y aún es, la dirección política del movimiento obrero. El proceso ascendente de la clase obrera de 1956-1957, fue fundamentalmente político, las reivindicaciones gremiales, tenían un fuerte contenido político y era conciencia de todos que lo que allí se trataba, no era solamente la discusión de los convenios sino la lucha por el poder po-



lítico. El fracaso comienza cuando esa dirección políticogremial acepta, no sin profundos roces internos, el voto a Frondizi-Frigerio, que venía a ser una nueva reedición de la colaboración de clases del 46, pero sobre una distinta base económico-social; ya no había una balanza de pagos fuertemente favorable al país, y detrás de Frondizi-Frigerio no estaban los intereses nacionales sino los del imperialismo yanqui. Esa política era imposible, y a los seis o siete meses de gobierno Frondizi se saca la careta: viene el estado de sitio, las movilizaciones de los gremios, la entrega del petróleo y los acuerdos con el F.M.I. A través de la Ley de asociaciones profesionales, de la entrega de algunos sindicatos, del 60 % de aumento, la burguesía logró frenar el ascenso de la clase trabajadora, hace forjar falsas ilusiones a los trabajadores, y una vez logrado esto, con la complicidad de algunos dirigentes gremiales (Carulias, Cardoso, etc.), romper el frente interno de la clase obrera.

El retroceso que se inicia a partir del fracaso de la huelga general de enero de 1959, de la derrota de la huelga bancaria, etc., los dirigentes gremiales se van separando cada vez más de las aspiraciones de los trabajadores que hasta ese entonces caminaban en un mismo sentido. Y así se va logrando el acuerdo con los "independientes", la lucha gremial se apolitiza, y las 62 comienzan su política de acercamiento a los "factores de poder". El divorcio con la clase es cada vez mayor a medida que se inician y se fortifican los lazos con los sindicalistas libres y con el estado que devuelve la CGT con una serie de condiciones. Se logra recuperar la CGT que se transforma en un instrumento inocuo para los trabajadores, no organiza la lucha, sino que la frena.

Todo esto nos demuestra que la lucha sindical, sin tener una clara orientación revolucionaria, cae en manos de una orientación "apolítica", "tradeunionista" sin ir contra la estructura del régimen capitalista, yendo cada vez más hacia la derecha, a la conciliación de clases.

El peronismo, dotó a los obreros de una ideología reformista y de un antiimperialismo vago, es decir, de mejorar su condición de vida sin alterar la estructura del régimen capitalista, a través de la humanización del capital, cumplió un papel enormemente positivo al organizar a los trabajadores en forma casi total. No quedaban trabajadores en la Argentina sin estar organizados gremialmente. Al mismo tiempo, llevó a los trabajadores a tener una gran conciencia de su poderío. Esa conciencia se manifestó y se manifiesta en que está claro para la mayoría de los trabajadores que se debe tomar el poder, no para reeditar el frente de 1945, sino para producir un cambio de estructuras. Sin embargo, esa ideología refor-

mista a que aludimos más arriba, no les permitió a muchos sectores del peronismo comprender el grave peligro que significaba apoyar a un grupo pequeño burgués cipayo, como el frondizismo, y a no lanzarse a la ofensiva al otro día del ascenso al poder de Frondizi. Muchos de los dirigentes que se opusieron al voto a Frondizi y al levantamiento de la huelga de enero de 1959, se encontraron sin perspectivas de continuar en una política revolucionaria en el seno de las 62 organizaciones, que iba tomando cada vez más el camino de la conciliación y el entendimiento con los "factores de poder", es decir la aceptación de las condiciones que imponían los vencedores.

La falta de esa política revolucionaria, determinó, además, que no se defendieran con métodos revolucionarios, la victoria del 18 de marzo y que el programa de Huerta Grande de las 62, quedara en el papel. El programa de lucha pregonado por Framini, de **movilización permanente** de los trabajadores, de **ocupación de fábricas**, etc., no se cumplió, y más bien se votó como una amenaza para el gobierno y la oligarquía.

El movimiento obrero argentino ha dado muestras de una gran combatividad y un alto grado de disciplina. Lo demostraron la movilización del 16 de junio del 55, las huelgas que sucedieron a la caída del gobierno peronista, y las grandes huelgas de 1957, y, especialmente, la huelga general indefinida de enero de 1959, en defensa del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre. Sin embargo, dicha huelga careció de dirección. Las grandes luchas del movimiento obrero argentino de los últimos siete años plantearon de una forma dramática la necesidad de una dirección revolucionaria del movimiento obrero, con una estrategia clara que la conduzca a la toma del poder, porque cuando la lucha gremial se generaliza y toma un carácter político, plantea, en forma inmediata, el problema de la toma del poder, y la toma del poder sólo puede ser lograda cuando los cuadros dirigentes del movimiento obrero tienen la conciencia de que hay que tomar el poder y adecuar su política al logro de sus objetivos a través de una organización política del movimiento obrero. Belloni plantea con claridad esa perspectiva al analizar la huelga general de 1959: "Esta huelga por la no privatización del Frigorífico Municipal de Buenos Aires exemplifica bien a las claras que la salida a una huelga general por tiempo indeterminado, golpea directamente al corazón burgués del Estado; plantea la toma del poder. Por la seriedad y profundidad que adquiere un movimiento de esta naturaleza, es imprescindible la presencia de una vanguardia consciente de la responsabilidad que el acontecimiento entraña, y que esté decidida a la conducción y ejecución de la lucha hasta sus últimas consecuencias. Pero los sucesos de enero del 59 carecieron de estos elementos. La clase obrera se debatió heroicamente, con espontaneidad; pero sin dirección". (Alberto Belloni: "Peronismo y Socialismo Nacional", pág. 30, ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1962).

La lucha gremial se confunde con la lucha política, como lo demuestran las huelgas generales, y es necesaria e imprescindible la dirección revolucionaria y el programa revolucionario. La clase obrera argentina ha demostrado que asimila rápidamente las experiencias, tal es el caso de las ocupaciones de fábricas (Kaiser, Winco, Platek, etc.), que si no se han generalizado y tomado carácter de lucha nacional es porque la dirección ha frenado las luchas y las ha aislado. La principal traba para la formación de la dirección revolucionaria es, naturalmente la actual dirección cegetista, que es quien se opone a los nuevos métodos de lucha, por lo tanto, se impone como condición "sine qua non", la lucha, en el plano gremial, contra la burocratización —es decir la democratización de la vida sindical, terminar con los congresos "cocinados" y las direcciones digitadas— y por la independencia de los sindicatos del estado, y de los "factores de poder", y el planteamiento en el plano político, de la denuncia del sistema capitalista y el sometimiento del país al imperialismo, creando la conciencia en el seno del movimiento obrero de que la única salida es un gobierno obrero y campesino que transforme profundamente la economía y las relaciones de propiedad en el país.

(En nuestro próximo número nos ocuparemos del papel de la izquierda).

"AYUDA PARA EL SUBDESARROLLO"

del libro ("Espirito en Cuba")

El más puro de los cuentos de hadas no lo inventaron los hermanos Grimm sino el imperialismo norteamericano. Se titula *Ayuda contra el subdesarrollo*.

Los elementos constituyentes venían ya esbozándose desde los comienzos del siglo, pero quién formuló realmente el argumento fue Truman, en 1949, cuando declaró con transparente y enternecedora sinceridad: "El antiguo imperialismo —la explotación para los fines de las ganancias privadas— no tiene lugar en nuestros planes".

Sólo que tan evangélica verdad no estorbó ni con un grano de arena el que los inversores de dólares en tierras extrañas, guiados y protegidos por el Departamento de Estado, cosecharan ganancias siderales.

El secreto del fervoroso empeño de los capitalistas yanquis de favorecer con sus inversiones a los países en subdesarrollo es que allí la siembra del dólar produce tres o cuatro veces más cosecha que en los E. Unidos. Las causas más visibles de este fenómeno es que en dichos países la mano de obra se paga a precio ínfimo y con moneda desvalorizada y que no hay prácticamente retaceos a las altas ganancias, y que al no haber industria local competitiva, los precios de los productos norteamericanos ascienden aerostáticamente sin temor a la competencia (fuera de eso —y guárdenos el secreto— el soborno cuesta menos y rinde más en estos climas propicios).

En el año 1948 las ganancias de los capitales privados norteamericanos invertidos en el exterior llegaron a 1827 millones de dólares (Survey of Current Business, junio 1950).

Mientras las tasas de ganancia de la *Standard Oil* y la *General Motors* son del 11 y del 25 % en su patria, en el extranjero suelen ser del 33 y del 80 % respectivamente.

La mecánica del trueque imperialista es ésta: Norteamérica vende lo suyo en cantidades magnas y a precios de rey: compra poco y a precios de mendigo. Esa es la *causa causorum* de que sin poderlo evitar los países latinoamericanos vean crecer paralelamente su deuda y su servidumbre. En 1948, una tonelada de acero que se vendía a menos de 100 dólares en Norteamérica, se exportaba a 300 (New York Times, 14-VI-1948).

"Los círculos comerciales de N. York —dice Perlo— conocen numerosas anécdotas de capitalistas latinoamericanos que compraban maquinarias de segunda mano a un precio tres veces superior al precio oficial de las máquinas nuevas".

Como se ve, bajo la estatua de la *Libertad alumbrando al mundo* el espíritu de la vieja Cartago logra sus mejores triunfos. Los monopolios deben a los países subdesarrollados esa gratitud que los paragüeros guardan a los aguaceros. Su predica de ayuda contra el subdesarrollo —que los favorece como el naufrago favorece a los tiburones— no pasa de una broma de mal gusto.

En sus orígenes los monopolios se constituyeron para imponer al consumidor norteamericano precios a la altura de las nubes sobre ese nivel los precios para los países subdesarrollados se elevaron a alturas cenitales.

Daremos sólo un nuevo ejemplo eligiendo el más dulce y gustoso, como que se trata de bananas. Se sabe que la *United Fruit Co.* es la Pomona del Caribe, es decir, la dueña de todas las frutas tropicales. Bien, en 1948, el costo de sus bananas fue de 1,7 céntimos por libra, mientras el precio de venta al menudeo en los E. Unidos fue de 15,9 la libra ¡9 veces mayor! (Si esa consideración gasta la *Fruit* con sus rubios compatriotas se adivina ya la que concede a los oscuros mestizos centroamericanos).

Puede sospecharse honradamente, pues que existe una relación orgánica entre el subdesarrollo de un país y las

superdesarrolladas ganancias del capital imperialista. No es —claro está— que los imperialistas fomenten adrede el atraso del país que invaden, no. Se trata sólo de que cualquier cosa que hagan por remediarlo entra inevitablemente en conflicto con sus superganancias, y a nadie puede exigirselo que conspire contra sus propios intereses, que es como pedirle a un pájaro que vuela por encima de sí mismo.

Está bien, se dirá, pero el que viene a despojarnos de nuestra lana no sostenga que viene a librarnos del frío. Si, replicamos, pero obsérvese que se trata de uno de los tantos recursos tácticos permitidos en la guerra y en el juego... ¿O se quiere que el comercio guarde más moralidad que el juego o la guerra? ¿Acaso Hermes no era entre los griegos dios de los mercaderes y los ladrones a la vez? ¿Acaso los demagogos no ilegan al poder clamando contra el hambre y la opresión del pueblo, al que después oprimen y explotan mejor que sus predecesores? ¿Acaso el clero cristiano no vivió y vive predicando el desprecio de este mundo en favor de la patria celestial mientras en la Edad Media se quedó con la mejor tajada de la patria terrenal —un tercio de las tierras de la cristiandad— como hoy se queda con otra de las mejores tajadas del mundo moderno ya que el capital del Vaticano está entre los más venerables de Yanquilandia? (Latini *Las finanzas de la Iglesia*).

¿Cómo puede esperarse que los pueblos se dejen despojar pacíficamente de lo suyo y se resignen a la desnudez, el ayuno y el trabajo forzado sin una preparación adecuada?

Otro sí decimos: y es que sin la complicidad de las clases poseyentes y dirigentes de cada país con el inversor extranjero, éste muy difícilmente contaría victoria. Y tanto da que se trate de una colonia como de un presunto país independiente como todos los de Latinoamérica: el fenómeno es el mismo.

El trato diferido por la Unión a las Filipinas es uno de los espejos de la conducta imperialista, es decir, uno de los ejemplos más convincentes del auténtico sentido democrático que define la política de Washington; cuando el pueblo filipino dió muestras suficientes de capacidad cultural y política para el autogobierno se le concedió la independencia sin más trámites.

Eso se propaló y eso pareció a muchos. Lástima que la verdad fuera un poco menos hermosa.

Cuando a fines del siglo pasado el gobierno de Washington le buscó pleito al de España a fin de quedarse con sus colonias, fue *justo en el momento en que los pueblos de Cuba y las Filipinas estaban a punto de obtener la independencia por sus propios puños*, como 80 años atrás el resto de las colonias españolas.

Naturalmente Norteamérica ganó la guerra, y más naturalmente Cuba, Puerto Rico y las Filipinas quedaron bajo su ala protectora. A mediados de 1899, cuando las tropas yanquis se apoderaron de Manila, los filipinos acababan de expulsar a los españoles de todo el resto del territorio. El Gobierno de Washington prometió lo único que cuadraba: reconocer la independencia de las islas, pero su conducta fue la más meridianamente infame: sostuvo al gobernador español de Manila y las tropas hispanas y yanquis lucharon codo con codo contra el pueblo filipino hasta sumergirlo. Entonces las estrellas y las listas flamearon libremente sobre el archipiélago y bajo su democrática protección los terratenientes españoles conservaron sus feudos.

La simpatía de los filipinos por sus libertadores fue tan escasa que la resistencia duró hasta 1913. El método para someter a los nativos fue un poquito peor que el aplicado a los pieles rojas. Se calcula que un sexto de la población de Luzón fue inhumada antes de tiempo. Cuando aun solicitadas galantemente se negaban a co-

laborar, varias aldeas y villas fueron arrasadas. El heroico general Mac Arthur (papá de Dougías), gobernador militar, inventó un tratamiento de inquisitorial eficiencia, llamado "cura por el agua". En el siglo XVII los filipinos, en buena parte, sabían leer y escribir, pero España suplantó el silabario por el catecismo y Norteamérica continuó la sacra y real tradición.

El régimen latifundista de España fue completado por una intensiva y exhaustiva explotación agrícola y minera, gracias a la magnanimitad de una sucursal de la banca Morgan. La predica judicial y policial logró convencer a los filipinos de las ventajas de pagar los gastos de pacificación y administración del nuevo gobierno, y que todas las molestias del comercio y la industria de las islas debían correr a cargo de los yanquis. Los filipinos no debían mortificarse con cien actividades distintas a la vez, pues bastaba que en sus ratos de labor —doce horas diarias— se consagrassen a producir sólo azúcar, copra, cáñamo y oro. En cambio de tan poco el paternal gobierno de la gran República los proveería de todo, hasta de atroz, que es el único alimento aconsejable a los filipinos coloniales... (W. Cameron Forbes: *The Philipine Islands*).

Parece que con excepción de un minúsculo número de apóstatas (es decir, de nativos ricos entregados al invasor como ocurre siempre) el pueblo filipino no ganó nada, según opinión de los mismos yanquis. "Resulta dudoso que durante el período del gobierno de los E. Unidos de 1900 a 1941, el nivel de vida de los arrendatarios y trabajadores agrícolas o sea la abrumadora mayoría de la población, registrase una notable mejora en cuanto a su miserable situación bajo el régimen español del siglo XIX" (Daniel Thorne: *Projects for Economic Development in Southern Asia*).

No se extrañe, con estos antecedentes, que los filipinos viésen en la nueva patria una nueva madrastra. Salían de las brasas católicas para caer en las llamas puritanas. Desde 1930, y cada vez más, lucharon por librarse de sus libertadores.

Al fin, en 1941, la campeona número uno del mundo libre, concedió la independencia política a las Filipinas; sólo que esta magnanimitad libertadora amenaza hundir al archipiélago, pese a sus privilegios de edén tropical acunado por las olas.

Lo que parece un enigma es una de esas charadas que descifran los niños. En efecto el acta de independencia colgaba un collar de pedruscos del cuello de los filipinos: 1º) cesación de exención de impuestos a los productos isleños en el mercado yanqui; 2º) mantenimiento de las 23 bases militares norteamericanas; 3º) conservación de todos los derechos de propiedad privada de los ciudadanos norteamericanos 4º) pago de todas las deudas con los banqueros del dólar; 5º) adopción de una carta constitucional diáfanaamente democrática es decir, merecedora del visto bueno de los banqueros yanquis filipinos, del general Mac Arthur junior, coleccionista de tierras filipinas, del juez Hauserman, coleccionista de minas, y del clero católico, hieratizado en sus privilegios desde los días de Felipe II.

Si el imperialismo pudiera ayudar a los pueblos subdesarrollados a levantarse a la condición plena de hombres, hubiera iniciado ese filantrópico ensayo en sus propias colonias. Ya vimos lo ocurrido en las Filipinas ¿Es que ha resultado más edificante en sus otras colonias? No parece, a juzgar por su propia confesión, es decir, por el informe presentado a la UN sobre los llamados comedidamente *territorios sin gobierno autónomo*. De Hawái: "Durante el censo agrícola de 1940 existían 114 granjas de 400 hectáreas, o más, que abarcaban el 96 % de las tierras agrarias..." Es decir, el latifundismo en todo su voraz desborde; sólo que la pudibundez oficial yanqui ha omitido consignar que ese 96 % del agro hawaiano pertenecía a cinco grandes familias yanquis y angloyanquis. Otro detalle aún más edificante: "En 1778 la población de Hawái era de 300.000 habitantes; en 1940 los hawaianos quedaban reducidos a 100.000".

En Alaska la discriminación racial no existe en la ley sino solamente en la práctica.

En Puerto Rico, colonia hoy elevada al rango de parte integrante de la Unión, el jornal obrero sólo alcanza a un cuarto o un quinto del jornal estadounidense. pese

a que la eficiencia productiva de los trabajadores de ambos países es equivalente, según un fabricante norteamericano (Fortune, mayo de 1950). "En Puerto Rico una cantidad inquietante de personas víctimas de la infalimentación, acude a los dispensarios" (*Informe de las Naciones Unidas*).

La conducta oficial norteamericana en las Filipinas —con sus tierras edénicas que podrían albergar ochenta millones de habitantes, y sus yacimientos de carbón y hierro que hubieran creado ya una gran industria clásica— da una clave certera para interpretar la actual cruzada filantrópica en pro de los países atrasados y su alianza con ellos para llevarlos a remolque hacia el progreso.

Es una novedad vieja como el andar a pie el que la meta de toda actividad industrial o comercial son las ganancias, cuyo monto sólo lo frena la competencia; la meta de los monopolios —que se han tragado y digerido a todos sus competidores— son las superganancias (huelga insistir sobre la perfecta identificación entre los monopolios y el Departamento de Estado).

Un nuevo ejemplo tomado al azar. En 1948 el precio pagado a los productores mejicanos de tomates por los importadores yanquis fue inferior en un 75 % a su valor en Estados Unidos. El Fondo Monetario Internacional descubrió una evaluación en menos, para las exportaciones mejicanas de ese año, de 48 millones de dólares, que naturalmente atribuyó a un error estadístico.

No es ningún secreto que casi todas las minas de Latinoamérica son de propiedad extranjera: antes, principalmente inglesa; hoy, casi exclusivamente norteamericana.

El cambio de amo es apenas perceptible para los pueblos criollos. Ello significa que el imperialismo es fundamentalmente idéntico cualquiera sea el traje nacional que use.

La explotación minera del capital inglés en Chile debió ser tan rendidora que Darwin en su *Viaje de un Naturalista* habla de peones chilenos (alimentados con un puñado de porotos y pagados con un puñado de centavos) que bajaban y subían desde los socavones mineros varias veces al día con una carga de ochenta kilos de mineral a la espalda.

En 1946 el gobierno declaró que del valor de las exportaciones de nitrato y cobre el 40 % volaba al extranjero en forma de ganancias mientras el resto quedaba en Chile en pago de mano de obra, de impuestos y de costos directos de producción. (Corporación de Fomento de la Producción Valparaíso 1946). Es decir, no quedaba nada, porque el capital imperialista tiene como virtud cardinal la de reducir al mínimo los jornales y los impuestos en los países explotados, cuya vida es así un largo calvario yacente como la del ricachón enfermo en manos de médicos hábiles.

¿Tanto como los terratenientes criollos o extranjeros, la *Anaconda*, la *Kennecott Copper*, la *Anglo Chilena Nitrate* son los editores privados de la pública miseria del pueblo chileno. (Si esto parece mucho, recuérdese como consuelo que las rentas de los petroleros yanquis de la Arabia Saudita superan en un 50 % las rentas de los seis millones de creyentes que siguen confiando en la justicia de Alah...)

Sea lo que fuere, Latinoamérica no es sólo el más viejo coto de caza de los monarcas del dólar sino su más casera y segura reserva. Reconozcamos sinceramente que nosotros, pardos o cobrizos, no tenemos méritos para exigir mejor trato que los amarillos del Asia o los negros del África. Reconozcamosle esta austera virtud: el imperialismo se muestra honradamente ecuánime con todos, prescindiendo de continentes, climas, razas, lenguas, religiones y culturas.

El ideal sacro es la superganancia. Del botín de más de 7.000 millones de dólares que le extrae anualmente al mundo extranjero, Latinoamérica contribuye con un tercio o más. Esto significa —cálculos de la UN en 1949— que el capital yanqui se queda gratuitamente con un quinto del total de mercancías de la América mestiza.

Una de las leyes del capitalismo actual es que su sed como la del borracho, crece a medida que se approxima la hora de su caída. "La América Latina pagó en

1948 un tributo igual a tres veces el tributo anual promedio pagado durante los años 1929-1939 (R. F. Behrent: *Inter-American Economic Relations*).

Otra ley general es que cuando más atrasado es un país mayor es proporcionalmente su contribución al botín imperialista.

Que la explotación del imperialismo es peor que la del esclavismo romano. No es una simple frase, y la razón es obvia: el amo romano cuidaba al esclavo como a cualquier otro animal de trabajo; el amo imperialista no tiene ningún interés en hacerlo. Eso es todo.

El jornal de un obrero árabe del petróleo no llega a la decima parte del jornal de un obrero yanqui de la misma rama. Se dirá que adiestrado en la gimnasia del ayuno el mahometano dispone sólo de un quinto del apetito yanqui. ¿O que su trabajo rinde diez veces menos? No, sino justamente, rinde más (*Journal of Commerce* IV-1950).

Cuando hasta los diplomáticos burgueses —esos palaciegos que viven cambiando entre ellos collares de lujo— se atreven a hablar claro, es porque la cosa se ha subido a la cornisa.

"Cuando advertimos que la mayoría de los países subdesarrollados de la América Latina y del Asia tienen un ingreso anual per cápita de menos de cien dólares en cotejo con los ingresos per cápita que llegan a 500 dólares en la Europa Occidental y a 1.200 dólares en los Estados Unidos, se torna evidente el tremendo desafío que la civilización debe encarar". (J. C. Muñiz *Suplemento de los principales cambios económicos de 1948 de la UN*).

El diplomático brasileño olvida púdicamente que escándalo resulta menos sorpresivo si se aclara que las masas coloniales deben producir no sólo para el león imperialista sino también para la no menos voraz tramolla de los chacales patrios; terratenientes, capitalistas, generales, curas y burócratas.

Naturalmente a la explotación se añade la calumnia como la sarna suele añadirse a las puigas. El mito de la ineficiencia de los obreros nativos es prolíferamente cultivado por las agencias publicitarias del capitalismo. Un ejemplo, entre mil, de como la realidad desmiente a cada rato a la propaganda. Uno de los *truts* de Morgan, apoderado de las minas de cobre de Tsumb, en el suroeste africano, multiplicó veinte veces sus inversiones en un trienio. Tan gloriosos resultados tienen una explicación de dos puntas: la eficiencia laboriosa de los obreros subdesarrollados y sus jornales de ayunantes.

Pero nuestra América no se queda atrás ni mucho menos. Se sabe que la oligarquía venezolana —militar, civil y clerical— es una de las más fastuosas del mundo, y que las rentas imperialistas de Venezuela son tan magnas como la miseria esclavista de las masas en la patria del Libertador: estos tres detalles están tan amorosamente vinculados entre sí como las tres personas de la Santísima Trinidad.

Nelson Rockfeller, el más insigne de los antrófagos petroleros ha sacado y saca de Venezuela más rentas que de todo el resto de sus posesiones mundiales. Un día le pareció que eso no le era bastante y agregó el monopolio de la industria alimenticia, pero a poco andar debió reconocer su fracaso; Había olvidado que las masas venezolanas, casi inmunitizadas contra el hambre por su infranqueable adquisitivo, contestarían sin querer con la ofensiva del ayuno...!

En vísperas de la primera gran guerra, Ford, en un acceso infeccioso de filantropía llegó a fijar en cinco dólares el jornal mínimo de sus obreros "Al iniciar mi presidencia —cuenta el ex-gobernante guatemalteco Juan J. Arévalo— en 1945, visitando la Alta Verapaz, zona cafetera, comprobé que los peones de campo ganaban cuatro centavos de dólar por día... (*Komunismo y Antikomunismo*) El dato muestra claramente la distancia que media entre un proletario colonial que aguanta sobre sus espaldas todo el peso de la *Internacional de los Explotadores* y el obrero yanqui que aún sigue engordando con las sobras de lo que sus amos pillan en todos los rincones del planeta.

El mismo Arévalo (que quizás se arrepiente hoy de no haberse mordido la lengua) es quien refiere que un día, en Santo Domingo, algún sector de la clase trabajadora,

perversamente aconsejado por el hambre se movió descomodidamente con pretensiones de mayores salarios. Al día siguiente los dirigentes del movimiento aparecieron suspendidos de las ramas de los árboles, a la vera del camino, cada cual con un INRI que le rubricaba los pies: "A mí me aumentaron el salario" ¿Quién aconsejó esta espiritualísima humorada al buen Trujillo? ¿Tuvo algo que ver su abogado asesor, el Dr. Roosevelt, hijo mayor del presidente de los E. Unidos?

De todo lo que antecede resulta que las tasas de explotación del mil por ciento, y aún más, no son cosa extraña en los países subdesarrollados. Pero... *l'appetit vient en mangeant*, aún para los monopolios. Queremos significar que ellos están gloriosamente empeñados en llevar a alturas el nivel de sus reñas, o sea, en bajar sin querer el nivel de vida de los pueblos, y en especial, de las masas trabajadoras. Que esto significa un curso acelerado de regresión?

La misma UN, conocido órgano del imperialismo mundial y sus lacayos reconoce que después de la última guerra los salarios de los países subdesarrollados han bajado en una proporción que llega hasta el 25% en países del Asia. Los pueblos van a enflaquecer, pues, más que los caballos de la Apocalipsis. Latinoamérica, en su condición de traspaso de la mansión de los monopolios, se halla más favorecida que nadie, en éste como en otros renglones: aquí los periódicos de posguerra acusan una caída hasta del 50% respecto a la década anterior —según lo declara Serafino Romualdi, agente latinoamericano de la muy imperialista *American Federation of Labor*; la ayuda monopolista a los gobiernos de los países subdesarrollados es, pues, la ayuda al superdesarrollo del hambre de las masas.

Nunca se insistirá bastante sobre un detalle que justamente por su bulto orográfico los interesados se empeñan en ocultar entre nubes y celajes: el imperialismo nunca o muy difícilmente lograría sujetar a los pueblos a su coyunda si las clases parásitas de cada país no hicieran de Judas de sus propios pueblos, ya que los treinta dineros aún conservan su eficiencia.

"Se puede decir que las clases más reaccionarias (grandes jefes de Tribus, señores feudales) han sido protegidos casi siempre por el imperialismo en tanto que las clases progresistas (burguesía, proletariado) han sido trabadas en su desarrollo y en sus luchas, revueltas campesinas antifeudales o huelgas obreras" (Jacques Arnaud: *Historia del colonialismo*)

La cofradía indígena-imperialista, aunque desparejamente favorable para el socio mayor, se constituye sobre la base de servicios y beneficios mutuos: el socio foráneo adelanta cierta cantidad de dólares bajo palabra del socio indígena de que se le devolverá multiplicada por cinco o diez o veinte, se trate de préstamo o inversión; el socio menor recibe, con la gratificación del caso, un amplio apoyo internacional, y ambos, espalda contra espalda se sostienen a pie firme contra las veleidades insinuadas de las masas maniatadas.

La prosperidad de la asociación cría y fomenta el amor mutuo. No es extraño que se otorguen de ambos lados las más emocionantes muestras de galantería. Los presidentes hispanoamericanos son recibidos en Washington como si fuesen gobernantes de verdad. Estos por su parte saben apreciar y corresponder tanta galantería. El señor Assis de Chateaubriand, embajador en Londres y millonario en el Brasil y en todas partes, obsequió a la reina Isabel II, en nombre del presidente Kubitschek un collar de aguas marinas. Trujillo, con sus manos de generalísimo del robo y el genocidio, colocó un collar de perlas recién pescadas del Caribe en el cuello de mistress Cordell Hull, secretaria de Estado. El presidente Frondizi, conmovido ante la apostólica disposición del Papa, le obsequió en nombre de los pobres y resignados de su patria, un ramillete de diamantes.

Todo lo anterior viene al pelo para insistir en que hay una relación de cara y cruz entre el botín magno de los inversores extranjeros y el botín menor de los socios indígenas, de un lado, y del otro, el hambre cada vez más desarrollada de las masas subdesarrolladas.

No dudemos que el actual ataque de filantropía de los

(Sigue en la pág. 48)

EL IMPERIALISMO IMPIDE LA INDUSTRIALIZACION DE LOS PAISES ATRASADOS

1) PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Advirtiendo que es preciso no olvidar la significación condicional y relativa de todas las definiciones en general, las cuales no pueden nunca abarcar en todos sus aspectos las relaciones del fenómeno en su desarrollo completo" (El Imperialismo, p. 117-118. Editorial Lautaro, 1946), Lenin resumía en cinco puntos su teoría del imperialismo:

1) la concentración de la producción y del capital llega hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado el monopolio, el cual desempeña un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación sobre la base de este "capital financiero" de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particular; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas,

las cuales se reparten el mundo; 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en la cual ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido una importancia de primer orden la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los tratos internacionales y ha terminado el reparto del mismo entre los países capitalistas más importantes".

La relación funcional entre esos cinco puntos caracteriza al imperialismo como etapa del capitalismo, cualitativamente diferente de las anteriores.

(*) Por relación funcional entendemos que la vinculación entre las cinco tendencias en la definición leninista es tal que la existencia de cada una de ellas resulta inseparable de las restantes, y varía con la variación de cualquiera de los otros componentes del "sistema".

AS deformaciones de la teoría leninista del imperialismo, conluyen inevitablemente en dos afirmaciones básicas respecto a la industrialización de los países atrasados. Primero, la misma sería factible sobre bases capitalistas, es decir, respetando la propiedad privada de los medios de producción. Segundo, esa industrialización sería en todos los casos contraria a todos los intereses imperialistas y, por ello, la impulsarían clases sociales antagónicas al imperialismo, fuerzas centrífugas que tenderían (y lograrían en mayor o menor grado) desintegrar la estructura de la explotación imperialista en el mundo. Tales clases serían las burguesías industriales de los países atrasados.

En primer término la teoría leninista, y las deformaciones de esa teoría, no hablan de lo mismo cuando se refieren a la industrialización. Aplicada a los países atrasados esta palabra puede significar dos cosas, no sólo distintas, sino contradictorias, antagónicas. Puede significar el surgimiento en los países atrasados de una industria manufacturera que no modifica estructuralmente el atraso del país, sino que lo mantiene y perpetúa. Es la industrialización que combina los altos hornos con los más anacrónicos sistemas agrarios. Es la industrialización y desde ya la denominamos, por razones que consideraremos en seguida, pseudo-industrialización, que observamos desde hace una treintena de años en la India, Brasil, Argentina, México, etc. A este fenómeno se refiere las deformaciones de la teoría leninista

cuando hablan de industrialización de los países atrasados y del carácter antiimperialista de la misma.

Pero el concepto de industrialización puede significar también otra cosa. Puede referirse al fenómeno del desarrollo económico integral, producido por la subversión de viejas estructuras económicas, y el reemplazo de la pequeña producción por la gran industria, asentada en una sólida economía nacional, sin supervivencias de atraso. Es decir, al proceso que el capitalismo realizó en Inglaterra, el caso clásico; en Alemania, Estados Unidos, Francia, el mismo proceso que bajos formas de propiedad socialista (1) se está realizando en la URSS, China, Yugoslavia y las "democracias populares". A este género de industrialización —único que merece su nombre— es al que se refiere la teoría leninista, señalando que hoy día es imposible sobre la base de una organización capitalista de la economía. Seme-

jante industrialización de los países atrasados atenta directa e inmediatamente contra todo el imperialismo en su conjunto.

En cuanto a la pseudo-industrialización capitalista de los países atrasados no perjudica a los intereses de conjunto del imperialismo, aunque provoque fricciones con alguna de sus partes. Por lo demás, esa pseudo-industrialización capitalista en ningún caso escapa al control del capital financiero imperialista.

2) LA INDUSTRIA EN LOS PAISES ATRASADOS

EL colosal desarrollo de las fuerzas productivas registrado en los últimos 200 años, de la capacidad de la humanidad para establecer un intercambio cada vez más favorable con la naturaleza y darse niveles de vida enormemente superiores a los de todas las épocas precedentes, se produjo como un proceso de industrialización. ¿Qué significa este proceso?

a. — INDUSTRIALIZACION

EN el tomo I de *El Capital* MARX señala que el capital aplicado a la producción (el capital industrial) consiste en términos físicos, reales, en fuerza de trabajo e instrumentos a los cuales ella se aplica. La relación entre estos dos elementos se denomina Composición Técnica del capital,

(1) Formas de propiedad socialista son sinónimo de socialismo, aunque resultan la condición previa y la palanca indispensable para el surgimiento de este último.

¡Se agota!
CHINA
RESPONDE
(Respuesta a Togliatti)
EDICIONES DE LA
LIBERACION

(1) deciéndose de ella que aumenta, o que se eleva, cuanto mayor es la proporción en que se hallan los instrumentos de trabajo respecto al trabajo vivo. En su sentido más estricto, el proceso de industrialización consiste en el aumento de la composición técnica del capital total de una sociedad (2). La consecuencia y causa de este proceso es el incremento de la productividad del trabajo en la sociedad dada (3).

Este proceso de incremento de la composición técnica del capital social, y de la productividad, sólo resulta posible en amplitud, sólo se extiende a todas las ramas de la economía nacional y se traduce en desarrollo armónico y progresivo de la misma, si se vincula a otro proceso del que depende estre-

(1) "La composición del capital puede interpretarse en dos sentidos. Atendiendo al valor, la composición del capital depende de la proporción en que se divide en capital constante o valor de los medios de producción, y capital variable o valor de la fuerza de trabajo, suma global de los salarios. Atendiendo a la materia, a cómo funciona en el proceso de la producción, los capitales se dividen siempre en medios de producción y fuerza viva de trabajo; esta composición se determina por la proporción existente entre la masa de los medios de producción aplicados, de una parte, y de otra la cantidad de trabajo necesaria para su aplicación. Llamaremos a la primera composición de valor, a la segunda composición técnica del capital" - C. MARX, *El Capital*, T. I, pág. 691.

(2) PEI KAN CHANG, *Agricultura e Industrialización* (Fondo de Cultura Económica, México 1952), pág. 212.

(3) "Prescindiendo de las condiciones naturales, tales como la fertilidad del suelo, etc., y de la destreza de los productores independientes —destreza que sin embargo suele traducirse más bien en la cantidad del producto— el grado social de productividad del trabajo se refleja en el volumen relativo de medios de producción que el obrero convierte en producto durante cierto tiempo y con la misma tensión de la fuerza de trabajo. La masa de medios de producción con que un obrero opera crece al crecer la productividad de su trabajo. Los medios de producción desempeñan aquí un doble papel. El incremento de unos es efecto, el de otros condición determinante de la creciente productividad del trabajo. Así, por ejemplo, con la división manufacturera del trabajo y la aplicación de maquinaria, se elabora más materia prima durante el mismo tiempo, es decir, el proceso de trabajo absorbe una masa mayor de primeras materias y materias auxiliares. Esto es efecto de la creciente productividad del trabajo. De otra parte, la masa de maquinaria puesta en movimiento, de abonos minerales, de tubos de desecación, etc. es condición de aquella productividad creciente. Y lo mismo la masa de medios de producción concentrados en los edificios, altos hornos, medios de transporte, etc. Pero, sea condición o efecto, el volumen creciente de los medios de producción comparado con la fuerza de trabajo que absorben expresa siempre la productividad creciente del trabajo. Por consiguiente, el aumento de ésta se revela en la disminución de la masa de trabajo, puesta en relación con la masa de medios de producción movidos por ella, o sea, la disminución de magnitud del factor subjetivo del proceso de trabajo, comparado con su factor objetivo" - Obra cit., pág. 701-03.

chamente: el desarrollo de las industrias básicas, estratégicas de las industrias productoras de medios de producción, que son las que suministran los elementos necesarios para aumentar la composición técnica del capital. No importa en qué sector de la industria se inicie el proceso de desarrollo (históricamente casi siempre el punto de partida ha sido la industria productora de artículos de consumo inmediato, en particular los textiles).

Si el mismo ha de continuar y transformarse en industrialización, forzosamente debe vincularse al crecimiento de las industrias estratégicas, que han de superar y dejar cada vez más rezagadas, relativamente, a las industrias que producen para el consumo inmediato.

Precisamente esta es una de las características y condiciones de la industrialización. Las industrias productoras de medios de producción se desarrollan más que las de medios de consumo, y la importancia de éstas disminuye relativamente, aunque crece en términos absolutos. La industrialización es característicamente un proceso de "producción para la producción".

Por otra parte, el proceso de aumento de la composición técnica del capital no se limita en modo alguno a la industria, sino que se propaga a la agricultura y la minería. Ese desarrollo de la industria requiere continuos crecimientos en la producción de alimentos y materias primas minerales y vegetales, y un creciente número de brazos que debe suministrar el campo. Sólo la progresiva aplicación de más medios de producción por trabajador ocupado en la agricultura y la minería permite llenar esas necesidades.

Estos procesos fundamentales de vincular a otros, que los acompañan en grado variable, pero que nunca dejan de manifestarse. Así, en el país que se industrializa, la importancia relativa de la industria manufacturera en el conjunto de la producción nacional aumenta hasta adquirir una importancia preponderante, el mercado interno crece considerablemente y, en fin, la movilidad de recursos en el seno de la economía nacional alcanza su máximo desarrollo.

Resulta claro que la industrialización significa, en sentido estrictamente económico, mucho más que el simple crecimiento de una industria manufacturera, proceso que constituye sólo una parte de la industrialización. Es esta una primera conclusión, elemental pero importante, y que conviene tener presente. Un criterio económico serio limita el concepto de industrialización al conjunto de procesos que hemos indicado, centrados alrededor del incremento de la composición técnica del capital social, y se niega a aplicarlo a situaciones en que faltan los elementos fundamentales de ese conjunto y sólo existen otros, secundarios o parciales, co-

mo por ejemplo el desarrollo de algunas ramas de la industria manufacturera.

Pero no basta con esto para comprender en profundidad qué es la industrialización. No es posible comprender la esencia del proceso de industrialización ateniéndose exclusivamente a un enfoque económico de su contenido. Hasta aquí hemos procedido así por razones de claridad, pero evidentemente nuestro análisis del proceso de industrialización, aunque imprescindible en los términos en que lo hemos formulado, peca de abstracción. Industrialización significa, sí, desarrollo de la composición técnica del capital social, incremento y preponderancia de la producción, de medios de producción, etc. Pero implica y supone mucho más: **Implica modificaciones institucionales de la estructura de la sociedad, trastornos de clase y modificaciones de las formas de propiedad, fenómenos que revisten distintas manifestaciones políticas según los países y épocas históricas, pero que en todos los casos acompañan a la industrialización y sientan las bases para la misma.**

A diferencia del proceso normal de acumulación del capital en países industriales, la industrialización transcurre en países de estructura económica atrasada pre-industrial, que ha de ser subvertida para que la industrialización pueda avanzar.

Esta subversión de la vieja estructura de un país puede tomar las más diversas formas, pero todas ellas tienen de común la dislocación de las antiguas relaciones de clase y propiedad, que permite liquidar la vieja formación económica.

El proceso clásico de destrucción de las estructuras pre-capitalistas (incluso las de tipo capitalista, pero distintas del capitalismo industrial, como fue el caso en Estados Unidos con la liquidación de las plantaciones esclavistas del Sur) ha sido caracterizado a grandes trazos por MARX:

"La estructura económica de la sociedad capitalista brotó de la estructura económica de la sociedad feudal. Al disolverse ésta, salieron a la superficie los elementos necesarios para la formación de aquéllas.

"El productor directo, el obrero, no pudo disponer de su persona hasta que no dejó de vivir encadenado a la gleba y de ser esclavo o siervo de otra persona. Además, para poder convertirse en vendedor libre de fuerza de trabajo, que acude con su mercancía a donde quiera que encuentre mercado, hubo que sacudir también el yugo de los gremios... Por eso, en uno de sus aspectos, el movimiento histórico que convierte a los productores en obreros asalariados representa la liberación de la servidumbre y de la coacción gremial... Pero si enfocamos el otro aspecto vemos que estos trabajadores recién emancipados sólo pueden convertirse en vendedores de sí mismos, una vez que

se ven despojados de todos sus medios de producción y de todas las garantías de vida que las viejas instituciones feudales les aseguraban. El recuerdo de esta cruenta cruzada de expropiación queda inscripto en los anales de la historia con trazos indelebles de sangre y fuego.

A su vez los capitalistas industriales, los potentados de hoy, tuvieron que desalojar, para llegar a ese puesto, no sólo a los maestros de los gremios artesanos, sino también a los señores feudales, en cuyas manos se concentraban las fuentes de riqueza. Desde este punto de vista, su ascensión es el fruto de una lucha victoriosa contra el régimen feudal..."

"En la historia de la acumulación originaria hacen época todas las transformaciones que sirven de punto de apoyo a la naciente clase capitalista, y sobre todo los momentos en que grandes masas de hombres son despojadas, repentina y violentamente de sus medios de producción y lanzados al mercado de trabajo como proletarios libres. Sirve de base a todo este proceso la expropiación que priva de su tierra al productor rural, al campesino. Su historia presenta una modalidad diversa en cada país..." (4).

Pero esto es sólo una caracterización a grandes rasgos. El proceso se manifestó con distintas formas en los distintos países, y su expresión política fue diferente en cada uno. Tanto en Inglaterra, como en Alemania, como en Francia, y en menor medida en Estados Unidos, la burguesía industrial y la clase interesada en promover los cambios que permitirían la industrialización porque no puede reinar sino allí donde la industria moderna ha modelado a su manera todas las relaciones de propiedad había logrado en buena medida transformar la organización económica a su imagen y semejanza (5).

(4) Marx-Engels, *Las luchas de Clases en Francia* —Editorial Claridad Buenos Aires 1946, pág. 45).

(5) "Así es que ya en 1789 —dice Jean Jaurés en su monumental historia de la Revolución Francesa— la característica del presupuesto burgués aparece en los últimos presupuestos de la monarquía. El servicio de la Deuda consumió la mitad de los recursos ordinarios del presupuesto. El capital de la Deuda alcanzaba a cuatro mil quinientos millones, o sea, casi el doble del valor asignado a los bienes de la Iglesia en el informe de Chasset a la Constituyente. El interés pagado anualmente representa la décima parte del producto neto total de las tierras de Francia. Fácil es comprender que fuerza social eran los acreedores del Estado: por ellos era la burguesía dueña rentística del Estado moderno, antes de apoderarse de él políticamente.

Además, así como el comercio al por mayor estaba emancipado de las trabas gremiales; así como por combinaciones múltiples especialmente por las sociedades por acciones y en comandita había aflojado sus nudos el comercio, también la industria, antes de la Revolución y antes del edicto de Turgot, había roto o suavizado en muchos puntos el sistema gremial...

Mas su consolidación política aprecio como revolución popular violenta en Francia, en 1879 y 1848, como guerra civil primero en Inglaterra y luego, en el siglo XIX, como lucha por la reforma electoral y arancelaria. En Estados Unidos se manifestó como lucha en torno a la abolición de la esclavitud y culminó en la guerra civil entre el Norte con el Sur. En Alemania, en fin, hubo conciliación y mutuo acomodamiento de burguesía, nobleza y realeza bajo la dirección bonapartista de Bismark.

No podemos detenernos a estudiar cada una de las manifestaciones de estas transformaciones estructurales sociales y políticas que acompañan a la industrialización y son condición irremplazable de la misma. Pero queremos insistir una vez más en que ellas implican transformación de las relaciones de clase, a ascenso de una nueva clase al poder y expropiación de viejas formas de propiedad: sea la pequeña propiedad del campesino o artesano, o la gran propiedad territorial del noble, o la hacienda esclavista del terrateniente del Sur norteamericano.

Estas modificaciones estructurales constituyen el contenido último de la revolución democrático-burguesa que conocieron Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos. El resto del mundo no experimentó ninguna transformación semejante.

En la inmensa mayoría de los países el capitalismo no fue capaz de destruir las viejas estructuras económicas y sentar las bases para

pulares — presenta apreciables diferencias con la industrialización capitalista. Fundamentalmente, se realiza persiguiendo con claridad el objetivo de un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, y no tratando de lograr beneficio de infinitud de empresarios individuales. La planeación centralizada por el Estado, único propietario de los medios de producción, permite, según señaló PREOBRAZHENSKI, que todas las ramas de la economía nacional avancen en cadena, desarrollándose todo el complejo industrial, en contraste con los "métodos de guerrilla, iniciativa privada y competencia" que caracterizan a la industrialización capitalista. Sin embargo, pese a estas diferencias fundamentales, la marcha general de la industrialización socialista y sus resultados siguen los lineamientos de la industrialización capitalista.

También la industrialización socialista implica en última instancia el desarrollo de la composición técnica del capital de la sociedad, el desarrollo acelerado de la producción de medios de producción (6).

En la URSS, el desarrollo de la productividad del trabajo, la elevación del nivel tecnológico de la economía, el acrecentamiento acelerado de la producción de medios de producción, y, en mucho menor grado, de artículos de consumo, se ha realizado en base al siguiente desarrollo de la producción básica de carbón, hierro, acero, petróleo y electricidad:

DESARROLLO DE LA ECONOMIA SOVIETICA (7) . .

Productos	Unidad	1913	1928	1940	1950
Carbón	mil toneladas métricas	29.1	35.8	166.0	260.6
Hierro	idem	4.2	3.4	15.0	19-20
Acero	idem	4.2	4.3	18.3	25-27
Petróleo	idem	9.2	11.5	31.0	37.5
Energía eléctrica	billones de kwh.	1.9	5.1	48.3	90.3

la industrialización. Y en nuestro siglo, la subversión de las viejas estructuras de los países atrasados, las modificaciones de fondo que permiten su industrialización, son realizadas no por, sino contra el capitalismo, no por la burguesía, sino contra ella, por el proletariado y los campesinos. De tal modo, la liquidación de las viejas formas de propiedad y el reemplazo de las viejas clases dominantes conduce a la socialización de los medios de producción.

La industrialización socialista — tal cual la realizan la URSS, China y Yugoslavia y las democracias po-

En aquellas condiciones los privilegios reales no podían dificultar la multiplicación de fábricas ni el crecimiento de la burguesía industrial.

JEAN JAURES - *Historia Socialista de la Revolución Francesa* (Editorial Poseidon, Bs. Aires, 1946), Vol. I, página 56 y 79.

(6) Para Preobrazhenski, el contenido económico fundamental de la industrialización rusa consiste en "realizar tan rápidamente como sea posible la acumulación de recursos suficientes para reconstruir las bases tecnológicas de la industria sobre la base de la electrificación y una localización más racional". Esta cita de PREOBRAZHENSKY, como las que se encuentran más adelante, las hemos obtenido del artículo de Alexander Erlich "Preobrazhensky and the Economic of Soviet Industrialization" ("Quarterly Journal of Economics, febrero 1950, pág. 57-88). A través de las citas y resúmenes de Erlich se percibe el vigor y la profundidad del pensamiento de este brillante economista marxista que militó en la Oposición de Izquierda junto a Trotsky y fue liquidado por Stalin en las purgas de 1936.

(7) Estas cifras han sido de una obra insospechable de propaganda comunista, escrita por un profesor de la universidad de Syracuse. N. Y. Harry Schwartz. *Russia's Soviet Economy* (Prentice-Hall, New York 1951) p. 533

Pero este desarrollo económico, que convirtió a la Rusia atrasada de 1917 en la segunda potencia industrial del mundo en la actualidad y cuyo ritmo fantástico supera todos los coeficientes de crecimiento alcanzado por los más prósperos países capitalistas (8), sólo fue posible por una transformación radical de la vieja estructura económica, mediante la expropiación de las viejas formas de propiedad.

En resumen: transformación de la vieja estructura económica y sus formas de propiedad, desarrollo de la composición técnica del capital social, ampliación creciente de la producción y disminución relativa de la de artículos de consumo, incremento general de la productividad, tales son las características generales básicas del proceso de industrialización, tanto de la industrialización capitalista en los siglos XVIII y XIX como de industrialización socialista en nuestro siglo.

b — SEUDO INDUSTRIALIZACIÓN

EN los últimos treinta años se observa en los países atrasados un proceso de crecimiento industrial que se distingue de la industrialización capitalista o socialista. Crece la industria en estos países, pero, en primer lugar, no modifica la vieja estructura de las relaciones de clase y propiedad. Y, en segundo término, sus características estrictamente económicas son también distintas a las de la industrialización, y su efecto en nada se parece a los efectos progresistas de la industrialización. A ese fenómeno lo denominamos **seudointerindustrialización**.

La **seudointerindustrialización** de los países atrasados presenta características distintas, y en última instancia opuestas, a las propias de la industrialización. Por sobre todo, se realiza sin modificar sustancialmente la estructura económica social del país, y los desplazamientos a que da lugar dejan en pie las antiguas relaciones de propiedad y de clases. La **seudointerindustrialización** no subvierte la vieja estructura sino que se inserta en ella. Esta peculiaridad, que constituye la **esencia de la pseudointerindustrialización**, manifiéstase mediante multitud de fenómenos que se presentan de diversas maneras en distintos países, pero que pueden reducirse a una serie de aspectos típicos que, en un sentido estrictamente económico, caracterizan el proceso de **pseudointerindustrialización**, diferenciándolo, también en términos económicos, de la verdadera industrialización. En efecto, los rasgos típicos de la **pseudointerindustrialización** de los países atrasados, según se nos presenta en América Latina (en Argentina, Brasil, Chile y México), en Asia (India, China —antes de 1949—, Indochina), en Medio Oriente (Egipto), en Europa Oriente

tal (Polonia, Yugoslavia hasta 1949), y en fin, en la Rusia Zarista entre 1880 y 1914, son considerados en abstracto:

a. — No aumenta la composición técnica del capital social. El crecimiento industrial se realiza fundamentalmente en base al aumento de la mano de obra y al agotamiento de las instalaciones disponibles:

b. — No se desarrollan plenamente las industrias básicas, que producen medios de producción, ni las fuentes de energía, ni los transportes.

c. — La productividad del trabajo no aumenta mayormente, los costos son elevados y baja la eficiencia. Abunda hasta predominar la pequeña producción escasamente mecanizada y antieconómica.

d. — El crecimiento de la producción de artículos de consumo sobrepasa continuamente al incremento en la producción de medios de producción.

e. — La agricultura permanece estancada, y no se industrializa.

f. — El mercado interno no se desarrolla en profundidad. Su crecimiento se limita al sector autogenerado por la industria.

g. — Persiste la rigidez de los factores de la producción.

Estos son los principales estigmas que acompañan al proceso de **pseudointerindustrialización** de los países atrasados y dan la pauta de su raquitismo estructural.

Todos estos aspectos económicos de la **pseudointerindustrialización** no son sino manifestaciones de la característica esencial de la misma, a saber, la permanencia de la vieja estructura socioeconómica, de las viejas relaciones de propiedad.

Contrariamente a la industrialización, capitalista, o socialista, la **pseudointerindustrialización** de los países atrasados transcurre sin modificar sustancialmente la estructura económico social preexistente. La **pseudointerindustrialización** puede producir desplazamientos ligeros en las relaciones entre las clases; aquí y allá motiva alguna dislocación menor en las relaciones de propiedad y puede originar cambios en las instituciones políticas, pero, en su conjunto y en todos los aspectos esenciales deja intacta la vieja estructura.

En América Latina, la **pseudointerindustrialización** de tres de las naciones más avanzadas industrialmente: Argentina, Chile, Brasil, transcurre en la más perfecta normalidad. El aspecto más decisivo de la vieja estructura, el sistema de relaciones de propiedad que alimenta la explotación por los terratenientes de la actividad básica de las economías de estos países: la agricultura y la ganadería, es respetado por la **pseudointerindustrialización**. Más aún, entre el terrateniente y la industria se produce una simbiosis, un entrelazamiento por el cual cada avance de la **pseudointerindustrialización** favorece a aquél en lo fundamental, a pesar de fricciones momentáneas.

El desarrollo industrial, ha dejado

intacta la propiedad terrateniente, en Argentina, Chile, Brasil, y ello supone una traba decisiva, para el progreso de sus economías y de la propia industria, ya que al monopolio de la tierra por los terratenientes se vinculan indisolublemente el atraso y la baja productividad de la agricultura, la estrechez del mercado interno y multitud de fenómenos secundarios que han sido minuciosamente estudiados por los mejores investigadores de las economías de estos países.

México es el único país de Latinoamérica en que la **pseudointerindustrialización** fue acompañada por un proceso revolucionario, que afectó las viejas relaciones de propiedad. La revolución mexicana destruyó gran parte de la vieja propiedad agraria, pero fue incapaz de expropiar a los terratenientes y a la burguesía, su aliada y socia económica. El resultado es que, desgastado en incesantes guerrillas el impulso revolucionario del campesino mexicano, la clase terrateniente y el capital urbano pudieron llevar la revolución a un callejón sin salida, obteniendo un *status quo* que paulatinamente ha ido evolucionando en su favor.

También en Asia, la **pseudointerindustrialización** ha dejado intactas las viejas relaciones de propiedad. En China, hasta 1949, y actualmente en India y Egipto, la clase terrateniente conserva todo su poder, y, como en América Latina, establece una estrecha relación con la industria. Las reformas agrarias de estos países han sido minúsculas operaciones de laboratorio, intensamente divulgados, pero completamente insuficientes para modificar la vieja estructura agraria. Y lo mismo vale para Europa Oriental hasta 1949 y, antes de la Revolución de Octubre, para Rusia.

Por otra parte, la **pseudointerindustrialización** no soluciona el problema nacional de los países atrasados. En Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, en Rusia bajo el socialismo, la consolidación de la nacionalidad, su liberación de trabas y controles exteriores y la eliminación de las barreras internas fue uno de los requisitos y efectos de la industrialización. En los países atrasados, lejos de acarrear la liberación nacional la **pseudointerindustrialización** sólo logra aumentar la dependencia con respecto a las metrópolis imperialistas. A lo sumo, la **pseudointerindustrialización** se acompaña —aunque entre ambos fenómenos no hay necesariamente una relación de causa a efecto— de una liberación política, como la obtenida por la India; pero semejante liberación que deja en pie la supeditación económico financiera al exterior es una parodia de liberación nacional.

La persistencia del problema nacional que traba el desarrollo económico se vincula estrechamente a la permanencia de las viejas relaciones de propiedad, ya que las mismas clases nacionales y sus aliados

(8) Ver PEI KANG CHANG op. cit. página 133.

exteriores usufructúan ambas situaciones.

En última instancia, tanto la conservación de las viejas relaciones de propiedad como la permanencia del problema nacional —fenómenos íntimamente vinculados— implica que la pseudoindustrialización de los países atrasados no se acompaña de una revolución democrático burguesa capaz de subvertir la vieja estructura económica y social.

3) EL DESARROLLO COMBINADO

CONOCIENDO las profundas diferencias existentes entre la industrialización y la pseudoindustrialización es posible realizar una primera aproximación al problema que nos ocupa: en el impedimento que el imperialismo significa para la industrialización de los países atrasados, observamos, en primer término, que la explotación imperialista de los países atrasados no es incompatible con la pseudoindustrialización de los mismos. Más aún, el capital imperialista constituye uno de los factores principales de la misma. Por el contrario, la permanencia de un país en la órbita imperialista se ha mostrado absolutamente incompatible con su real industrialización.

En segundo término recordemos que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo, la etapa del capital financiero, forma del capital parasitaria por excelencia. El capitalismo de libre competencia fue la edad de oro del capital industrial, que sólo puede extraer plusvalía "en el proceso de producción y a través de él". Por ello, para apropiarse el trabajo sobrante, el capital industrial debe apoderarse de la producción social, revolucionar la técnica y la organización social del proceso de trabajo y, con ellas, el tipo histórico —económico de sociedad (9). El capitalismo industrial no sólo revolucionó la organización de sus países de origen sino que, mediante la exportación de mercancías a bajo precio, destruyó el aislamiento y las economías primitivas de los países bárbaros, según la expresión del *Manifiesto Comunista*, incorporándolos al mercado mundial.

La evolución del capitalismo hacia el monopolio y el imperialismo colocó en primer plano al capital financiero, que por su naturaleza no necesita invertirse exclusivamente en la producción industrial, sino que obtiene su ganancia en todos los poros y resquicios de la economía. En los países imperialistas el colossal desarrollo de las fuerzas productivas choca con el capital y reduce la cuota media de ganancia. (10)

(9) C. MARX, *El Capital* - Tº II, página 62.

(10) La producción capitalista, a medida que se acentúa el descenso relativo del capital variable con respecto al constante, hace que la composición orgánica del capital en su conjunto sea cada vez más elevada, y la consecuencia directa de eso es que la cuota de plusvalía se exprese en una

El capital reacciona acelerando su concentración y centralización, transformándose en monopolio, buscando la máxima ganancia bajo cualquier forma, en cualquier campo de inversión. Por otra parte debe, sin embargo, continuar la obra del capital industrial, aplicarse a la producción, desarrollar las fuerzas productivas en todo el mundo; pero lo hace buscando la superganancia o la ganancia monopolista, acentuando su rapacidad y su parasitismo, estafando y explotando al universo entero. Bajo el signo del capital financiero, todo el imperialismo es, según la gráfica expresión un gran Panamá. En 1888 quebró la compañía francesa que financiaba la construcción del Canal de Panamá, descubriendose la red de manejos fraudulentos, la compra de diarios y políticos, etc. que había realizado la compañía.

Sin una política monopolista el capital financiero no puede contrarrestar el descenso de la cuota de ganancias. Consecuencia y causa de ello es el esfuerzo del capital financiero por mantener y acrecentar la desigualdad de desarrollo, de las diversas ramas de la economía dentro de la nación y, en escala internacional, entre las distintas economías nacionales. Un trust obtiene su superganancia impidiendo la difusión a toda la economía de los adelantos tecnológicos; la industria pesada logra su superganancia trabando el desarrollo de la industria liviana. La industria en su conjunto esquilma a la agricultura. En escala internacional, las metrópolis imperialistas trapan el desarrollo de las países atrasados, los esquilman y obtienen así una superganancia. La esencia misma del imperialismo implica la utilización de las diferencias de nivel que existen en el desarrollo de las fuerzas productivas de los distintos sectores de la economía mundial, con el fin de asegurarse la totalidad de la plusvalía monopolizada. (11).

Para lograr esto, el imperialismo debe mantener el atraso de los países atrasados, objetivo que logra de mil modos. El capital financiero, que es el producto condensado de cientos de años de evolución capitalista,

cuota general de ganancia decreciente. "La tendencia progresiva de la cuota general de ganancia a bajar solo es, pues, una expresión característica del régimen capitalista de producción, del desarrollo ascendente de la fuerza productiva social del trabajo... Como la masa de trabajo vivo empleada disminuye constantemente en proporción a la masa del trabajo materializada, de medios de producción consumidos productivamente que pone en movimiento, es lógico que la parte de este trabajo vivo que no se retribuye y se materializa en la plusvalía guarde una proporción constantemente decreciente con el volumen de valor del capital total invertido. Y esta proporción entre la masa de plusvalía y el valor del capital total empleado constituye la cuota de ganancia, la cual tiene, por tanto, que disminuir constantemente" C. MARX, *El Capital* - Tº III, Vol 1 página 267.

(11) Cuarto Congreso de la I.C. Tesis sobre la Cuestión del Oriente.

durante la cual el capitalismo destruyó las viejas formaciones económicas y sociales, y creó una estructura económica propia, al investirse en los países atrasados no repite ese ciclo, ni permiten que lo recorran los países en cuestión.

Se coloca en la agricultura, una agricultura explotada por los terratenientes en base al trabajo servil o casi servil, o con arrendatarios que pagan su renta en dinero, o en cualquiera de la infinidad de formas de transición existentes entre estos dos polos y extrae plusvalía del campesino, u obtiene una superganancia, usuaria, y no tiene ningún interés en que la agricultura se industrialice. Más aún, con su acción el capital financiero impide cualquier proceso en ese sentido, explotando al campesino y reprimiendo concientemente —con ayuda de la fuerza extraeconómica de que dispone: tanques, aviones y acorazados— cualquier intento de modificar las relaciones de propiedad.

En algunos sitios, el propio capital financiero alumbría sistemas híbridos de explotación del trabajo humano, sistemas de plantación que combinan rasgos esclavistas, feudales y capitalistas.

En otros, el capital y la técnica imperialista construyen una estructura económica dirigida hacia la Metrópolis, que disloca la economía nacional del país atrasado en todo el curso de su desarrollo, y crea así un "atraso moderno", basado en la distribución de los ferrocarriles o en la producción orientada hacia un solo mercado exterior.

Es decir, el imperialismo perpetúa o crea en los países que explota una estructura económica atrasada de la cual extrae su superganancia. Explotando las viejas relaciones de propiedad el capital financiero se entrelaza con las clases nativas interesadas en perpetuarlas, y es el principal interesado en que se mantengan permanentemente.

En otro terreno, el comercio internacional permite a los países imperialistas descapitalizar a la periferia atrasada. A la acción normal de las leyes del intercambio entre productores de materias primas y alimentos exclusivamente y productores industriales, que deriva en favor de estos últimos una parte del valor creado por aquéllos, se suma en la época imperialista la acción concentrada de trusts, carteles y organismos estatales. Estas organizaciones regulan y controlan el comercio internacional en beneficio de las naciones imperialistas, tiendiendo a disminuir los precios de los alimentos y materias primas, aumentando los de los artículos manufacturados, y en especial de los medios de producción.

Por estos dos grandes caminos, con la inversión de capital financiero y mediante el comercio internacional, el imperialismo frena el desarrollo de los países atrasados, manteniéndolos en su atraso, descapitalizándolos.

Sin embargo, en algunos países atrasados, a medida que aumenta

su comercio exterior crece su población solvente, sea por inmigración o por incorporación al mercado de sectores hasta entonces aislados. Y con la población crece también su mercado interno. Bajo determinadas condiciones, resulta lucrativo abastecer ese mercado desde dentro del país en cuestión, entonces el capital imperialista se invierte como capital industrial, en industrias que producen para el mercado interno del país atrasado. El capital imperialista desarrolló así una industria manufacturera, y estimula al desarrollo económico del país; pero no lo saca de su atraso sino que, simplemente, lo perpetúa con un nuevo aspecto.

Hemos visto, en efecto, que la industrialización de los países atrasados es imposible, sin la extirpación radical de su vieja estructura económico-social, sin la eliminación de las viejas relaciones de propiedad. Y hemos comprobado también que el imperialismo usufructúa ese atraso, esa vieja estructura, esas relaciones de propiedad, y que no tiene ningún interés en extirparlas, sino que se esfuerza por todos los medios en mantenerla. Como resultado, la industrialización que estimulan los capitales imperialistas es una pseudo industrialización —ese proceso cuyas características hemos analizado más arriba— que se caracteriza en lo esencial por no subvertir el atraso del país. La industria moderna que implanta el imperialismo coexiste con un atraso general de la economía que, a su vez, reacciona sobre la industria, imponiéndole un carácter improductivo, ineficiente, atrasado en su conjunto pese a la importancia aislada de tal o cual última palabra de la técnica. En Brasil, por ejemplo, los Altos Hornos de Volta Redonda coexisten con una agricultura que no ha llegado ni siquiera al uso extensivo del arado, y el transporte aéreo se desarrolla porque faltan caminos y los ferrocarriles tienen 50 años de atraso.

Esta coexistencia del atraso con la última palabra de la técnica, de las formas más adelantadas de la empresa capitalista con la improductividad y la ineficacia general de la economía, incluso con el aislamiento de grandes masas de población, etc., etc., todo el abigarrado cuadro de contrastes que caracteriza a los países atrasados, de India a la Argentina, configuran lo que se denomina el **desarrollo combinado**. El desarrollo combinado consiste, precisamente, en esa peculiar evolución de los países atrasados que no subvierte su atraso sino que lo perpetúa, injertando en su seno islotes de adelanto técnico y económico. La pseudoindustrialización de los países atrasados es producto de su desarrollo combinado, y lo expresa manteniendo y acentuando, sobre un nuevo plano, el atraso general de la economía. En el desarrollo combinado reside el límite infranqueable, el no absoluto, que el imperialismo coloca a la industrialización de los países atra-

sados. No se trata principal ni únicamente de que una industria del país imperialista procure impedir el surgimiento de un competidor en un país atrasado, o de que un cartel niegue respuestas para una planta siderúrgica en otro país atrasado. Hay algo más universal, más fundamental, que está en la estructura misma del imperialismo, y no cambia aunque el propio capital financiero internacional levante industrias y plantas siderúrgicas en los países atrasados: es el carácter monopolista, parasitario del capital financiero, del capitalismo en su fase imperialista, que lo obliga a buscar una superganancia y a obtenerla en base a la explotación de los sectores atrasados de la economía mundial, y por tanto, a perpetuar este atraso, impidiendo su subversión, manteniéndolo como constante que acompaña toda la evolución económica de los países sometidos a su explotación.

De tal modo, no impidiendo absolutamente el desarrollo de los países atrasados, sino manteniéndola con su acción económica y extraeconómica en los marcos del desarrollo combinado, es como el imperialismo impide la industrialización de los países atrasados. Una de las manifestaciones de este lo constituye precisamente la pseudoindustrialización que es el transplante o injerto en el seno de la estructura atrasada de unas cuantas industrias o ramas de industrias.

En resumen: la industrialización de un país sólo es posible si se realiza una radical subversión de su vieja estructura económica, de las relaciones de propiedad. Pero el imperialismo necesita que se mantenga el atraso para así extraer una superganancia, por lo cual contríñe la evolución de los países que explota en los marcos del desarrollo combinado.

Esa es la razón fundamental por la cual el imperialismo impide la industrialización de los países atrasados. Paralelamente, estimula en determinados casos la pseudoindustrialización de los mismos, proceso que mantiene el atraso y expresa el carácter combinado de su desarrollo. Tal es la respuesta a la pregunta que nos formulábamos: ¿Por qué el imperialismo impide la industrialización de los países atrasados?

PERO no sólo el imperialismo necesita mantener el atraso de los países atrasados, ciñéndolos en el marco del desarrollo combinado. Las clases explotadoras de estos países, sus terratenientes y su burguesía, industrial y comercial, tienen sus raíces profundamente hundidas en el atraso. También ellas extraen de él una porción de superganancia, también ellas tienen interés en perpetuar el atraso y acentuar el desarrollo combinado de sus países, sin subvertir la estructura existente.

La clase terrateniente, desde los príncipes hindúes hasta los estancieros argentinos, no tiene, claro es-

tá, ningún interés en eliminar una estructura económica de la que saca sus rentas.

Las crisis mundiales, o la crisis particular del imperialismo al que se hallan ligados los terratenientes, que al obligar a la Metrópolis a derivar las pérdidas sobre las colonias amenaza la realización normal e integrar de sus rentas, despierta el interés de las clases terratenientes por la "diversificación" de sus economías nacionales, a fin de independizarlas de las fluctuaciones del mercado mundial y protegerlas contra las exacciones imperialistas más brutales. Se habla entonces de desarrollo económico, de industrialización, etc. Pero, por supuesto, el carácter fundamental de una y otra consiste en dejar la estructura como está, acentuando así el carácter combinado del desarrollo.

De tal modo, la clase terrateniente acrecienta sus rentas, y lo hace en mayor grado cuanto más se acentúa la combinación de extremos en el desarrollo del país. El progreso urbanístico, el alza de los valores inmobiliarios, la nueva demanda de alimentos y de cultivos industriales que provoca la pseudoindustrialización, cada elemento de civilización capitalista industrial que se inserta en el atraso del país, se traduce en incrementos de las rentas terratenientes. Como el imperialismo, los terratenientes ganan a dos puntas con el desarrollo combinado, lucrando con la perpetuación del atraso y con el trasplante del progreso, que deja intacto a aquél.

El otro sector explotador nacional vinculado a la producción, la burguesía industrial, por razones sociales y económicas, tiene un interés no menor que el imperialismo y los terratenientes en la perpetuación del atraso y el desarrollo combinado de sus países.

Cualesquiera sean las diferencias entre la clase terrateniente y la burguesía industrial, hay entre ellas una unidad profunda, de clase, en torno a la defensa de la propiedad privada de los medios de producción, que asegura a ambas su derecho a explotar la plusvalía creada por los trabajadores. La subversión de la vieja estructura de un país atrasado, de las relaciones de propiedad que la perpetúan, implica un golpe a la propiedad privada que haría simbrar toda la situación de las clases dominantes, industriales incluidos. Más aún, aquella subversión es inconcebible sin acontencimientos revolucionarios, sin movilizaciones revolucionarias de masas, que —de triunfar— inevitablemente reconocerían como dirigente al proletariado industrial y significaría, por ello, la liquidación de la burguesía industrial. Con todo eso, la burguesía industrial tiene bastante como para contentarse con la situación existente.

Pero hay más. Existen razones de índole positiva, de naturaleza económica, traducidas en ganancias y superganancias, monopolistas y que convierten a las burguesías industriales de los países atrasados en

interesadas explotadoras del atraso.

En efecto, estas burguesías industriales, como clase, no han nacido desde el bajo, siguiendo el largo y complejo desarrollo que va del artesano a la gran industria, desarrollándose autónomamente, como la burguesía francesa, inglesa, alemana, norteamericana. Estas burguesías han surgido estrechamente ligadas a los terratenientes, como diferenciación de los mismos o se han vinculado a ellos a poco andar, al calor de la capitalización de la renta agraria. Por otra parte, al asociarse con el capital extranjero, la burguesía industrial se liga al socio mayor de los terratenientes. Dependiendo así, directa e indirectamente, de la renta agraria para financiar sus empresas, el capital industrial se interesa en la permanencia de la clase terrateniente o, lo que es lo mismo, en la mantenimiento del atraso del país.

Más aún el surgimiento y desarrollo de las burguesías industriales de los países atrasados se produce en la época del imperialismo, es decir, del monopolio, la concentración y centralización del capital. Estas burguesías desconocen en absoluto —o sólo conocen durante un brevíssimo período, en los primeros estadios de su formación— la libre concurrencia entre empresarios individuales.

Desde su nacimiento, la industria de los países atrasados refleja la característica de la época imperialista: el monopolio, y se centraliza en un reducido número de manos, entrelazadas a los terratenientes y el imperialismo. Resulta entonces el cuadro observable en los países atrasados que han experimentado un proceso de pseudoindustrialización: sus industrias tienen menos de cincuenta años de antigüedad, pero presentan un grado de concentración y centralización superior al existente en los países adelantados.

Tan es así que en rigor no puede hablarse en los países atrasados de "Concentración" de la industria sino de expansión de las empresas. Efectivamente, la concentración y centralización del capital consisten, en síntesis, en la expropiación de unos capitales por otros, en la aglomeración de muchos capitales pequeños para formar unos cuantos capitales grandes (12). Pero no es esto lo que ocurre en los países atrasados. En la Argentina, por ejemplo, donde la concentración del capital, medida por el número de obreros que emplean los grandes establecimientos, es diez veces mayor que en Estados Unidos no se ha llegado a este punto por concentración —es decir, por absorción de los pequeños capitales por los más grandes. "Ya que en la Argentina los establecimientos gigantes no son el resultado de una larga lucha competitiva; desde el comienzo fueron gigantes. Ello no es muy sorprendente, puesto que la industria

argentina consiste, en grado considerable, en subsidiarias de grandes compañías extranjeras. Los grandes establecimientos no crecieron desde orígenes modestos, desplazando y absorbiendo a competidores más débiles sino que, como Minerva de la cabeza de Júpiter, surgieron en la arena económica argentina como vástagos plenamente desarrollados de grandes empresas extranjeras" (13).

Esa (dicha sea de paso) es la razón económica primordial por la cual la industria de los países atrasados —la burguesía industrial— no juega ningún papel democrático similar al ejercido en los países del desarrollo clásico del capitalismo.

Además, a poco de andar la burguesía industrial se territorializa. Una de las consecuencias del desarrollo combinado es que, cualquiera sea el vuelo que tome la pseudoindustrialización, la inversión clásica, segura y rendidora por excelencia, es la inversión inmobiliaria, urbana y rural, y la burguesía industrial lo confirma, canalizando hacia inversiones inmobiliarias sus ganancias industriales. Los industriales prósperos se transforman —si no lo eran ya— en terratenientes, y en directos usufructuarios del atraso del país.

De tal modo interesada en la perpetuación del atraso, del carácter combinado del desarrollo de sus países, las burguesías industriales se desentienden de la industrialización de sus países, y marchan conformes con la pseudoindustrialización más o menos raquíctica. Ello no constituye un renunciamiento, sino una fuente de superganancias. En efecto, el proceso de pseudoindustrialización da lugar a una serie de contrastes económicos, de embotellamientos y círculos viciosos que perpetúan el atraso del país, pero también los superbeneficios de los industriales. Estos no renuncian a una industrialización real por razones de fuerza mayor, ni sueñan con la misma, sino que, fieles a la esencia del capitalismo, acojen gustosos una situación que les brinda superganancias con mínimo de inversión, y explotan hasta la última porción del atraso del país que pueda rendirles beneficio.

Así las clases dominantes de los países atrasados se unen al imperialismo en el común interés económico y social de mantener el atraso de esos países, limitando su evolución en los marcos del desarrollo combinado, por la perpetuación del atraso mediante el transplante de elementos de capitalismo industrial.

Esta capitalización del atraso que realizan las clases explotadoras nacionales en conjunción con el imperialismo, expresa la disociación entre los intereses históricos de la humanidad, entre el desarrollo de las fuerzas productivas, y el sistema de

producción capitalista. El capitalismo agotó sus aspectos progresivos, su capacidad de desarrollar las fuerzas productivas, en algunos países privilegiados, hoy imperialistas y luego, alcanzando cierto punto de madurez, devenido imperialismo, se interesó en la explotación de la mayor parte de la humanidad. En el siglo XX el capital, imperialista o nacional, extrae sus ganancias más elevadas de la explotación del atraso de los países rezagados y frena su desarrollo o, más exactamente, perpetúa su atraso mediante un desarrollo tipo combinado. El capital es el límite último a la industrialización de los países atrasados, ya que el capital tiende necesariamente a una cuota máxima de ganancia. Y, en los países atrasados, la ganancia más elevada brota fundamentalmente de la explotación del atraso. Por ello, sobre las bases de la propiedad privada de los medios de producción los países atrasados no pueden salir de su atraso. Divorciado el capitalismo del desarrollo de las fuerzas productivas, la industrialización de los países atrasados sólo resulta posible sobre las bases de un sistema de producción interesado en liquidar el atraso, es decir, con una economía socialista planificada.

ERRATA

En el artículo de Carlos Astrada intitulado "Penetración Imperialista y Cambio Social", publicado en nuestro primer número, se ha suprimido una parte de la composición en el acápite VI. Al final, salvando el error de las dos últimas líneas, debe leerse lo siguiente, agregando todo lo suprimido: "En este caso se producen tensiones que llevan a un desequilibrio en el desarrollo económico y a rupturas que interfieren negativamente en la vida y desenvolvimiento de las culturas nacionales. Ya Carlos Marx vió que todo desarrollo económico y todo progreso social están en función de la base productiva y su técnica y que las modificaciones en las relaciones de producción, las que desencadenan el cambio social, están culturalmente condicionadas".

LEA PROXIMO NUMERO

"REVISTA DE
LA LIBERACION":

DEBATE SOBRE
LA REVOLUCION
CUBANA

(13) Félix J. Weil, Argentine Riddle (The John Day Company, New York 1944), pág. 261-262.

(12) C. Marx. El Capital t. I. vol. II página 707.

LA ALIENACION POLITICA DE LAS IZQUIERDAS

QUIZAS las notas que siguen de ésto, puedan dar una idea de cómo nos sentimos muchos de nosotros, luego de algunos años de militancia política en la izquierda tradicional. Entramos a una agrupación revolucionaria por nacimiento que, por eso mismo, nunca tuvo que demostrar el real valer de sus títulos. Personalmente, tengo una profunda impresión de tiempo perdido. Trabajos en el Consejo Universitario, en la FUBA, en Comisiones Intersindicales, en A.P.U. —aquella organización creada para apoyar la candidatura de Frondizi— en el Anteproyecto de Estatuto Universitario, en las luchas de 1958. Resultados a la vista, algo parece haber fallado y ese algo guarda dentro de sí mismo la falla. Estas notas tratan de mostrar, en un intento de análisis de nuestra metodología de trabajo político, la raíz inmunda de nuestro problema.

CIERTA vez, un intelectual en viaje se acercó a un vaquero y se desarrolló el siguiente diálogo:

Intelectual: ¿Por favor, podría indicarme el camino hacia Kansas?

Vaquero: No lo conozco.

Intelectual: ¿Y el próximo puesto caminero?

Vaquero: No sé.

Intelectual: ¿Y el camino de salida hacia el poblado más próximo?

Vaquero: Tampoco lo conozco.

Intelectual: ¡Pero amigo, Ud. no sabe nada de nada!

Vaquero: Es cierto, pero no soy yo el que está perdido.

Y, sin embargo, ambos estaban perdidos...

A. Miller

Comencemos por definir nuestra ubicación. Confesémonos miembros de la izquierda política del país y tratemos de encontrar la salida.

Para la conciencia política de la izquierda, en nuestra época y nuestro país, vivimos un momento trágico. Es probable que nunca como hoy —malgrado las declaraciones altisonantes— hayamos estado en una encrucijada ideológica semejante. El hecho revolucionario nos ronda y nuestra conciencia palpa una realidad que le resulta inasible.

La crítica global de las instituciones tradicionales —instituciones que son las formas naturales del poder burgués— alcanza su punto culminante y no aparecen formas revolucionarias coherentes. El campo está listo para la siembra y faltan semillas y sembradores.

Abandonemos un poco la metáfora. La realidad concreta del desarrollo del proceso revolucionario presenta un desgarramiento, una dicotomía que asume visos de tragedia.

Frente a las formas ya gastadas de la dominación de una clase, no aparecen estructuras revolucionarias, convincentes y practicables, que sirvan para su sustitución. En términos de política, la disolución de los partidos se manifiesta como global y total, alcanzando a las agrupaciones “tradicional y teóricamente revolucionarias”.

Claro está que todo esto no es un capricho de las circunstancias. Tiene profundas y pesadas razones históricas que trataremos de encontrar en el desarrollo de este trabajo.

Visto el panorama desde nuestro momento, encontramos que la aparición en el marco histórico del proletariado nacional, ha dejado sin armas a los teóricos de ambas manos, tal como si éstas no hubieran estado más que entrelazadas en todo el lapso de nuestra historia como país independiente.

La crítica avasalladora de la necesidad de la clase potencialmente revolucionaria, se lanza sobre todo

lo “tradicional” y barre con todo lo “viejo”, arrasando con la escoba de su primer atisbo de conciencia, aún a las agrupaciones que, lógicamente, debieran ser el juicio que indica el justo camino revolucionario, la razón que selecciona entre lo recuperable y lo no recuperable. He aquí la tragedia, en todos sus aspectos inmediatos, del desgarramiento de nuestra conciencia revolucionaria. Ha terminado, se ha agotado una posibilidad de mando, y no hay quien pueda asumirlo inmediatamente.

La historia de la escisión entre una clase revolucionaria y su “élite” ideológica, ofrece, en nuestra patria, diversos matices para su comprensión, diversos ángulos para su análisis.

Tomaremos aquí un intento de análisis del proceso ideológico. No significa —evitemos prejuicios— que se abandone el enfoque económico, todo lo contrario; sólo que, agotado este tema en distintos estudios, se trata de ver ahora como el desarrollo se manifiesta al nivel superestructural de la ideología. Por otra parte, nos servimos de las estadísticas en ese sentido, es decir, les damos una determinada interpretación; las estadísticas, por sí solas, pueden conducir a cualquier resultado.

Veremos pues, en el campo de la ideología, como se han desarrollado las relaciones entre la clase obrera y su abanderados (si son reales o no lo veremos más adelante) ideológicos.

Un estudio completo de este tópico insumiría un espacio mucho mayor que el destinado a un artículo de divulgación. Por lo tanto, fragmentaremos algunas etapas, quemaremos espacios de tiempo, pero trataremos, en lo esencial, de mostrar la coherencia de un proceso que nos ha conducido al callejón sin salida inmediata en que nos encontramos hoy y que el epígrafe de esta nota sugiere. Es evidente que desde la izquierda —o lo que da en llamarse así— no se pueden proporcionar, valga la paradoja, salidas concretas a la revolución. Como la premisa para la solución de un problema —y ese es nuestro problema— es su planteo, intentemos ese planteo y busquemos la salida.

Tenemos que la “élite revolucionaria” de izquierda sólo puede esperar. (Que es, por otra parte, lo que está haciendo). Tenemos que la clase revolucionaria por derecho y necesidad, no ha recibido de aquella las armas teóricas, el armamento crítico para el desarrollo de su conciencia de sí, es decir de su capacidad revolucionaria. Entre una “élite” que espera y los presuntos destinatarios de su pensamiento, media una escisión que desgarra la conciencia revolucionaria y crea imposibilidades para la acción concreta.

La anulación de un mal supone el ataque al punto desde éste se manifiesta. La ubicación de la conciencia política es la conciencia de la ubicación política. El punto donde se manifiesta el mal, ese mal, es una quiebra perfectamente palpable en el desarrollo histórico del proceso. Esa quiebra nos da entrada y posibilidad de ataque. La ubicación de nuestra conciencia política, que es la aprehensión de cada momento de ese proceso, puede proporcionarnos la salida clara a nuestro estancamiento, puede librarnos de nuestra agonía política.

Ya dijimos que la clase potencialmente revolucionaria, crítica, es decir, ataca y rechaza políticamente, a las agrupaciones tradicionalmente revolucionaria en teorías. El porqué de esto, es evidente, resulta más claro a los atacantes que a los atacados. Veamos desde donde nos cae esta lluvia.

El nacimiento de una dinámica revolucionaria, al nivel de la ideología, en nuestra historia, hay que

ubicarlo como un hecho viciado de nulidad desde sus inicios; hay que verlo como una relación abstracta de un para-sí revolucionario consigo mismo, fuera casi por completo del marco histórico local.

La quiebra fundamental de esa dinámica la da la aparición del en-sí, es decir de un proletariado que trae a escena el marco histórico. La irrupción violenta de ese proletariado de formación nacional, marca el punto fundamental de la transformación cualitativa del proceso y el último y extremo punto de la enajenación ideológica de las izquierdas políticas. (Conviene llamarlas así por razones de claridad periodística).

Este es, en general, el marco teórico para el planteo del problema. Trataremos de encontrar la fundamentación histórica y la aclaración conceptual.

Tomaremos un punto de partida arbitrario, en tanto no toma el problema desde sus comienzos, pero perfectamente justificable para el contenido del tema.

Si lo que hemos de ver son las relaciones ideológicas entre el proletariado y sus portaestandartes teóricos, lo que conviene analizar son sus primeras luchas, los objetivos que persigue en ellas y los fundamentos de esos objetivos.

TOMEMOS un punto de partida.

Hemos oido decir hasta el cansancio que la clase obrera fue embarcada, contra sus propios intereses, en la lucha política entre la oligarquía tradicional y los primeros atisbos de burguesía nacional, en épocas de Yrigoyen. En esas luchas la acción de la izquierda intelectual fue calificada —y lo es aún— de nefasta. Conviene aclarar estos puntos y tratar de ver un poco más allá de los adjetivos.

Es cierto que, objetivamente, la oligarquía local y entreguista aprovechó la coyuntura de la oposición entre dos clases, incidentalmente coincidentes en sus necesidades, para cortar un primero pero híbrido intento de política independiente. La influencia que las izquierdas teóricas ejercieron no tuvo, en verdad, ninguna claridad ideológica y sirvió, más bien, en beneficio de la peor parte; de todos modos, conviene aclarar que la influencia de las izquierdas no tenía alcance suficiente para definir la situación nacional en la primera presidencia de Yrigoyen.

Sin embargo, esa influencia se ejerció (quizás más allá de lo que pueda serlo hoy) y la clase obrera respondió a ella; pero esa misma clase obrera aún no era suficientemente desarrollada para rematar la situación.

La dinámica de lucha y la correspondencia ideológica se dio entre una clase obrera de inmigración. (Alrededor de 1900 la composición del proletariado industrial es de un 80 % de inmigrantes, inmigrantes que, en gran proporción, eran elementos combativos desplazados de Europa) y una élite con armamento ideológico importado. Entre esa "élite" y esa clase se estableció la dinámica ideología-acción revolucionaria. Pero, cuando una clase traslada sus esquemas de lucha fuera del ámbito en que surgieron como conclusiones del proceso, esos mismos esquemas se desarraigan de su marco histórico y, para la conciencia, lo que fue **esquema de la realidad**, se transforma en **realidad en el esquema**. La relación se estableció entre una clase extrañada del marco histórico y una élite con armamento ideológico importado que enajenó su pensamiento en aquellos esquemas y vivió la ilusión de su microclima revolucionario.

Para aclarar más este punto, podemos hacer referencia al ámbito internacional y, con sólo ver los planteos de revolución mundial antiburguesa que propone la Internacional Socialista, comprendemos mejor porqué la izquierda no vio posibilidades revolucionarias en las burguesías industriales incipientes de los países semicoloniales. El marco de la revolución mundial ciñe todo el pensamiento de las izquierdas revolucionarias hasta su fracaso, con la

defeción de las masas social-demócratas, luego del 18.

Ese mismo 18 marca, en nuestro suelo, una separación entre distintos grupos de izquierda. Sin embargo, en los hechos, la separación resultó más formal que real.

Fracasada la tesis de la revolución mundial (que convendría analizar más extensamente para comprender su papel en el movimiento socialista mundial y sus aportes a la revolución rusa) era de esperar una concentración mayor, por parte de las izquierdas, en los problemas nacionales, sobre todo en el estudio de nuestra historia y economía. Nada de ello ocurrió. Los esquemas siguieron gobernando la mentalidad de esas agrupaciones, no vieron el sentido que la revolución adquiría, aún en el plano mundial (pues la revolución, en cierta forma, nunca deja de ser mundial) y, con el tiempo, podemos encontrarlas oponiéndose a otro intento de desarrollo de la burguesía nacional y luego ocupándose más de la guerra civil española —hecho muy loable por cierto, pero no necesario en virtud de los intereses que se abandonaban— que de las crisis locales. Era todo una revolución de la teoría, nuestros teóricos experimentaban su revolución en el extranjero.

HABLAR de acción política concreta luego del treinta es reducir la historia a la anécdota y la historia es siempre anécdota cuando se desconocen sus proyecciones.

El dominio de la oligarquía fue casi absoluto y continuo. Se puede hablar de resistencia y rebeldía, de fraudes y actos heroicos, de atropellos y torturas, pero no de logros revolucionarios. Esto no debe entenderse como detención del proceso; como alguien dice, la procesión continuó por dentro.

La nueva quiebra de ese poder se dio con la segunda guerra mundial. Ese conflicto trajo aparejado el desarrollo, mejor dicho, el aceleramiento del desarrollo del mercado interno y la industria local, por el cierre del mercado mundial. La desaparición de la corriente inmigratoria, junto a la mayor necesidad de mano de obra, dio condiciones para el desarrollo de un proletariado nacional. Todos estos hechos adquirieron expresión legal con la revolución de junio de 1943. Una nueva forma de burguesía nacional comienza su ascenso al poder.

Veamos ahora cómo interpretó la izquierda este proceso. Hemos llegado al nudo del tema; al punto de quiebra del que hablamos al comienzo de la nota.

El cambio necesario que debía esperarse en los teóricos de la izquierda clásica local, no se dio después del 27 —cuando fracasa definitivamente la teoría de la revolución mundial, condenada ya en el 18— y tampoco se dio después frente al cambio interno, en el juego de fuerzas del país. Los ojos de la izquierda siguieron en Europa y, si los submarinos alemanes creaban problemas para la importación de mercancías, no los crearon para la importación de esquemas de pensamiento. La izquierda encontró —como siempre sin ver más allá de las manifestaciones formales— que el nuevo régimen era una importación del fascismo europeo.

Un primer intento de comprensión que supere la crítica destructiva, nos hace pensar que ciertas formas que asume, en el momento, el poder de la burguesía industrial, podían confundirse con el corporativismo alemán; eso es perfectamente lícito al nivel de las abstracciones. Pero cuando se ponen los pies en el suelo patrio, se comprende que las estructuras económicas del país no daban para sostener ningún régimen fascista —por definición, dictadura terrorista del capital monopolista— ni tampoco era posible importarlo, es decir, que las empresas monopolistas italianas o alemanas nos trasladaran sus formas de control, dado lo avanzado de la guerra y del proceso de derrota del nazismo.

De nuevo se ha errado con el momento histórico y con la necesidad nacional. Claro está que ahora

ese yerro adquiere otras dimensiones. El proletariado nuevo, es decir, el formado por la migración interna, no responde en absoluto a la demanda de la izquierda, no la escucha porque no la entiende, pues ella habla un lenguaje totalmente extraño a su conciencia. El proletariado responde al momento y a los intereses nacionales, pero lo hace mecánicamente.

¿Cómo encara la izquierda su relación con ese proletariado que le es ajeno? Muy simplemente: para ella no es proletariado.

El punto central de este proceso es el 17 de octubre de 1945. Ese día es suma y síntesis —en la expresión que hacen de sí los procesos históricos— de la tragedia de la revolución argentina.

Para ver en perspectiva el desarrollo nos conviene volver un poco atrás.

Ya hemos dicho que se ha producido un punto de quiebra en la dinámica de relación entre el proletariado industrial y las "élites" de la izquierda. Ese punto hay que buscarlo en un cambio de composición del proletariado durante la segunda guerra mundial, con el desarrollo acelerado de nuestra industria y el proceso de migración interna que suma grandes masas del interior a las zonas industriales. (Como dato: en el decenio de 1925 a 1935, entraron al país 873.000 inmigrantes, de 1935 a 1945 algo más de 30.000).

El proletariado formado por la migración interna es cualitativamente distinto. No presenta el nivel de desarrollo "teórico" de los viejos sindicalistas, pero está profundamente arraigado al país y siente los problemas locales, aún a desmedro de su conciencia de clase, conciencia de clase que, en sus valoraciones abstractas (o lo que es lo mismo, en su aspecto de negación de sí) abundaba, por así decirlo, en el sindicalismo anterior.

La apreciación que la izquierda teórica hace de la masa peronista no es un capricho, no se trata de cipayismo y no puede comprenderse a través de epítetos más o menos nuevos. **Las "élites" de izquierda siguieron con sus esquemas porque ese es su pecado original**, ese es su pecado de nacer extra-nacional y vivir como extra-nacional. Este vivir como ente extrañado —ya lo dijimos— tiene su explicación en su desarrollo enmarcado por una clase obrera también extra-nacional. **Toda la práctica revolucionaria de las izquierdas se realizó en Europa**, aquí sólo trajeron teoría, teoría que, nunca llegaremos a saberlo, quizás en otras manos hubiera dado frutos distintos.

El lenguaje que las "élites" de izquierda utilizaron frente al nuevo núcleo de proletariado sigue los lineamientos generales de la "teoría-teórica", es decir, de la revolución elevada a escatología, a mito que todo lo puede y todo lo soluciona, pero que está "allá" y que no se sabe cómo llegar a él.

Las declaraciones abundaron en temas sobre la luchas de la clase obrera, en generalizaciones (aún hoy siguen en ese tono) sobre la revolución mientras se asistió, también en Europa, al enfrentamiento entre distintos imperialismos (el inglés y el alemán) y adquirieron un matiz liberal cada día más violento a medida que la URSS entraba en conflicto con el Eje y que el marco de referencia natural, es decir, el nuevo proletariado, que ya era mayoría, se mostraba más sordo a ese tipo de problemática, problemática que no era suya ya que su interés estaba lleno, cubierto, con sus necesidades inmediatas.

El régimen surgido en 1943, como expresión de la burguesía en ascenso que se tradujo en un mejoramiento del nivel de vida de la clase obrera, y la clase obrera adhirió a él.

Las izquierdas quedan exteriores al momento y, necesariamente, pierden contacto con los depositarios naturales de su pensamiento.

La percepción desde afuera de estos hechos hace que la raíz positivista que, a nivel filosófico, nuestra izquierda tenía, renazca violentamente.

Toda percepción formal de un objeto de análisis

—y un proceso histórico lo es— conduce necesariamente al positivismo y al empirismo (las críticas filosóficas a J. Ingenieros se han vuelto loas).

En cuanto a integración en un proceso revolucionario, una agrupación política que pretenda serlo, es parte de ese mismo proceso y en cuanto a captación del momento, la conciencia política revolucionaria es el momento revolucionario, de ahí que cualquier momento de pasividad dentro de la historia de una revolución se vuelve momento de actividad contrarrevolucionaria.

Cuando se produce una quiebra, como la que hemos señalado, entre una "élite" y su masa en la dinámica de relación (relación que crea la ideología misma), esa quiebra debe entenderse como una separación (alienación) entre un en-sí revolucionario (proletariado) y un para-sí revolucionario (cuerpo ideológico).

Si la masa cambia cualitativamente en sus modos de pensamiento, es decir, si cambia las formas con que se relaciona el marco histórico, la "élite" debe adecuarse a ese cambio so pena de quedar alejada de su lugar de creación y verse condenada a captar el proceso desde el exterior. De allí a lo inmediato: en la observación exterior solo se aprehenden manifestaciones fenoménicas del desarrollo del objeto histórico-político. La "élite" dirigente queda fuera y, rota la relación con su masa, ésta, también, queda fuera del proceso de formación de la conciencia revolucionaria. En sentido opuesto cuando se logra la adecuación del pensamiento y la fuerza, es decir, de la "élite" y la masa, se está frente al partido revolucionario y el desarrollo culmina cuando ese partido es la revolución misma.

En la nueva lucha que se estableció a partir de 1939 sucedió lo primero, no lo segundo. La izquierda se opuso al gobierno de la burguesía industrial y el proletariado, si bien se adecuó a las necesidades del momento, lo hizo fuera de su conciencia de clase, a modo de respuesta mecánica.

El 17 de octubre de 1945 es el momento en que este proceso expresa uno de sus puntos culminantes.

Pero hoy esa fecha tiene dimensiones de mito y es muy difícil tocarla sin riesgo de quemarse las manos. Sin embargo, es necesario que alguien se ocupe del problema.

La revolución, nuestra revolución, se exige a sí misma en plena auto-conciencia y no puede permitirse derivaciones simbólicas que, en última instancia, desvían su desarrollo a cauces que tiene mucho de escatológico, de finalista. Si el mal que sufre la revolución, es su falta de armamento crítico y fuerza histórica, debido a la alienación de ideólogos y masa; el 17 de octubre es la manifestación más importante de ese mal. Poco bien puede hacerse al proletariado creando en torno a la justicia circunstancial de una toma de posiciones, un edificio mítico que oscurezca su comprensión consciente. **En torno a esto hay dos polos que se tocan: La afirmación y la negación tajante del significado de ese día.**

Pero como todo puede, sin su explicación correspondiente, tornarse afirmación gratuita, pasemos a la observación directa del hecho histórico.

La semana de octubre de 1945 —porque fue una semana— muestra dos puntos de culminación: la detención de Perón el día 12 y la movilización obrera del 17. El día 12, marca un efímero triunfo de la oligarquía (Las bolsas de valores de Londres y Nueva York lo reflejan claramente) el 17 el de la burguesía industrial.

En esta segunda fecha el proletariado fue un elemento primordial en el juego de fuerzas, pero, repetimos, actuó más acá y más allá de sus intereses de clase. Más allá, en el sentido de que su acción se encuadra en una referencia favorable al desarrollo de la burguesía nacional, clase por ese momento progresista; más acá, en el sentido que fue un elemento que jugó mecánicamente en torno de una ideología que le era ajena.

Las masas que se movilizaron el 17 de octubre fueron apaciguadas y vueltas a sus "lugares habituales de trabajo", como lo diría el propio Perón, quedando al margen de la dirección del proceso, quedando a merced de la ideología paternalista.

¿Qué hicieron las izquierdas en esto? Simplemente corrieron los ojos a la nuca. Cuando desde el punto de vista actual de las "élites" de izquierda, penosamente supervivientes, se analiza este momento, se abstrae siempre la posición en que ellas mismas se movieron, tal como si reconocieran implícitamente —cosas de una conciencia culpable— que no han tenido peso histórico. Pero como eso no es cierto, como fueron un elemento actuante, conviene que se las ubique donde estaban. Las izquierdas se movieron desde la derecha.

En respuesta a un momento de la lucha de clases que no comprendieron y que no supieron llenar con un contenido revolucionario, negaron el momento. Lo negaron tan inútilmente como ahora lo afirman tan vacuamente.

Las izquierdas completaron la escisión con su clase creando, junto a lo más granado de la oligarquía, un contramovimiento "democrático".

Poco a poco el aparato de izquierda, creado desde una clase revolucionaria pero extrañada, se ha ido transformando en la izquierda del aparato de poder de la reacción. La lucha "democrática" contra el "totalitarismo" peronista, es otra muestra.

El enfrentamiento se formalizó con la creación de la Unión Democrática, cadáver que aún la autocritica no ha sepultado, y se legalizó el 24 de febrero de 1946. Esa fecha encarna, para las masas económicamente oprimidas del país, el enfrentamiento de todas las formas de su libertad, en el peronismo, con la libertad de todas las formas, en la Unión Democrática.

La composición social de los dos bloques que se volcaron a ese proceso, dice y no dice demasiado. Perón logró una mayoría no muy amplia y no puede afirmarse que el 46 % del electorado que se volcó a la Unión Democrática, fuera todo oligarquía. Pero lo que el enfrentamiento significa se verá al rematar el proceso. Perón, que en ese momento encarna la burguesía nacional en desarrollo, prosiguió su marcha y fue ganando, uno tras otro, los pocos baluartes sindicales que quedaban en manos de la izquierda. La izquierda siguió gritando desde su torre teórica —guardada por cien nombres revolucionarios extranjeros— que los métodos del peronismo eran corporativistas y dictatoriales (como si no supiera que gobierno y dictadura son la misma cosa y que lo que en realidad importa es saber de quién es esa dictadura), no supo cómo llegar a ese proletariado numeroso que pasó a engrosar decididamente la filas del peronismo, no completó la preparación teórica de los luchadores gremiales y quedó definitivamente —por lo menos hoy lo está— al margen de la lucha de clases.

Pero la burguesía nacional, como se dice en la izquierda aun que no se lo practique, era ideológicamente limitada y sus cambios revolucionarios no pueden sobreponer sus propios límites. Las burguesías nacional renuncia a su propia realización, en los hechos en 1953 cuando la C.G.E. comienza a mostrarse activamente antiperonista y, en el derecho, cuando pierde su hegemonía en 1955.

1955: He aquí un año digno de análisis. Las izquierdas ya no lo son sino de nombre, hace tiempo que han perdido su contenido aunque sea formal, de agrupaciones revolucionarias. En 1955 vuelven a gozar de una oportunidad de alejarse más, si eso aún era posible, del proletariado y no la desaprovechan. Primero encontrarán que lo peor es lo mejor (prefirieron Rojas a Lonardi) y después se comprometerán en un juego absurdo como fue la Convención Constituyente de 1957. Y decimos juego absurdo por no decir otra cosa, ya que hasta un niño de meses podía, sin ninguna vocación de pitonisa, adivinar donde conducía esa digitación electoral.

A partir de 1955, el proletariado peronista, huérfano de una ideología revolucionaria, ha quedado flotando como un factor de poder potencialmente revolucionario y realmente digitable.

La izquierda no ha dado aún con la tecla. No ha encontrado su camino. No sabe como encarar su clase.

Cuando se da la coyuntura de una nueva salida, con las elecciones de 1958, allí la vemos corriendo tras la burguesía nacional. Frondizi es ahora el hombre. Pero Frondizi sólo es un político hábil que maneja una ideología agotada. La burguesía nacional ya no da para más. La lucha tiene otros contendientes, pero la izquierda no lo ve y, aunque llegara a verlo, en ese momento no podría hacer nada. Hoy se lo reconoce: **A quién se podía apoyar sino a Frondizi?** Pero Frondizi no es un fenómeno político que surgió como un hongo. **Frondizi es un resultado.** El ver revolucionario a Frondizi, es ver revolucionaria, en toda la dimensión de la palabra, a la burguesía nacional. Y, como tristemente pudimos comprobarlo, la burguesía nacional, en nuestros días, ya no es revolucionaria en nuestro país y está dejando de serio en todo el mundo.

Si la izquierda reconoció su error de oponerse a la burguesía nacional en 1945 y quiso, sin hacerlo público, remediar el hecho apoyándola a través de Frondizi, todo lo que logró fue que el error fuera doble. Frondizi sólo era un intento de pataleo final de una clase económicamente penetrada e ideológicamente obsoleta.

Haciendo suma de todo lo expuesto: ¿puede llamarse izquierda a la izquierda? Para la dialéctica, las definiciones no son premisas sino conclusiones. En buen castellano político, **partido revolucionario es el que hace la revolución y partido de izquierda, el que está a la izquierda.**

Hoy día, la gente que trabajamos para y en la izquierda tradicional, dudamos hasta de nuestra propia existencia real. Puesto que se nos ignora políticamente —y eso es un hecho— y no somos más que una relación con el exterior, es lícito plantearse la duda.

Como decíamos al comienzo de esta nota, la disolución crítica de las instituciones tradicionales nos ha alcanzado. Pocos son los partidos políticos que no se han fraccionado o están en camino de hacerlo. Desde la izquierda no hemos dado aún con un armamento ideológico concreto con el que salir a, o no hemos aún salido, la lucha por ese armamento con el que conquistar el poder. Los partidos esencialmente burgueses no están en condiciones de lograr un gobierno efectivo del país y ese hecho se manifiesta en que los militares son en realidad quienes gobiernan.

Sin embargo, esas mismas circunstancias son las que afirman la cercanía de la coyuntura revolucionaria.

Pero la izquierda real y efectiva que exige la revolución, aún no existe. La izquierda se muestra como disuelta en un sinnúmero de izquierdistas que se critican entre sí, todos desde el mismo terreno ideológico, aunque ellos mismos no se den cuenta.

Como para el individuo que pierde noción de sus objetivos vitales, su vida misma no puede resolverse sino como desesperación o como fantasía, para los partidos políticos, cuando la acción revolucionaria no existe —y sus objetivos son su acción— la vida política se resuelve en la fantasía de los esquemas positivos o en la desesperación de la acción terrorista. Las dos versiones encontramos en la izquierda de hoy.

Y, de todos modos, es lo único que tenemos y debemos salvarlo.

Si nuestra ideología falla se debe simplemente a que, al negar nuestro pasado, nuestro presente nos resulta indescifrable.

Todas las críticas desde la izquierda a la izquierda guardan el mismo tono. Todas tienen approxima-

(Sigue en la pág. 48)

(Viene de la pág. 4)

trata simplemente de que la burguesía haya caducado en su rol histórico, como está suficientemente demostrado por la teoría y confirmado en los hechos, sino que hoy y aquí, en la Argentina, la burguesía no puede ofrecer ninguna salida al país y ni siquiera es capaz de ofrecérsela a sí misma en tanto que clase gobernante. La lucha interburguesa desatada en nuestro país y que llegó al enfrentamiento armado está diciendo precisamente eso, está marcando la incapacidad de los explotadores para solucionar sus propios problemas no obstante contar con la tranquilidad que le ofrece el panorama de una clase obrera en retroceso y una dirección gremial y política claudicante.

La tendencia de la burguesía a fortalecer el poder ejecutivo en detrimento de los otros dos, es decir, a la concentración del poder y a la anulación o la limitación del carácter deliberativo que tuvo en la época de ascenso, es lo que nos permite creer que la burguesía argentina no logrará estabilidad si no es a través de un gobierno bonapartista, aun cuando, como ya lo manifestamos, no estimamos que tal hecho pueda producirse por lo menos a corto plazo, porque no hay circunstancias favorables que posibiliten la misma, esencialmente porque los problemas que dividen a los políticos se manifiestan en las fuerzas armadas de manera semejante.

◆ PROBLEMA LATINOAMERICANO

Pero no solamente cabe hablar de la caducidad de la burguesía en el sentido histórico y en el inmediato de nuestro país, como si esta burguesía argentina ya hubiera descripto el ciclo de ascenso, culminación y descenso de las burguesías europeas. Acá debemos tener en cuenta el papel del imperialismo en cuanto se refiere al proceso de crisis estructural de nuestro país. Es frecuente que los peronistas descarguen sobre los "libertadores" la culpabilidad de la situación argentina y viceversa. Podemos recordar que la penetración del imperialismo inglés desde el siglo pasado condicionó la economía argentina a sus intereses y que la oligarquía actuó como socio de aquél. Que al decaer la capacidad y poderío de Gran Bretaña, el imperialismo yanqui acelera su penetración en la Argentina, de la que durante muchos años había estado al acecho, en lucha constante con el inglés. Apuntemos también que en la época de decadencia del imperialismo en el plano mundial, éste se siente obligado a emplear una mano cada vez más dura, en el terreno económico, político y militar.

En América Latina hay países en los que no gobernaron ni Perón ni la "libertadora" y sin embargo arrastran un proceso permanente de crisis con todas sus consecuencias. El grado de tal crisis puede depender de circunstancias coyunturales pero, evidentemente, es uno de los rasgos identificadores de las naciones que viven al sur del río Bravo. Que, por lo demás, es común a todos los países coloniales y semicoloniales del mundo.

En este marco latinoamericano, sujeto al predominio yanqui, en este país en que vivimos, trabajamos o somos empujados al desempleo, ¿qué soluciones nos promete la burguesía? ¿Qué salidas nos ofrecen sus políticos y sus fuerzas armadas? Una falsa preocupación por todo el país que no es sino una real preocupación por su propia situación, por sus ganancias, y un montón de formulaciones vagas.

◆ CADUCIDAD DE LA BURGUESIA

El país necesita una política coherente. En esto estamos todos de acuerdo, Aramburu, los frentistas, Illía, Sueldo, Di Tella y nosotros. Pero ello es tan evidente que la coincidencia no exige esfuerzo alguno. Lo mismo podríamos estar de acuerdo en que una casa sin techo requiere ser cubierta. Importa saber quiénes la van a techar y con qué materiales. Aquí se pretende que podremos cubrir la orfandad del país con las elecciones del 7 de julio. Este acontecimiento es para muchos la panacea sino universal, cuando menos nacional. Y quienes la condicionan, lo hacen simplemente mediante un llamado a la voluntad y a mirar hacia el porvenir. Es insuficiente. Los problemas del país no se solucionan con un llamamiento a la voluntad que podrá contener alguna dosis de buena intención pero que representa un programa raquítico.

Si el imperialismo, en complicidad con la burguesía han encallado el país donde está, es absolutamente claro que ni uno ni otra pueden sacarlo de allí. En tal caso, ya han demostrado su fracaso. La política coherente que el país necesita requiere la formulación de claros programas y llamar a las cosas por su nombre. Necesitamos llevar adelante la tarea de la liberación nacional que implica la expulsión del imperialismo, la confiscación de la propiedad capitalista, la realización de una reforma agraria en consonancia con las necesidades del agro, el desconocimiento de la deuda externa contraída por la burguesía y que desangra nuestra economía llevándose año a año la mitad del valor de nuestras exportaciones. Una tarea de esta envergadura, que significaría dar a la Nación una política coherente, no será desarrollada por ninguno de los actuales postulantes a las elecciones del 7 de julio. Todos ellos representan, de una u otra forma, intereses extraños a los del país; representan los intereses de todos o de algunos de los sectores en que está dividida la burguesía, y todos ellos tienen compromisos con el imperialismo.

La tarea a que nos referimos solamente puede ser llevada a cabo por la clase obrera en el poder. Lo que implica la necesidad de un partido que represente los intereses de esta clase y que, no obstante los incesantes intentos que se realizan no ha surgido aún. La circunstancia de que el proletariado reconozca al peronismo como su dirección política y, en gran medida, su dirección gremial, no otorga a este movimiento político características revolucionarias. Una larga serie de hechos ha demostrado, y demuestra aun todos los días, que el peronismo es un movimiento con base de masas e ideología y dirección burguesas y que éstas han servido de permanente freno a la combatividad y las aspiraciones de los trabajadores.

Hoy, una vez más, el peronismo entra en el juego electoral como si el mismo pudiera implicar una solución. Si antes del 18 de marzo de 1962 existía alguna duda al respecto, después del desconocimiento de la voluntad popular expresada en los comicios de esa fecha, ya no puede admitirse ninguna. Sin embargo, la participación del peronismo en el denominado Frente Nacional y Popular, junto a la UCRI que, desde el poder, llevó a cabo una escandalosa entrega del país además de haber desconocido el triunfo justicialista del 18 de marzo, pone de manifiesto cuál es el carácter de la política en que está embarcado. Y en el que intenta embanderar a la clase trabajadora.

El reconocimiento tácito o explícito de la casi totalidad de los partidos políticos y fuerzas armadas de que, después de cerca de ocho años de haber sido derribado del poder, es necesario reconocer que el peronismo es una realidad, lleva aparejado, a su vez, por parte de la dirección peronista, el reconocimiento de que debe pactar con aquéllos aceptando las condiciones que le imponen. Todo ello, si por una parte significa la renuncia a la aspiración de liquidar al peronismo, como se manifestó por la vía de la "revolución libertadora", por la otra señala la claudicación de quienes, desalojados del poder en setiembre de 1955 mantuvieron por algún tiempo la aspiración de retornar a él sin compromisos. Esta claudicación se ha ido tornando cada día más notable tanto en el terreno político como en el gremial. En efecto, los compromisos mediante los cuales la dirección sindical peronista llegó a la C.G.T. corren paralelos con la formulación de declaraciones que no se llevan a la práctica no obstante el medio millón largo de desocupados que ya tenemos, no obstante la sistemática caída del nivel de vida y el deterioro de los salarios.

La conducción gremial corre paralela con la política. La presentación a las elecciones, la participación en el frente, se corresponde con el acuerdo con los sindicatos "libres" a que se llegó en la CGT. Está claro que con tal política no será posible llevar a cabo las tareas liberadoras que necesitamos los trabajadores y que el país reclama. Las vías escogidas por el peronismo son las de conciliación y los acuerdos; la experiencia de los años últimos ha demostrado que no son esos los mejores caminos. La situación actual de la clase trabajadora es el fruto de tales tácticas. La desocupación, la caída del nivel de vida y el retroceso de todo el movimiento

obrero se han alcanzado sin que la dirección del peronismo, que tiene en sus manos el resorte que significa el respaldo de las masas, haya adoptado medidas conducentes a evitar tales hechos. En todo caso no ha producido sino declaraciones, y las batallas que libró el proletariado fueron esencialmente de carácter espontáneo y, sobre todo, aisladas. La dirección no las alentó, antes bien, sin oponerse a ellas en las palabras, las frenó en los hechos.

◆ ESTRATEGIA Y TACTICA DE LA DERROTA

Es bien sabido que toda estrategia justifica los pasos tácticos que se den para alcanzarla. En este sentido, las tácticas del peronismo podrían ser discutidas si se estuviera de acuerdo con los fines estratégicos; pero ¿cuál es la finalidad estratégica de este movimiento?

Si ella es el logro del poder, tendrá que coincidir en que los caminos elegidos no son los más correctos, salvo que tal finalidad esté planteada a largo plazo. En cuyo caso, tan lejana solución exigirá una buena dosis de paciencia y, especialmente, una gran capacidad para el ayuno. Y si tal finalidad no es la que el peronismo se fija y solo se trata de acompañar el proceso de "reencontro de los argentinos" que tanto se menciona y que nadie sabe a ciencia cierta de que se trata, está claro que la llegada al poder no se producirá por las vías de los acuerdos con sus enemigos de ayer.

En política, como en la guerra, no puede equivocarse el camino, porque se corre el riesgo de caer en las propias trincheras del enemigo. El peronismo, a fuerza de caminar entre dos campos ha terminado por caer en el del enemigo. Es más, ha terminado por hacer las paces con él, someterse a sus condiciones después de discutirlas un poco y aceptado colaborar. Ninguna de las declaraciones formuladas por quienes son tildados de pertenecer al ala izquierda del peronismo modifican las afirmaciones por nosotros vertidas. El famoso "giro a la izquierda" no tuvo otro significado que el de presionar al gobierno para que aceptara negociar con el peronismo. Además, es frecuente, constante casi, la existencia de varias líneas dentro de este movimiento, todas las cuales son alentadas por Perón, hasta que crea llegado el momento oportuno de definir una. En ninguno de los momentos decisivos, tal definición se hace a favor de la línea más a la izquierda sino precisamente lo contrario. En 1958, se ordenó el voto a Frondizi, cuando comenzó la entrega del petróleo a los monopolios imperialistas no se la denunció ni tampoco se objetó el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, ni se expidieron sobre la revolución cubana. El 18 de marzo estuvo precedido por una campaña conciliadora —discurso de Framini dedicado a los industriales en el pueblo de San Martín—, inmediatamente después de las referidas elecciones, no se hizo nada para defender el veredicto de las urnas y se publicó un folleto dedicado a demostrar la pretendida pérdida de votos que el apoyo de la izquierda había ocasionado al peronismo. El 1º de Mayo, Framini se hizo presente ante la Casa de Gobierno de La Plata, acompañado por la democracia cristiana y un escribano; no era una gran demostración de fuerza.

Al poco tiempo se abre el proceso del "giro a la izquierda", se descubre la existencia del imperialismo, del FMI, de los países coloniales que se independizan, de la necesidad de tomar el poder. Discursos incendiarios, discursos en los que, quizás para no herir la sensibilidad del embajador yanqui, no se pronuncia ningún juicio sobre Cuba que no está en África sino aquí, en América, discursos, discursos... Esta postura, sin embargo, fue alentadora por cuanto era nueva dentro del peronismo, era un lenguaje no escuchado con anterioridad en ese movimiento. Pero ya era tarde, demasiado tarde para discursos. Los acontecimientos avanzaban con mayor rapidez que los esquemas. Los hechos que el gobierno imponía cada día, requería hechos que los contrarrestaran, que lucharán contra aquellos. No se produjeron.

Importa constatar, pues, que dentro del mantenimiento de diferentes líneas desde la izquierda hasta la derecha, el peronismo se orienta, en último término en el

segundo de los sentidos mencionados. Esta constante se produce porque el carácter burgués de la ideología del peronismo, su respeto por la propiedad privada, su orientación "occidental y cristiana", sus acuerdos en las cumbres con el imperialismo, le impiden hallar otro camino, encontrar otra salida, por las mismas razones que expusimos más arriba; la burguesía no tiene soluciones. En cuanto a la izquierda del peronismo, solo podrá avanzar y desarrollarse en un sentido progresivo, a condición que se desembarace de la ideología y dirección burguesas del movimiento y asuma el papel de conducir de acuerdo con las necesidades inmediatas e históricas del proletariado y el país, es decir, planteándose las tareas de la liberación nacional y la social, que están ligadas inutilmente.

◆ SCLO UNA POLITICA OBRERA INDEPENDIENTE Y REVOLUCIONARIA

Nadie garantiza que las elecciones del 7 de julio sean solución para el país. Nadie garantiza que el gobierno pueda desarrollar una política coherente que exprese una corriente progresiva porque aquí nadie garantiza nada y, además, porque la política no condiciona a la economía, sino viceversa, mal que les pese a los enemigos de Carlos Marx, y nada permite prever que la situación económica he de cambiar en forma tan sustancial que permita una rápida mejoría. Además, porque nadie ha descubierto todavía cómo, en un país semicolonial como el nuestro, en vías de convertirse en una colonia yanqui lisa y llanamente, se puede trocar un proceso económico desastroso, en otro excelente, contando con la expoliación del imperialismo.

No se podría afirmar, no obstante, que la burguesía no pueda salir de esta situación. A costa del despojo de los trabajadores, de la pauperización de la clase media, de dejar en el camino algunos sectores de su propia clase, podría la burguesía superar el actual estancamiento. Pero ello no significaría que salieran del estancamiento aquellos sobre cuyos hombros carga el peso de esta crisis. Y, si tal es una solución para los explotadores, no es en cambio una solución para los explotados y para el país en su conjunto, cuyos intereses defiende la clase trabajadora con mayor consecuencia que ninguna otra.

El imperialismo y la burguesía nacional han conducido al país y la clase trabajadora e importantes capas de la pequeña burguesía a una situación de caos, desocupación y miseria. La solución no reside en las elecciones del 7 de julio porque no hay soluciones burguesas para la crisis estructural de la Argentina. Nuestro país y nuestros trabajadores no se salvarán sino por sus propios medios, a través de la conquista del gobierno, a través de la expulsión del imperialismo y la confiscación de los medios de producción en manos de la burguesía, a través de la realización de la reforma agraria en las tierras de la oligarquía y los consorcios extranjeros. Y esta tarea no tiene fecha fija, es la de todos los días, la que pasa a través de la formación de un partido revolucionario que hoy no existe en nuestro país y que será la mejor garantía de triunfo para los oprimidos porque significa forjar una herramienta apta para desarrollar una estrategia revolucionaria al servicio del país y de los que producen las riquezas del mismo.

Pero, este partido, esta herramienta, no se forjará en la colaboración de clases, en la política de "buena conducta" con la patronal, el imperialismo y el gobierno. Hasta este momento la conducción política y gremial de la clase obrera actúa con criterios reformistas y ésta es la razón por la cual el proletariado ha sido llevado a un callejón sin salida. En este sentido, tanto la burguesía como la clase trabajadora se hallan en condiciones similares en cuanto a soluciones inmediatas. La diferencia reside en que en tanto la clase gobernante no tiene perspectivas históricas y lo único que puede hacer es prolongar su agonía, los trabajadores son los señalados para conquistar el porvenir puesto que nada tienen que perder en la contienda. Lo que importa es que este porvenir pueda ser acercado lo más posible. Pero, evidentemente,

(Sigue en la pág. 48)

LOS LIBROS

"LA HEMBRA HUMANA"

Luis Franco (Futuro)

EL hecho sexual está congénita y milenariamente ligado al hecho religioso y mágico. Mientras el hombre no se emancipe de la religión y la superstición, no se emancipará del 'íncubo sexual', ni la mujer se emancipará del hombre. Junto con el privilegio económico o la división de clases, fue la religión lo que convirtió a la mujer en propiedad del hombre", a partir de esta comprensión unitaria, de esta integración de problemas, Franco inscribe su libro en toda su obra, y completa, desde otra perspectiva, el análisis y la denuncia de la sociedad.

Luchar contra el tabú sexual, contra la anulación de la mujer en una estructura social que la cosifica es (Franco lo sabe) abrir otro frente en esa lucha diaria por construir "una nueva relación del hombre con la naturaleza, con la sociedad, con su propio espíritu" (L. F. Prólogo a "Constelación"). Así *La Hembra Humana* asume esa lucha desde una perspectiva diferenciada temáticamente pero similar en su actitud. Una actitud de rebeldía, de negación contra todo lo que el sistema general de inhumano, de oscurantista, de alienante. Contra todo lo que entorpece al hombre en la construcción de su destino. Una actitud de defensa del hombre, de ese hombre que: "vendrá a espantar los buhos para apresurar la llegada del alba / y a hacer danzar a el mundo y el alma amenazados de petrificarse".

(L. F. "El que vendrá")

Digo una misma actitud de rebeldía y de denuncia, digamos también una misma manera de asumirla, de expresarla. Una misma forma que, en esencia, configura el sentido que tienen ese rechazo y esa lucha. Franco es fundamentalmente un poeta (y no es poco decir). Siente el mundo y todos sus libros son algo así como la cosmogonía del hombre de hoy, de un hombre puesto a combatir los mitos más que a construirlos. La visión del mundo de un poeta puesto a vivir un tiempo en el que la belleza y el hombre están mediatisados por los fetiches y los dogmas. De un poeta que, como tal, piensa que "la poesía registra los pulsos de su sangre y los es (para el hombre) la que mejor registra los pulsos de su sangre y de su espíritu. La ciencia es sólo ciencia, pero el arte es creación tan animada como la otra. El arte es conocimiento y el más intenso sin duda" (L. F. "Pequeño Diccionario de la Desobediencia").

Pero *La Hembra Humana*, claro, no es un libro de poesías. Es un libro sobre el sexo, el amor y la mujer escrito, sí, por un poeta. No por un científico, sí por un buen lector, pero fundamentalmente por un poeta. Un intento de llevar al hombre a su ver-

dadera estatura en lo sexual, de rescatar a la mujer de una sociedad que la domina y la anula, para llevarla a su verdadero lugar junto al hombre. Una revelación de lo sexual como elemento clave de lo humano ("sin sexo no hay hombre"). Una reubicación de la mujer a partir de comprender que "en cualquier estado de la evolución histórica, la mujer es como la ha hecho la naturaleza, pero sobre todo, como la ha hecho la sociedad conformada por y para el hombre". Una reafirmación de lo sexual, una reubicación de la mujer, son las claves del libro. A partir de ellas hay toda una visión histórica del papel del sexo en su relación con la sociedad, con la naturaleza y con la religión, cuyo análisis particularizado llevaría, incluso, al replanteo de ciertas posiciones de Franco (con respecto a la relación hombre-naturaleza, al papel de la ciencia, etc.), que excede las posibilidades de esta crónica.

Intenté, fundamentalmente, remarcar dos pautas que, pienso, sirven para delimitar no ya el libro, sino toda la vasta obra de L. F.: su actitud frente (contra) una sociedad alienante en la que, también, el amor aparece mediatisado por los fetiches y el sexo aislado de su función profundamente humana y vital. Señalar esa unidad interna que tiene toda su obra, que relaciona y completa toda su obra a partir de esa actitud suya de integrar los problemas, no de aislarlos, entre sí y con su contexto histórico-social. Señalar la unidad incorruptible de su lucha contra los mitos y los dogmas. Repetir lo particular de una visión entendida como poética desde el punto de vista, no solo de su construcción formal, sino de su especial comprensión emocional del mundo, de esa forma suya de demostración por la belleza, de esa integración armónica de lo humano desde lo natural.

"La poesía antes que nadie naciendo, sabrá enseñar a mujeres y hombres las maravillas inéditas del amor liberado al fin, y por quien la profunda armonía carnal y espiritual de la pareja no estorbará la órbita en que se despliega la personalidad de cada amante". Esa es, no solo la síntesis del libro, sino la explicación de una visión del mundo y el hombre.

R. P.

"CABECITA NEGRA"

Germán Rozenmacher

UN gato dorado que vuela; un hombre que lleva al hombro su ataúd; "los pájaros de panzas húmedas y escamas de lagarto y colas como viboras y grandes alas de águila y caras de pumas feroces y ojos de sangre y dientes y garras heladas y nocturnas del calor de la luna" revoloteando sobre la niña rubia; el señor respetable, rota su normalidad: "dos desconocidos en la noche entraban en su casa y le pedían cuentas por algo que no entendía y todo era un manicomio" y después comenzaban a "golpearlo",

a patearlo en la boca del estómago, mientras el señor Lanari decía no, con la cabeza y dejaba hacer, anónadado"; son los habitantes de un universo cotidiano y a la vez (y sobre todo) inédito en el que la realidad está puesta en el que el más acá termina. Al borde de los símbolos.

También dos solitarios, dos tristes solitarios de Buenos Aires conversan, caminan, toman café, van al cine y hacen el amor. Y varios seres humanos (Luis que sabe que si se va todos lo "llevan por delante, por payuca, y en cambio aquí" en Tartagal, es alguien, pero no puede quedarse. Manuel que "tocaba Bach para las gallinas" y que alguna vez había intentado irse "a estudiar piano en serio, y pintura con maestros, para componer música, y había pasado años afuera pero había vuelto" y Raúl "que estuvo por irse como veinte veces de aquí". Y los que nunca se irán, todos) que viven en el Norte, en Salta, monótono, repetido, que no intentan otra cosa que irse. Irse, pero no pueden, y ya no lo intentan. Y en esa imposibilidad, en esas vueltas repetidas, a la plaza, todas las tardes a las siete, están las "Raíces". Las raíces que los fijan en el desarraigo, en una dialéctica del intento frustrado, entre el irse y quedarse. Una especie de rebelión inútil, cansadora.

Los judíos tristes, extranjeros; los "cabecitas negra" que quitan la tranquilidad al Sr. Lanari, que miran ladiñamente, que piden cincuenta pesos más porque "Perón no quiere que cobre menos". Desarraigados en un país en el que todos somos un poco extranjeros. Los judíos, los cabecita negra, el Sr. Lanari con "la fuerza pública y el ejército" para tranquilizarlo. Sin "raíces".

Una atmósfera que envuelve lo cotidiano, un clima narrativo que documenta lo real (salvo en Raíces) a partir de una cierta irrealidad (irrealidad de lo real, si se permite la paradoja). Todo esto hace, de *Cabecita Negra*, un libro revelador. Con él, Rozenmacher se inscribe a toda una corriente narrativa argentina que a partir de Payró y Arlt —superado el naturalismo de Boedo— trata de hacer, desde la izquierda, no una "literatura de izquierda", sino una literatura (una narrativa) que documente el país, que intente (como definía Lukacs) una "aprehensión consciente de tendencias reales en la profundidad de la esencia de la realidad". Que comprenda el país, narrándolo. Una narrativa que se enriquece con los aportes de las corrientes contemporáneas (los norteamericanos del 30, los italianos de la post-guerra, Kafka) que actualiza por fin el realismo en un país en el que, siempre, (salvo algunos libros) se ha confundido realismo con planfleto, con costumbrismo, con obrerismo y mediocridad. Rozenmacher (y no está solo en eso) demuestra que una literatura argentina empezará a partir de una integración con todo lo que la literatura universal puede aportar técnicamente. Con una comprensión clara de lo que significa el compromiso, aceptado, sí, pero redefinido a partir de

las obras y no antes. Como tendencia y no como "a priori". Desde el lector y no en el escritor. Un compromiso que parte de aquello dicho por Engels: "el novelista cumplirá honestamente su tarea cuando mediante una fiel descripción de las relaciones sociales auténticas, destruye las ideas convencionales sobre la naturaleza de esas relaciones, debilita el optimismo del mundo burgués y obliga al lector a dudar de la perennidad del orden existente aunque no indique claramente una conclusión o ni siquiera tome perceptiblemente partido". Porque después (como el Cabecita Negra) se sabrá si el hombre (y su libro) están comprometidos con el país (con alguna parte de él). Antes, sólo se inventarán cánones.

"Tristezas de la pieza de hotel", "El gato dorado" y especialmente el universo que recrea "Raíces" (en su primera mitad) nos parecen un ejemplo de lo que Rozenmacher puede concretar no bien integre su capacidad de crear "clima", de construir verdadera poesía narrativa con su estilo seco y directo. No bien supere cierto afán de tesis (sobre todo en el final de Cabecita Negra) cierta irrealidad simbólica a la que parece predisposto (especialmente en "Pájaros Salvajes"), y algún exceso de conflictos laterales, exteriores (todo lo que sigue a la aparición de Juana en Raíces).

Con Rozenmacher encontramos otro de esos narradores que, desde la izquierda, empiezan a probar que escribir bien es requisito imprescindible para cualquier literatura que quiera ser una manera de ubicar el país en su literatura y desde su literatura.

R. P.

"PAMPAS Y LANZAS"

Quebracho

BUSCAR los fundamentos históricos, económicos y sociales de nuestra nacionalidad es de por si una ambiciosa tarea que la generalidad de los autores no ha encarado con la seriedad que el tema merece. El intento de Quebracho es, entonces, elogiable pues nos ha ofrecido un libro abundante en documentación, donde cada hecho de nuestra historia (que los historiadores liberales pretendían tener definitivamente resuelto) es cuestionado e interpretado de acuerdo con la visión particularísima del autor.

Al rededor de la lucha por la propiedad del ganado cimarrón y de las tierras, se formó la nacionalidad argentina. Esta lucha produjo el enfrentamiento de distintos sectores sociales, entre los cuales Quebracho presta especial atención a la oligarquía, al indio y al gaucho. La primera saldrá triunfante, acaparando para sí la riquezas nacionales y formando el país a su imagen y semejanza. El gaucho se reveló contra esa oligarquía, pero su falta de perspec-

tiva social, transformó esa rebeldía inicial en sumisión, convirtiéndose en fiel y eficaz servidor de los patrones (propietarios de estancia), "aceptando su derrota con el reservado pesimismo de la altivez". El indio araucano resistió heroicamente, y para vencerlo fue necesario exterminarlo. "Ahí está la tradición que debe reivindicar un pueblo viril como el nuestro, con el propósito de formar y fortalecer su conciencia nacional". Tal es, en síntesis, el pensamiento de Quebracho.

Conviene tener presente la definición de nación que trae Quebracho al comienzo de su libro, porque entendemos que de acuerdo con éste concepto la tesis que sostiene es equivocada. Nación es "una comunidad estable de hombres, históricamente constituida, de idioma, de territorio, de vida económica y formación psíquica, que se traduce en la comunidad de cultura".

Aún el solo hecho de buscar en el indio araucano y en su lucha en fundamento de nuestra nacionalidad, hace que Quebracho tenga (lo mismo que la oligarquía a la que combate) una visión "portuaria" del país, dejando al margen a las regiones del interior. Y paradógicamente, si la influencia del indio se ha hecho sentir en la formación de la nacionalidad, han sido los indios del noroeste, o el indio guaraní, los que han ejercido esa influencia, ya que subsistieron e impregnaron con su modo de vida parte de nuestra historia, proyectándose hasta la actualidad. El indio araucano, puesto que fue exterminado, no extendió esa influencia "histórica", "de idioma", etc., elementos todos integrantes de una nación.

Pero tampoco podemos limitar a uno, los muchos factores que confluyen en la formación de nuestra nacionalidad. Y si bien entendemos que el indio es un elemento más (no el araucano), esa influencia ha sido cada vez más limitada al lado de otros elementos (proceso inmigratorio, entre otros), cuya resultante configuran si, la nacionalidad argentina en su expresión actual.

No significa ésto restarle méritos al libro de Quebracho, que en verdad cumple con uno de los objetivos que se fija que es la reivindicación del indio araucano, salvajemente exterminado por el solo hecho de defender heroicamente sus tierras y sus normas de vida. Aunque se pueda discrepar en algunas de sus interpretaciones, *Pampas y Lanzas*, está lleno de aciertos, como por ejemplo cuando habla de Rivadavia y su significado altamente negativo; o de análisis fundamentados que superan el simplismo a que nos tienen acostumbrados la mayor parte de nuestra producción bibliográfica.

"VIDA DEL CHACHO"

Fermín Chávez

SE cumple en este año el centenario de la muerte del Chaco. La cabeza del caudillo riojano colocada sobre una pica en la plaza de Olta simbolizó en su oportunidad el triunfo de la "civilización" sarmientista sobre la "barbarie" de los pueblos del interior. El Chaco encontró su biógrafo en el hombre que lo mandó matar, y por mucho tiempo la visión bárbara de nuestros caudillos llenó las páginas de la historia oficial.

Fermín Chávez rescata en este libro la verdadera dimensión histórica del Chaco, continuando la tarea de los pocos historiadores que siguieron las huellas de los escritos de José Hernández. *Vida del Chaco* es un libro documentado, que resume las investigaciones anteriores sobre el tema y que reúne en un apéndice materiales de inestimable valor, incluyendo los trabajos de José Hernández, y un artículo de César Reyes.

Como en todo el material revisionista, la anécdota es lo predominante. Pareciera que a los caudillos los guiara el simple impulso de sus instintos, como si poco o nada significaran las fuerzas sociales que representaban. Un fenómeno tan importante como el Federalismo del Interior, ha sido permanentemente tergiversado por los historiadores liberales e incomprendido por los revisionistas (para no hablar de los "marxistas" que solo han visto en Facundo la bandera negra con las palabras "Religión o Muerte"); y eso es consecuencia de una deficiente metodología para la interpretación de los hechos históricos. Los revisionistas no pueden comprender la oposición del federalismo riojano al centralismo rossista, y por lo tanto el levantamiento del General Brizuela contra Rosas y los años de exilio del Chaco en Chile, permanecen como "inexplicables".

Facundo impulsando la organización nacional, Brizuela levantado en armas exigiendo **Constitución**, el Chaco peleando a sus órdenes contra Rosas y resistiendo hasta el último momento a las fuerzas mitristas, tienen un significado muy particular y una importancia que no ha comprendido el libro que comentamos. Veamos si no la explicación que da Chávez sobre el levantamiento del General Brizuela: éste se habría producido como consecuencia de la muerte de Facundo atribuida a Rosas y el Chaco peleó al lado de Brizuela porque reconocía en él al sucesor de Facundo. Se le escapa a Chávez (y al revisionismo en general) la continuidad que hay en la acción de Facundo, el Zarco Brizuela y el Chaco, y que esa acción

(Sigue en la pág. 48)

(Viene de la pág. 32)

monopolistas yanquis es sincero: ellos querían de buena gana librar a las masas mestizas de su nudismo forzado y de su desnutrición profesional —y eso no sólo por amor cristiano sino también por ahorrar balas o gases lagrimógenos en la corrección de huelgas y otras muestras de descomedido malhumor... sí, ¿pero cómo? Para eso sería necesario resignarse a un ligero descrestamiento de las superganancias y exigirles eso es solicitarles el *harakiri*.

Se sabe que todos los gobiernos de clase son maestros consumados en prestidigitación y espiritismo. Pero los pueblos comienzan a entrever en la semitinebla como el preso en el calabozo; comienzan a advertir que entre los intereses de los monopolios y su filantropía hay esa

oposición que media entre una buena digestión y una mala noticia. Los pueblos atrasados dan el primer paso delantero al advertir que sólo podrán salir del subdesarrollo saliendo del régimen feudal capitalista (ese sueño es el pecado marxista-leninista por excelencia) y adentrándose en un proceso acelerado de industrialización y alfabetización, todo lo cual significaría la jubilación prematura del imperialismo. Previendo eso la democracia timoneada por los monopolios ha creado sus específicos instrumentos de defensa: la *UN*, la *OEA*, la *Prensa Unida*, la *F.B.I.*, la *Democracia Católica* el *Anticomunismo funcional*, la *Defensa Hemisférica*, la *Alianza para el Progreso*: para ahogar la peste en su fuente.

(Viene de la pág. 43)

damente el mismo contenido. Pero, paradójicamente, todas son meras opiniones de cazadores solitarios que no han podido concretar ninguna acción política de envergadura y que han resuelto el problema mediante un libro o un sueldo (quizás éste tenga el mismo destino, pero no la misma dirección) y todo esto no ha conducido sino a una atomización del pensamiento revolucionario, atomización que lo anula.

Ya es hora de recomenzar a estructurar un nuevo partido revolucionario, que puede englobarnos a todos y que busque salidas nuevas. Ejemplos nos están sobrando a nuestro alrededor

Si deseamos salir realmente a la búsqueda de nuestro horizonte revolucionario, debemos apurar nuestra rendición de cuentas, ante nosotros mismos y ante el proletariado, antes que la crítica global que éste hace de todas las instituciones tradicionales burguesas, barra definitivamente con nosotros.

Esa es nuestra desesperación y esa es nuestra esperanza.

23-3-63.

Los días que vivimos (hoy 4/4/63) confirman las más graves predicciones. Es difícil entender el momento. Pero, si la derecha se permite vida de circo, es simplemente porque la izquierda está como espectador complaciente.

4-4-63.

Raúl Aníbal Pannunzio

(Viene de la pág. 45)

ello no será logrado a través de los "frentes nacionales y populares" ni los "frentes democráticos" o los gobiernos de "amplia coalición democrática" porque significan colaboración con la burguesía y solamente sirven para solucionar los problemas de los explotadores. Deberá operarse un sentido inverso, es decir, en lucha constante con quienes han llevado al país y a los trabajadores a la ruinosa situación económica en que se encuentran y han hipotecado la independencia y la soberanía de la Nación.

(Viene de la pág. 47)

Anual (4 números) \$ 150.—

De Ayuda \$ 200.—

rándolo cada vez más su real significado, por cierto nada favorable a los "civilizadores". Queda en claro la responsabilidad de Sarmiento ("Director de la guerra contra el Chacho") con relación a la muerte del caudillo riojano. Doña Victoria Romero (la mujer del Chacho), barriendo encadenada la plaza de San Juan por orden del gobernador, es sólo un ejemplo de los métodos que empleaba la "civilización".

Con todo, este trabajo es un apreciable aporte (como la mayoría del material revisionista), para la comprensión de una etapa de nuestro pasado histórico. La antinomia de "Civilización o Barbarie" planteada por Sarmiento va acla-

Contiene —en definitiva— datos importantes para una verdadera revisión de nuestra historia, que supere la simplicidad de los liberales (y "marxistas", en general embarcados en esta corriente), y las limitaciones de los revisionistas que no profundizan los fenómenos sociales quedándose casi siempre en la anécdota, representando por lo tanto, un nacionalismo totalmente falso.

L. C. R.

“La amenaza imperialista permanece”

LA HABANA, 16/1/63. (PL). — El siguiente es el texto del discurso pronunciado por el primer ministro, comandante Fidel Castro, en el acto de clausura del Congreso de Mujeres de toda América:

“Mujeres de América; delegadas fraternales de los países de Europa, Asia y África que nos visitan:

“Para nosotros ha sido un honor muy alto, para nuestro país, que Cuba haya sido sede de este Congreso. Entendemos que ha sido un evento muy positivo y que ha sido un evento serio.

“Naturalmente que los temas del Congreso estaban circunscriptos a aquellas cuestiones que se relacionan con los intereses de las mujeres. Pero, realmente, ¿qué es lo que no le interesa hoy a la mujer de la sociedad moderna? ¿Qué es lo que no le interesa a la mujer latinoamericana y a la mujer americana de nuestros problemas sociales?

“Cuando se discute acerca de los derechos de las mujeres, de las aspiraciones de las mujeres, vemos que no puede haber derecho de mujer en nuestra América, ni derecho de niños, ni derecho de madres, ni de esposas, si no hay revolución. ¡Es dentro del mundo en que vive la mujer americana necesariamente tiene que ser revolucionaria!

“El concepto burgués de la mujer ha ido desapareciendo en nuestro país. Los conceptos estigmativos, discriminadores, han ido realmente desapareciendo en nuestro país, y las masas de mujeres han captado esa realidad. Y el prejuicio es sustituido por un concepto nuevo, donde se valoran las cualidades de la mujer para una serie de actividades sociales, en algunas de las cuales demuestran excepcionales virtudes. Un ancho campo de acción, de actividad, se ha abierto para ellas.

“Así avanza la revolución con su juventud. Lo puede hacer. Nosotros hemos logrado la oportunidad de empezar a hacer todo eso. Las compañeras de América Latina presentan un cuadro real de la situación del continente. Es verdaderamente espantoso. Nosotros creemos que todos estos informes deben publicarse en un folleto y distribuirse aquí y fuera de aquí (aplausos), o distribuirse aquí y fuera de aquí, en la América Latina.

“Son esas cifras verdaderamente agobiantes, los datos acerca del número de niños sin escuelas, sin maestros, subalimentados; las cifras penosas del número de niños, del por ciento que puede llegar hasta sexto grado, del por ciento que puede realizar estudios superiores, secundarios y del por ciento que puede realizar estudios universitarios.

“Hoy esos no son nuestros problemas, pero son los problemas de todo un continente. Hoy, nuestro problema es cómo crear lo que necesitamos para satisfacer tantas y tantas necesidades, para superar la pobreza que nos dejó la explotación imperialista. Ese es nuestro problema.

“El problema de ustedes, de los pueblos que ustedes representan es cómo conquistar la oportunidad de hacer esto que estamos haciendo nosotros (aplausos). Nosotros estamos seguros de que saldremos adelante.

“Si un día los imperialistas yanquis, haciendo uso de todas sus fuerzas y recursos, se decidieran a destruir este país, lo más que podrían decir es: “¡Lo hemos destruido, pero no lo hemos derrotado!”.

“Y nosotros sabemos que ese peligro pesa sobre nosotros, pero también sabemos que queda todo un contin-

nente y que queda todo un mundo, y nosotros no sólo somos cubanos: ¡somos latinoamericanos! (Aplausos y consignas revolucionarias). Somos, aún más, porque no sólo somos latinoamericanos, somos seres humanos que habitamos en el planeta Tierra (aplausos), y lo importante es la victoria de la humanidad (aplausos). Nosotros sabemos que resistiendo a los imperialistas, manteniéndonos firmes frente a los imperialistas yanquis, estamos defendiendo los derechos de la humanidad (aplausos).

“Hay personas expertas en cifras, pero lo que hay que ser, es expertos en cambiar la situación, expertos en conducir los pueblos hacia las revoluciones (aplausos). Y ahí está el arte de los revolucionarios, el arte que hay que aprender, y que hay que desarrollar: ¡cómo llevar las masas a la lucha! Porque son las masas las que hacen la historia, pero para que hagan historia hay que llevar las masas a la lucha (aplausos).

“Y ése es el deber de los dirigentes de las organizaciones revolucionarias, echar a andar las masas, lanzar las masas al combate (aplausos). Y eso fue lo que hicieron en Argelia (aplausos). Y eso es lo que están haciendo los patriotas en Vietnam del Sur (aplausos). Han lanzado las masas a la lucha con métodos correctos, con táctica correcta.

“Y éas son las verdades históricas, y nosotros creemos que, por lo menos, sobre nuestras verdades históricas tenemos derecho a hablar. Y no de que ciertos teóricos a distancia nos digan qué fue lo que pasó aquí, sin haber venido nunca aquí (aplausos).

“No hay que sonrojarse por decir estas cosas, ni hay que decirlas en voz baja, ¡hay que decirlas en voz alta, de manera que se oiga, y que se oiga de verdad! (aplausos). Y que la oigan los pueblos, porque esas falsas interpretaciones de la historia tienden a crear ese conformismo que tan bien le cuadra al imperialismo; tiende a crear esa resignación y tiende a crear ese reformismo y esa política de esperar por las “calendas griegas” para hacer revoluciones.

“Esas falsas interpretaciones de la historia no cuadran con la situación de la inmensa mayoría de los países latinoamericanos, donde existen condiciones objetivas, y bien que lo han visto los imperialistas con bastante claridad: que las condiciones objetivas existen, pero donde faltan condiciones subjetivas.

“Y esas condiciones subjetivas hay que crearlas; y se crean con la verdad histórica y no con el falseamiento de la historia. Esas condiciones subjetivas no se crean diciendo que en Cuba hubo un beatífico tránsito político.

“Eso es lo que nosotros pensamos; eso fue lo que nosotros dijimos en la declaración de La Habana, declaración que en algunos países hermanos recibió los honores, por parte de algunas organizaciones revolucionarias, “Los honores de la gaveta”, cuando debió haber recibido la justa divulgación que merecía. Es como si ahora engavetamos todo lo que ustedes han discutido aquí; y, desde luego, si no queremos que se enteren las masas hay que engavetarlo. Pero si les decimos a las masas que ésa es la situación, a las masas hay que decirles cuál es el camino; y hay que llevarlas a la lucha, porque ese camino es mucho más fácil, en muchos pueblos de América Latina, de lo que fue en Cuba.

“Quiero aclarar, para que los teóricos no se pongan bravos, que nosotros no estamos haciendo una generali-

zación irresponsable; quiero aclarar que nosotros sabemos que cada país tiene sus condiciones específicas, y por eso no generalizamos, pero sí decimos: la mayoría, sabemos que hay excepciones, sabemos que hay países donde no existen esas condiciones objetivas, pero existen en la mayoría de los países de América Latina.

“Y esa es nuestra opinión. Decirlo aquí es un deber, porque tenemos esperanzas de que dentro de cuarenta años no nos volvamos a reunir como hoy. Las nietas de nuestras federadas con las nietas de ustedes, para tratar los mismos problemas (aplausos).

“Quiero, en primer lugar, decir que para nosotros, la crisis del Caribe no está resuelta (aplausos). Quiero decir que en nuestra opinión, en la opinión de la dirección revolucionaria de nuestro país, se evitó una guerra pero no se ganó la paz; que no es lo mismo.

“¿Es que acaso no persisten exactamente todas las circunstancias que nos obligaron a tomar las medidas que tomamos, y nos obligaron a dar los pasos que dimos? ¿Es que acaso no persiste la política declarada de hostilidad y agresión a nuestro país por los imperialistas yanquis? Nosotros no creemos en las palabras de Kennedy, ¡pero es que Kennedy no ha dado ninguna palabra, además! Y si las dio, ya las quitó.

Y por eso, nosotros dijimos que para nosotros no había garantías satisfactorias sin los cinco puntos que planteamos a raíz de aquella crisis (aplausos).

“Sobre estas cosas, un poco controvertidas, un poco sutiles, hay que estar muy claros, hay que estar claros, si se dice que nosotros estamos aquí, es decir, que no hemos podido ser destruidos por la solidaridad del campo socialista, se dice una verdad (aplausos). Pero si se dice que estamos aquí por las palabras de Kennedy, no se dice una verdad.

“Cuando habla a los mercenarios en Orange Bowl, habló de que él les entregaría la bandera mercenaria en La Habana. Y el señor Rusk, al hablar recientemente dijo —el Secretario de Estado yanqui— que Estados Unidos no estaban comprometidos a no invadir a Cuba, y si se hubiesen comprometido, lo habrían hecho solamente relacionado con la situación inmediata e independientemente de sus compromisos con los demás países de América Latina. Así han hablado.

“¿Dónde está el compromiso de no invadir a Cuba? Pero es que, además resulta insolente que el secretario de Estado yanqui diga que no se han comprometido a no invadir a Cuba. Como si las leyes internacionales; la Carta de las Naciones Unidas y todas las normas que rigen las relaciones entre las naciones, no lo comprometieran a no invadir a nuestro país, ya que por supuesto no tiene ningún derecho a invadirlo.

“Y al hablar así, más que prometer no invadir, reniegan de la obligación que tienen, por el derecho internacional, a no hacerlo. Y demuestran, además, el alma de gangsters y de piratas que tienen los gobernantes yanquis (aplausos).

“Yo creo que no hacen falta muchos argumentos. Ahí están las palabras y ahí están los hechos. Y es por eso que nosotros decimos que se ha evitado una guerra: bien; pero no se ha ganado la paz: ¡Mal! Esta es la situación.

“Los imperialistas andan algo optimistas; se refleja en sus apreciaciones. No pienso que ese optimismo tenga razón de ser, sino la subestimación de las realidades del mundo, y la subestimación de la fuerza de los pueblos.

Claro está, ellos desean que no se mueva un dedo en la América Latina, ellos desean que los pueblos no luchen. El ejemplo —por ejemplo— del heróico pueblo venezolano (aplausos) es para ellos una horrible pesadilla. Ellos desean que les permitan tranquilamente establecer las bases de un largo imperio a base de una explotación aún más inhumana porque todos esos programas se basan siempre en una supuesta austeridad que quiere decir más privaciones para los trabajadores, más sacrificios para las masas.

“Decía que nuestro país enfrenta una situación difícil, derivada de dos circunstancias. De ser, en primer

lugar, el blanco fundamental, inmediato, del imperialismo yanqui. Y segundo: las divisiones, o discrepancias, o como quírase llamar, más o menos optimistamente, dentro del campo socialista.

“Nosotros hemos dicho cuál es nuestra posición, nosotros no vamos a echar leña en el fuego de esas discrepancias. Creo que quien eche leña en el fuego de esas discrepancias atenta contra los intereses del movimiento revolucionario mundial (aplausos).

“Frente al imperialismo, esa realidad es amarga, es dura. Nosotros hemos dicho cuál es nuestra posición; cuál es, según entendemos, nuestro deber: no echar leña en el fuego de esas discrepancias sino luchar por la unidad del campo socialista (aplausos). La unidad dentro de los principios, y luchar por ella con métodos marxistas-leninistas (aplausos).

“El marxismo-leninismo es suficientemente rico en caudal ideológico y en experiencias para encontrar las formas adecuadas para superar esas dificultades, para superar ese obstáculo; es cuestión de proponérselo. Y creo que debemos luchar por eso, debemos luchar por esa unidad, y eso nos proponemos, con nuestro criterio muy propio. ¡Chovinistas? ¡No!, ¡marxistas-leninistas! (aplausos). Porque el imperialismo, el imperialismo existe y está ahí, peligroso y agresivo; el mundo subdesarrollado existe y está ahí; el movimiento liberador de los pueblos sometidos por el colonialismo y el imperialismo está ahí, luchando, en Angola, en Vietnam del Sur, en América Latina, en todas partes del mundo, ¡y esa lucha necesita de todas las fuerzas unidas del campo socialista! (aplausos).

“Lamentable es, muy lamentable, que hayan surgido esas vergüenzas. Y frente a ellas hay que luchar, porque lo primero es unir. Y lo que Marx dijo fue: “¡Proletarios de todos los países: unidos!” (aplausos).

“No faltarán quienes digan, no faltarán quienes puedan tratar de insinuar que fuésemos contrarios a una política de paz. La respuesta es la misma; queremos paz con derecho, con soberanía y con dignidad! (aplausos), ¡queremos paz sin renunciar a ser revolucionarios, sin renunciar a la revolución!

“Cuando nosotros combatimos a los invasores en playa Girón, a los que os bombardearon, a los que nos atacaron, nadie dudará que estábamos defendiendo la paz; cuando este pueblo se organizó y se decidió a luchar hasta el último hombre o mujer frente a los imperialistas si nos atacaban, nadie podrá negar que estábamos defendiendo la paz, porque la resistencia a la agresión es la lucha por la paz. La rendición ante los agresores es el camino de la guerra o del avasallamiento de los pueblos. Nosotros, defendiendo nuestra soberanía y nuestros derechos, defendemos la paz.

“Y cuando nosotros les hablamos a los latinoamericanos y les decimos que hay condiciones objetivas para la revolución, defendemos la paz; porque cuanto más débil sea el imperialismo, menos peligroso será; cuanto más débil sea el imperialismo, menos agresor será. Y la liberación, el movimiento liberador de los pueblos, debilita a los imperialistas y los hace menos agresores, los hace menos peligrosos. La lucha de los pueblos por su soberanía y su independencia, es la lucha por la paz.

“Consideramos, sí, la paz como objetivo fundamental de la humanidad. Luchemos por ella siguiendo los caminos de la soberanía nacional, de la liberación frente a los explotadores y frente a los imperialistas; luchando frente a la explotación imperialista, luchamos por la paz (aplausos).

“Somos enemigos de la guerra, y son los imperialistas los que le imponen a la humanidad las guerras. Y cuanto más fuertes se sientan más peligrosos serán. Y por eso, cada pueblo que lucha por su soberanía y por su independencia, defiende la paz.

“Seguiremos adelante por el camino de la revolución, por el camino del socialismo, por el camino del marxismo-leninismo!

“¡Patria o muerte! ¡Venceremos!” (ovación).

El marxismo es una concepción del mundo y un método de pensamiento, que se refleja en el plano político en que entiende que la solución de los problemas que aquejan a la humanidad pasan por la lucha por el socialismo —o sea la conquista del poder político por la clase obrera, la liquidación de los privilegios de clase, la expropiación de la oligarquía y el imperialismo— y que para ello hace falta una política revolucionaria realizada por un partido revolucionario, todo lo cual no tiene nada de incompatible con el ser argentino, ni significa mirar de espaldas al país.

El hecho de que en la revista se toquen temáticas filosóficas o referentes a problemas de literatura extranjera, no indica que me desentienda de los problemas del país, al contrario, Ud. habrá observado que además contiene artículos referentes a problemas nacionales; los temas filosóficos y los problemas generales de la cultura nacional y extranjera interesan a un gran número de personas, y entiendo que la revista debe ocuparse de ellos aunque no se refieran en forma directa a problemas concretos, inmediatos, en la inteligencia de que los problemas generales de la cultura no son contrarios a los intereses nacionales. Valdría la crítica si se quiere, en el sentido de que en este número hay más temas extranjeros que nacionales, crítica que ya me fue hecha por otros compañeros, y a los cuales he aclarado que ello se debe a cuestiones puramente circunstanciales y no a una intención deliberada, y que en este número se invierte su proporción.

2. Los esquemas importados y la importancia del estudio de nuestra historia.

Ud. acusó a la revista de escribir sobre unos "señores", casi todos judíos, y de olvidar a nuestros próceres. (Creo que entre los colaboradores de la revista no hay ningún judío —si lo hubiere no me importaría porque no soy ningún racista— y los artículos creo que al único judío a que se refieren es a Carlos Marx —no en carácter de tal— por lo que no sé a qué o a quiénes se refiere la crítica). Debo aclararle en primer lugar, que me interesa mucho la historia argentina, y que entiendo que su estudio no está reñido con el estudio de la historia universal, como tampoco el estudio de la actual situación nacional está reñido con el estudio de la situación de otros países. Bien por el contrario, la sociedad capitalista, sobre todo en los siglos XIX y XX ha tendido a la industrialización, no sólo de las estructuras económicas sino de los fenómenos culturales y superestructurales. El imperialismo no sólo exporta capitales, sino también sus pseudocultura, sus encíclicas, sus series de

"westerns" para la TV, y sus crisis, y es así como los problemas se internacionalizan, y la crisis que padece la Argentina es similar a la del Uruguay, de Venezuela o Bolivia aunque con sus diferencias peculiares.

Conocer la experiencia de los trabajadores españoles, bolivianos, argelinos, cubanos, es de mucha utilidad para los trabajadores argentinos, ya que su principal opresor, el imperialismo, utiliza los mismos métodos en todas partes, y al mismo tiempo apoyar sus luchas, ya que cada país que se libera del imperialismo, debilita la fuerza de éste y fortifica el frente de la liberación mundial.

Ud. dice que no hay que aplicar plantillas que vengan de La Habana o Moscú. Es cierto, no debemos importar esquemas, nuestra lucha debe ser de acuerdo con las modalidades de nuestro país y el carácter de sus problemas, y observe Ud. que los países que se han liberado de la tutela imperialista —Rusia, China, Yugoslavia, Cuba— lo han hecho comprendiendo y sintetizando los aspectos de la lucha nacional y social y de acuerdo a una estrategia comprensiva de esas peculiaridades. Y un error de las izquierdas llamadas tradicionales —el partido comunista, el socialista y el anarquismo— fue, precisamente, el de aplicar esos esquemas, que hacen que, hombres como Ud. que son la mayoría de los trabajadores argentinos miren con recelo las izquierdas. Ese divorcio es producto de esa actitud "europeizante" de los partidos de izquierda argentinos que no comprendieron el carácter de la lucha nacional. De todas maneras no creo que ninguno de los artículos publicados pregonen la aplicación de esquemas.

Pero el criterio correcto de no aplicar "plantillas", no debe llevarnos al extremo de ser xenófobos, y despreciar las experiencias de la lucha revolucionaria en otros países. Mariano Moreno creyó conveniente traducir a J. J. Rousseau, San Martín luchó exitosamente contra los españoles utilizando técnicas militares aprendidas en Europa, y para no citarle más que dos casos, y hoy, que en la Argentina tenemos problemas similares a los de otros países del orbe, y experiencias que no debemos desechar. Los capitales que nos explotan son extranjeros, y sus sirvientes nacionales reciben órdenes del Pentágono y la Casa Blanca, lo que demuestra que la lucha rebasa los márgenes de nuestras fronteras.

Resumiendo: Creo que buscar la solución argentina a los problemas argentinos, debe hacerse partiendo del conocimiento de la realidad nacional —estructura y superestructura—, teniendo en mira que nuestra lucha es la lucha de todas las masas explotadas de Latinoamérica y del mundo, sin despreciar sus experiencias, porque son nuestros aliados, y en muchos casos, Argelia, Cuba, nos muestran el camino.

Mi trayectoria política

Una observación más sobre que "estamos de espaldas al país". Sobre el particular pongo a su consideración mi trayectoria política: desde agosto de 1954 hasta principios de 1956 en que fue clausurado por los libertadores, dirigí el periódico "La Verdad", órgano de la Federación Bonaerense del partido Socialista de la Revolución Nacional, que tuvo como característica fundamental el haber luchado contra la revolución libertadora ANTES del 16 de setiembre de 1955 —cuya colección pongo a su disposición para que lea los artículos allí publicados— y de los cuales transcribo algunos títulos: N° 5, 10-11-54: "La creación del partido social-cristiano responde a los planes yanquis de colonización del país"; N° 12, 4-5-55: "Todos unidos contra el golpe de estado, el plan yanqui de colonización y la ofensiva patronal. Estemos alerta contra el golpe de estado del clero y los capitalistas"; N° 14 —seis días antes del bombardeo de Plaza de Mayo—, 10-6-55: "Movilización obrera, única respuesta a la movilización clerical. La clase obrera debe estar alerta para enfrentar el golpe de estado clerical-patronal-imperialista"; N° 17, 19-8-55: "¡La calle para los obreros! La reacción prepara un nuevo 16 de junio: ¡Todos unidos para aplastarla!", y el 5-9-55, once días antes del desastre (N° 19), decíamos: "¡LEÑA! ¡A la reacción clerical-patronal-imperialista! ¡Manos libres a la clase obrera!"

Todo esto mientras los dirigentes de la CGT llamaban a la calma y los dirigentes políticos del peronismo estaban debajo de la cama, y los dirigentes de la izquierda tradicional saludaban alborozados la llegada de la "era de la libertad". Y aún más, el 17 de octubre de 1955, la Fed. Bonaerense del P.S.R.N. a la cual yo pertenecía, llamó a la huelga general en contra de lo dispuesto por la central obrera, huelga querida por los trabajadores, pero temida por los libertadores y por los dirigentes de la CGT. En aquella oportunidad sólo la Fed. Bonaerense del P.S.R.N. y la Alianza, se jugaron en la calle por el paro.

Posteriormente, mi actuación al frente del sindicato de los publicitarios; en las 62 organizaciones, durante las luchas obreras más importantes de la clase obrera argentina en los últimos 7 años; como miembro del Comité Nacional de Huelga en la huelga de enero de 1959; son testimonio, creo, de que mi posición política ha sido consecuente en la defensa de los intereses de la clase obrera y del país, que difícilmente podrá tener quien esté de espaldas al mismo. Juzgue Ud. y juzguen los lectores.

Cordialmente

JOSE SPERONI

Los Grandes Temas

Nacionales

COLECCION "LA SIRINGA"

LA PATRIA BOBA, por L. A. Cousillas	Nº 19
TESTIGOS Y ACTORES DE LA TRIPLE ALIANZA, por E. S. Giménez Vega	Nº 20
VIDA DE MARTÍN FIERRO, por E. S. Giménez Vega	Nº 21
GRUPOS DE PRESIÓN Y FACTORES DE PODER, por G. J. Bidart Campos	Nº 22
VERDAD Y MENTIRA DE LA LITERATURA AR- GENTINA, por A. Cambours Ocampo	Nº 23
SCALABRINI ORTIZ, el hombre que estuvo solo, por E. Barés	Nº 24

EN PRENSA:

LUIS C. ALEN LASCANO — IMPERIALISMO Y COMERCIO LIBRE.

En un notable ensayo, Alén Lascano investiga el desconocido panorama económico de la Colonia y arriba a conclusiones sorprendentes sobre las verdaderas causas que originaron la Revolución de Mayo y desfiguraron el crecimiento armónico nacional.

FERNANDO H. CASULLO — LA POESÍA GAUCHESCA RIOPLATENSE.

Seleccionada cuidadosamente por el profesor Casullo, las grandes figuras de los poetas y prosistas gauchescos aparecen encuadrados dentro de una nueva y magnífica interpretación.

NOVEDAD

ROBERTO TAMAGNO — SARMIENTO, LOS LIBERALES Y EL IMPERIALISMO INGLÉS.

La discutida figura de Sarmiento, aparece en su verdadera proyección histórica, a la luz de un enjundioso estudio que Roberto Tamagno realiza sobre su personalidad. Libro imprescindible para el estudioso de la historia, aporta la nueva interpretación de los hechos que se está haciendo de la realidad argentina.

COLECCION "ENSAYOS LITERARIOS"

ARTURO C. OCAMPO — EL PROBLEMA DE LAS GENERACIONES LITERARIAS.

Esquema de las últimas promociones argentinas.

Un importante planteo polémico de las generaciones literarias, visto a través de los movimientos jóvenes y sus revistas.

EN PRENSA:

MIGUEL DRAGOMIRESCOU — INTRODUCCIÓN A LA CIENCIA DE LA LITERATURA.

Su estética general.

Un libro fundamental para conocer las claves y los antecedentes de la actual "ciencia de la literatura alemana".

JOSE LUIS TRINCADO — LITERATURA LATINOAMERICANA SIGLO XX.

En este libro, el profesor español, reúne una serie de ensayos y críticas que configuran un panorama de los últimos acontecimientos literarios de nuestra América.

ERNESTO PALACIO — EL ESPÍRITU Y LA LETRA.

Una nueva edición de estos ensayos sobre temas de literatura, donde se puede comprobar la cultura humanista de su autor.

Horas Difíciles

por Ricardo C. Guardo

El "best-seller" de la política argentina \$ 280.—

EL IMPERIALISMO DEL DÓLAR

por A. Guillén \$ 750.—

PETROLEO Y VASALLAJE — CARNE DE VACA Y
CARNERO CONTRA CARBON MAS PETROLEO,
por Eduardo I. Rumbo.

El aporte más valioso que podría hacerse sobre
el tema, desde los orígenes de la industria
petrolera argentina hasta la encrucijada en
que se encuentra actualmente Y.P.F. \$ 160

DE OCTUBRE A SETIEMBRE, LOS ENSAYOS PO-
LÍTICOS DE VICTOR ALMAGRO, por Jorge
Abelardo Ramos.

Los problemas del imperialismo en América La-
tina, la filiación histórica de los partidos obre-
ros argentinos desde Roca hasta Perón, son
algunos de los múltiples temas tratados en
este notable volumen de 352 págs. \$ 150

JORGE ANTONIO, UN ARGENTINO FRENTE A
LA OLIGARQUÍA, por Raúl Jassén.

Sorprendente revelación de cómo el naciente
capitalismo argentino fue destruido para dar
paso al capital financiero internacional \$ 60

LE REVOLUCIÓN DE VERAS — La capitalización
del trabajo, por Julio César Urien (h).

Notable ensayo crítico sobre la situación latino-
americana, escrito con fervorosa pasión por
el conocido estudioso argentino J. C. Urien.
Un libro de 160 págs. tapa a color, formato
14 x 20 \$ 90

Solicite Catálogo 1963 — Se envía gratis
Haga su pedido remitiendo giro o cheque sobre Buenos Aires

A. Peña Lillo - Editor